

François Mauriac

La farisea



ae

Lectulandia

El joven Louis Pian, huérfano de madre, sufre la fuerte influencia de la segunda esposa de su padre, Brigitte, la «farisea».

Esta mujer tiene una concepción de la fe católica que la impulsa a buscar la santidad en todos los actos de su vida pero, no contenta con infligirse a sí misma los rigores de una práctica religiosa ascética, oprime a los que la rodean con su preocupación por la perfección.

Conocida por el obispado por su ferviente celo, se le ha confiado la tarea de reintegrar a las personas que, después de haber experimentado la tribulación, regresan a la Iglesia (¡a veces sólo para encontrar un lugar para comer y una comida!).

Brigitte Pian está, por lo tanto, a la cabeza de una pequeña institución que dirige con la buena conciencia de un elegido de Dios: Destroza, mediante una denuncia, un idilio entre dos feligreses aún devotos y rechaza a los pobres que no se inclinan ante su autoridad.

Louis, el narrador, está satisfecho con la escuela y su familia, pero que en realidad sufre por la ausencia de un padre apenas vislumbrado durante la narración, termina siendo enviado por esta madrastra a un internado religioso. Allí, un sacerdote se compadece de él y lo ayuda a volver a la escuela.

François Mauriac

La farisea

ePub r1.0

Titivillus 16.11.2019

Título original: *La pharisienne*
François Mauriac, 1941
Traducción: Fernando Gutiérrez
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Capítulo primero

—¡Acércate, muchacho!

Me volví creyendo que se dirigía a uno de mis compañeros. Pero no, era a mí a quien llamaba, sonriente, el viejo zuavo pontificio. La cicatriz de su labio superior hacía odiosa su sonrisa. El coronel, conde de Mirbel, aparecía una vez por semana en el patio de los Medianos. Su pupilo, Jean de Mirbel, casi siempre castigado, se separaba entonces de la pared. Desde lejos, asistíamos nosotros a su comparecencia ante el terrible tío. Nuestro maestro, monsieur Rausch, testigo de cargo, respondía obsequioso al interrogatorio del coronel, viejo robusto y fuerte, peinado a lo «cronstadt», cuya chaqueta, abotonada arriba, conservaba el corte militar. Un bastoncillo, que era quizás un vergajo, no abandonaba jamás su puesto bajo la axila. Cuando la mala conducta de Jean había pasado los límites, nuestro compañero atravesaba el patio, escoltado por monsieur Rausch y su tutor. El tío desaparecía en la escalera del ala izquierda, que conducía a los dormitorios. Nuestros juegos se interrumpían hasta que oíamos un largo lamento de perro apaleado —o quizá lo imaginábamos—. Un instante después, reaparecía monsieur Rausch con el coronel, cuya cicatriz casi había blanqueado en su congestionado rostro. Sus ojos azules estaban ligeramente inyectados. Monsieur Rausch caminaba con la cara vuelta hacia él, atento y con una sonrisa servil. Era ésta la última ocasión en que veíamos, bajo sus cabellos encrespados y rojos, aquella horrible cara lívida hendida por una sonrisa. ¡Monsieur Rausch, nuestro terror! Cuando no lo encontrábamos instalado ya en su cátedra, al comenzar la clase, yo rezaba así:

—Señor, haz que monsieur Rausch haya muerto. Virgen Santísima, haz que se le haya roto una pierna, o, por lo menos, que tenga una pequeña enfermedad...

Pero gozaba de una salud de hierro y, al final de su delgado brazo, su mano, seca y dura, era más formidable que una pala.

Después de los misteriosos castigos que le infligían sus dos verdugos —sin duda demasiado desorbitados por nuestras imaginaciones infantiles—,

Jean de Mirbel entraba en el aula, con los ojos enrojecidos, con una cara en la que las lágrimas habían desleído la mugre, y se sentaba a su pupitre. Pero nosotros no levantábamos la mirada de nuestros cuadernos.

—Sí, Louis, acércate —me dijo monsieur Rausch.

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre de pila. Vacilé en el umbral del locutorio, donde Jean de Mirbel, de pie, me volvía la espalda. Sobre el velador, un paquete abierto contenía dos bizcochos con chocolate y un pastel. El coronel me preguntó si me gustaban los dulces, e incline la cabeza.

—Pues bien, éstos son para ti. Vamos, anda... ¿Qué esperas? ¿Eres el pequeño Pian? Conozco mucho a tu familia... No parece tan apuesto como su pobre padre... Pero su madrastra, Brigitte Pian..., excelente mujer, ¡una verdadera cristiana! No, quédate —ordenó a Jean, que intentaba escabullirse—. Esto sería tenerte demasiadas consideraciones. Es necesario que veas a tu compañero regalarse con esto... Bien, decídetelo, tonto —añadió, fijando en las mías sus pupilas ya furibundas, separadas por una nariz dura y curvada.

—Es muy tímido —dijo monsieur Rausch—. No te hagas rogar, Pian.

Mi compañero miraba por la ventana. Veía su cogote sucio por encima de un mezquino y desabrochado cuello. Nadie en el mundo me asustaba tanto como aquellos dos hombres inclinados sobre mí, sonriéndome. Conocía perfectamente el olor animal de Rausch. Balbucí que no tenía apetito, pero el coronel protestó diciendo que no era necesario tener apetito para comer pasteles. Como me obstinara, monsieur Rausch me mandó al diablo gritándome que no todos serían tan estúpidos como yo. Mientras me marchaba al patio, le oí llamar a Mouleyre. Era un muchacho enfermo de obesidad precoz y que, en el refectorio, rebañaba los platos. Echó a correr sin aliento. Monsieur Rausch cerró la puerta del locutorio, de donde salió luego Mouleyre con la boca sucia de crema.

Era un crepúsculo de junio todavía ardiente. Después de la marcha de los mediopensionistas, a causa del calor se concedía un corto recreo por la tarde. Mirbel se acercó a mí. No éramos muy amigos, y estoy seguro de que me despreciaba como al niño demasiado sabio y alumno prudente que yo era entonces. Sacó del bolsillo una caja de un producto farmacéutico y la entreabrió.

—Mira.

Contenía dos ciervos volantes, que nosotros llamábamos Capricornios. Les había dado una cereza para alimentarlos.

—No les gustan las cerezas —dije—. Viven en la corteza podrida de los viejos robles.

Los habíamos capturado el jueves, en la casa de campo del colegio, en el momento de la partida, en la hora en que tales insectos vuelan a la luz del poniente.

—Toma uno. Elige el mayor. ¡Cuidado! Todavía no está domesticado.

No me atreví a decirle que no sabía dónde meter el Capricornio. Pero estaba contento de que me hablara amablemente. Nos sentamos en los escalones de la gradería por donde se tenía acceso al cuerpo principal de la escuela. En este antiguo hotel particular, de nobles proporciones, se habían hacinado doscientos niños y una veintena de profesores.

—Voy a enseñarlos a tirar de un coche —dijo Jean de Mirbel.

Sacó del bolsillo una cajita que ató con un trozo de cordel a las extremidades del coleóptero. Jugamos así un momento. Durante este recreo excepcional de las tardes de verano, ningún alumno estaba castigado y no eran de rigor los juegos en común. En los otros escalones de la gradería, los niños escupían huesos de albaricoque y los frotaban hasta desgastarlos, perforándolos para quitarles la almendra y poder utilizarlos como silbatos. Todo el calor del día persistía aún entre aquellas cuatro paredes. Ni un hálito estremecía el desmedrado plátano. Monsieur Rausch se hallaba en su lugar acostumbrado, con las piernas abiertas, cerca de los retretes donde se nos había prohibido permanecer demasiado rato. De allí nos llegaban penetrantes hedores combatidos por el cloro y la lejía. Al otro lado del muro, rodaba un simón sobre el irregular empedrado de la calle Leytère, y envidiaba entonces al paseante desconocido, al cochero e incluso al caballo, que no estaban encerrados en una pensión y a quienes monsieur Rausch no hacía temblar.

—A Mouleyre le romperé la cara —dijo Jean, de pronto.

—Dime, Mirbel, ¿qué es un zuavo pontificio?

Se encogió de hombros.

—No lo sé muy bien —dijo—. Tipos que en el 70 se batieron por el Papa y se dejaron hacer papillas. —Se calló un instante y añadió—: No me gustaría que ni él, ni monsieur Rausch murieran antes de que me haya hecho mayor.

El odio lo afeaba. Le pregunté por qué, únicamente él, entre nosotros, era tratado de esa manera.

—Mi tío dice que es por mi bien. Dice que cuando su hermano se estaba muriendo le hizo jurar ante Dios que me convertiría en un hombre...

—¿Y tu madre?

—Cree lo que dice... O quizá no se atreve a contradecirle. Ella no hubiese querido que yo fuera pensionista. Hubiese preferido buscarme un preceptor y que no abandonara la Devize... Pero él no lo ha querido. Dice que soy de mala índole.

—Mi madre —dije con orgullo— ha venido a vivir a Burdeos a causa de mi educación.

—También tú eres un pensionista...

—Sólo durante quince días, porque Vignotte, el procurador de Larjuzon, está enfermo y es preciso que mi padre lo sustituya... Pero me escribe todos los días.

—Sin embargo, madame Brigitte Pian no es tu verdadera madre.

—¡Oh, es lo mismo...! ¡Es como si lo fuera!

Me callé de pronto y sentí arder mis mejillas. ¿Me habría oído mi verdadera madre? ¿Están siempre los muertos espiando lo que se dice de ellos? Pero si mamá lo sabía todo, sabía también que nadie había ocupado su puesto en mi corazón. Por perfecta que fuese mi madrastra... Era verdad que me escribía todos los días, pero ni siquiera había abierto su carta de hoy. Y aquella noche, cuando me echase a llorar en el sofocante dormitorio, lo haría pensando en mi padre, en mi hermana Michèle, en Larjuzon y no en Brigitte Pian. No obstante, mi padre había deseado que yo fuese pensionista durante todo el año, para poder vivir en el campo; y mi madrastra había sido quien había impuesto su voluntad. Tenían ahora un piso en Burdeos y podía volver cada noche.

Mi hermana Michèle, que detestaba a la mujer de nuestro padre, me aseguró que yo le había servido de pretexto para romper la promesa que había hecho al casarse, de vivir en Larjuzon. Michèle, sin duda, tenía razón; si mi madrastra repetía constantemente «que yo era un niño demasiado nervioso, demasiado sensible para soportar el internado», era porque este solo argumento convencía a mi padre y lo retenía en Burdeos. Yo lo sabía y no me rompía la cabeza pensando en ello. ¡Que los mayores se las compusiesen como pudieran! Me bastaba que mi madrastra hubiese dicho la última palabra. Pero yo comprendía que mi padre fuese desgraciado lejos de sus bosques, de sus caballos y de sus escopetas. Aquellos días debía de sentirse contento. Este pensamiento me ayudó mucho durante las dos semanas de prueba. Luego, no tardaría en llegar la distribución de premios. Entonces, Brigitte Pian no tendría más remedio que resignarse a volver a Larjuzon.

—Pronto se repartirán los premios —dije.

Mirbel tenía un Capricornio en cada mano y los apretaba uno contra otro.

—Se besan —dijo. Y, sin mirarme, añadió—: ¿No sabes aún lo que mi tío ha inventado si esta semana no consigo buenas notas? Bueno, pues no pasaré las vacaciones al lado de mi madre... No iré a La Devize. Me pondrán a pensión en casa de un cura, el cura de Baluzac, precisamente a pocos kilómetros de tu casa. El cura tiene la misión de hacerme trabajar durante seis horas diarias, y de enseñarme... Parece que ésta es su especialidad...

—Trata de conseguir buenas notas, amigo.

Sacudió la cabeza. Con Rausch era imposible; lo había intentado en varias ocasiones.

—No me quita la vista de encima. Tú sabes dónde está colocado mi pupitre; precisamente, ante sus narices. Se diría que nuestro querido maestro no tiene otra cosa que hacer que vigilarme. Basta que mire a la ventana...

Era cierto, y Mirbel no tenía nada que hacer. Le prometí que si durante las vacaciones vivía en Baluzac le vería con frecuencia. Conocía muy bien a monsieur Calou, el cura, que no era tan terrible y a quien incluso creía bueno.

—No, es malo... Mi tío dice que le mandan los chicos descarriados para que los eduque. Parece que ha metido en cintura a dos hijos de Baillaud... Pero yo no le dejaré que me toque.

¿Acaso el cura de Baluzac no era amable más que conmigo? No sabía qué responder a Mirbel. Le dije que su madre, que apenas le veía, no renunciaría a pasar las vacaciones sin él.

—Si mi tío quiere... Ella hace todo lo que él quiere —añadió con rabia.

Comprendí que estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Y si te ayudara en los deberes?

—Cuando le entrego algo pasable me dice que lo he copiado.

En este instante, monsieur Rausch se llevó un silbato a los labios. Vestía una larga levita negra de reverses manchados. A pesar de la estación, calzaba zapatillas de fieltro. Sus encrespados cabellos, de un amarillo ardiente, descubrían la configuración ósea de su moteada frente. Sobre sus ojos de caballo se movían los inflamados párpados. Íbamos en fila hacia el comedor, del que odiaba aquel hedor de sopa grasienta. Aún era de día, pero los sucios cristales impedían ver el cielo. Observé que, en nuestra mesa, Mirbel era el único que no comía vorazmente. El zuavo pontificio había hallado el castigo que hacía efecto, por fin, en su pupilo: las vacaciones en el curato de Baluzac, lejos de su madre. Con mi bicicleta podría ir a verle todos los días. Me invadió una brusca felicidad. Hablaría de Jean al cura que tan amable había sido conmigo permitiéndome coger avellanas en su jardín... Cierto es que yo

era el pequeño Pian, el hijastro de Brigitte «la bienhechora»... Pero precisamente yo le pediría a mi madrastra que intercediera por Jean... Se lo dije en la fila mientras nos dirigíamos al dormitorio.

Dormíamos allí una veintena, en una habitación aireada por una sola ventana que daba a la estrecha calle de Leytère. Al pie de cada cama, una mesilla de noche sobre la que había una palangana, dentro de la cual colocábamos nuestro vaso para lavamos los dientes, con objeto de que el criado, con un jarro, pudiese llenar a la vez el vaso y la jofaina. En cinco minutos nos habíamos desnudado y acostado. El pasante, monsieur Puybaraud, bajaba la llama de gas y recitaba con voz gimiente tres invocaciones que tenían el poder de hacerme saltar las lágrimas: lloraba por mi soledad y mi muerte futura, y por mi madre. Tenía trece años; ella había muerto hacía ya seis. ¡Había desaparecido tan pronto...! Me besó una noche, desbordante de ternura y de vida, y al día siguiente... el caballo desbocado había vuelto con el tálburi vacío... No supe cómo se había producido el accidente; nadie me habló de ella, y cuando volvió a casarse, mi padre no pronunció nunca el nombre de su primera mujer. Como desquite, mi madrastra me exhortaba a menudo a rezar por la muerta. Me preguntaba cada noche si pensaba en ella. Parecía creer que mamá tenía más necesidad de plegarias que otra muerta cualquiera.

Había conocido a mi madre, que era prima suya, y que la invitaba algunas veces durante las vacaciones.

—Debes pedir a tu prima Brigitte que venga a Larjuzon —decía mi padre—. No tiene modo de pasar unas vacaciones y da todo lo que tiene...

Mamá se resistía un poco, aun cuando aparentase admirar a Brigitte. Pero quizá tenía miedo. Al menos, era lo que aseguraba mi hermana Michèle:

—Mamá la ha conocido en seguida; sabe perfectamente la influencia que su prima tiene sobre papá...

Yo daba poca importancia a estas palabrerías; pero las exhortaciones de mi madrastra me impresionaban: era demasiado cierto que mi madre no había tenido tiempo de prepararse a bien morir. La educación que yo había recibido me ayudó a comprender la insistencia de Brigitte. Sí, era necesario interceder por aquella pobre alma.

Aquella noche, sollozando bajo mis sábanas, comencé a desgranar mi rosario por mamá, mientras el pasante, monsieur Puybaraud, bajaba el gas hasta reducir la mariposa de fuego a una minúscula llama azulenca. Recogió su levita y se paseó un instante entre nuestras camas; ya se oían las acompasadas respiraciones de nuestros sueños. Al pasar cerca de mí, debió de

oír los sollozos que trataba de contener, porque se acercó y puso una de sus manos sobre mi mejilla empapada por las lágrimas. Monsieur Puybaraud suspiró, me remetiÓ la ropa como habría hecho mi madre e, inclinándose de pronto, me besó en la frente. Pasé mi brazo en torno a su cuello y le devolví el beso en una mejilla punzante. Con silenciosos pasos, se dirigió a su alcoba. Vi su sombra moverse tras las cortinas de calicó.

Casi cada noche recibía el mismo consuelo de monsieur Puybaraud: «demasiado dulce y de una sensibilidad peligrosa», aseguraba mi madrastra, que lo conocía mucho porque ocupaba el cargo de secretario general de las Obras.

Algunos días después, cuando mis padres volvieron a Burdeos, y el criado me llamó hacia las seis para llevarme a casa, encontré a monsieur Puybaraud que parecía estar al acecho en el patio. Después de haber echado hacia atrás con su mano húmeda los cabellos que cubrían mi frente, me dio una carta cerrada, rogándome que la echara al correo. Se lo prometí muy asombrado de que no la hubiese confiado al censor, por quien debía pasar todo el correo de la casa.

Esperé estar en la calle para leer la dirección. La carta estaba dirigida a mademoiselle Octavie Tronche, profesora de la escuela libre de la calle Parmentade, en Burdeos. Conocía muy bien a aquella mademoiselle Tronche, que iba a casa entre clase y clase y a quien mi madrastra empleaba en diversos trabajos. Al dorso, monsieur Puybaraud había escrito con caracteres muy correctos: *Parte, pobre y pequeña carta, y trae a mi corazón un poco de luz esperanzadora...* Algo rezagado del criado que llevaba mi cartera bajo el brazo, leí y releí aquella extraña invocación, caminando por la acera del paseo Víctor Hugo, a la altura de la calle de Sainte-Catherine, en aquel crepúsculo anterior al día de la distribución de premios, que parecía de color ajenjo.

Capítulo segundo

Se sitúa aquí la primera mala acción de mi vida, de la que tengo remordimientos. A pesar de que monsieur Puybaraud no me hubiese hecho la menor indicación con respecto a aquella carta, comprendí que él me consideraba más digno de su confianza que a ningún otro de mis compañeros. Más tarde, intenté convencerme de que no me había dado cuenta, a los trece años, de lo que se hallaba en juego para el pasante. A decir verdad, comprendí perfectamente de qué se trataba y adivinaba el elemento dramático que ponía en ello el estado semirreligioso de mi maestro. Sin duda, pertenecía a una sociedad laica —hoy dispersa desde hace mucho tiempo—, a una especie de orden tercera donde ningún voto era pronunciado, y ni siquiera era muy raro que, con el consentimiento de sus superiores, uno de estos «hermanos» abandonase la comunidad para casarse. Pero monsieur Puybaraud ocupaba un puesto particular. Sus funciones le habían puesto en relación con la dirección diocesana de las Obras y con muchos padres de alumnos. Toda la ciudad lo conocía, y no sólo las jerarquías eclesiásticas y la burguesía: su silueta era familiar en los distritos más pobres, donde los niños lo rodeaban en cuanto aparecía en la esquina de una calle, porque él tenía siempre para ellos bombones y peladillas. Su levita, su extraño sombrero de copa de peluche, no asombraba a nadie. Su dulce semblante estaba enmarcado por dos patillas cortadas a la altura de los pómulos. En verano, tenía en la mano el sombrero de copa y enjugaba su desnuda frente y sus cabellos escasos y sudorosos que llevaba largos hasta el cuello. Tenía delicados rasgos, casi demasiado bellos, los ojos apagados y las manos siempre húmedas.

Mi madrastra, con todo y elogiar las virtudes de monsieur Puybaraud, juzgaba severamente «los excesos de su sensibilidad enfermiza». Menos que a nadie debiera haberle revelado el secreto de esta carta. Pero era precisamente a ella a quien me impulsaba el deseo de hacerlo. Me sentía como envanecido por la importancia de este secreto, deseoso ya de asombrar, de escandalizar. Sin embargo, no me atreví a descubrir nada estando la familia reunida.

Recuerdo aquella velada. El alojamiento que mi padre se había resignado a alquilar estaba situado en el paseo de la Intendance, en el segundo piso. Durante las noches, el ruido de los simones por la calle y el campanileo de los tranvías eléctricos, inaugurados aquel año, hacían difíciles las conversaciones. Quince días en el campo habían bastado para que mi padre recobrase su buen color, y la perspectiva de las próximas vacaciones le ponía de un humor excelente. Sin embargo, a una advertencia de su mujer, había dejado la mesa para ponerse una corbata de esmoquin y una chaqueta negra.

Mi madrastra no podía soportar la leve descompostura a la que él se había acostumbrado en Larjuzon.

A pesar del calor, ella llevaba un griñón y un cuello de encaje que le ceñía el cuello hasta las orejas. Su cara grande, de alargadas y mates mejillas, estaba dominada por cabellos ahuecados en bucles, sostenidos por una casi invisible redecilla. Sus ojos eran negros, inmóviles y duros, pero su boca siempre sonreía, a pesar de que nunca descubriese sus dientes largos y amarillos, descarnados y sólidamente enfundados en oro. La doble barbilla daba al conjunto un carácter majestuoso, que subrayaba la posición de la cabeza, el andar y una voz bien timbrada y hecha para dar órdenes.

Se comprendía que su primera vocación hubiese sido dirigir una comunidad. Después de la muerte del barón Maillard, su padre, prefecto de la Gironda bajo el Imperio, Brigitte había consagrado lo más saneado de su fortuna a la compra y reparación de un pequeño convento de los alrededores de Lourdes; quería reunir allí a muchachas de vida airada, bajo una regla nueva, inspirada en parte por el abate Margis. Pero antes de que se terminaran los trabajos, no llegaron a un acuerdo.

En esta ocasión, Brigitte Maillard consultó frecuentemente a mi padre, que había trabajado en su juventud como pasante en casa de un procurador de Burdeos, muy hábil en desenredar embrollos judiciales. Éste la complicó en un proceso escandaloso, perdido de antemano. Por su parte, él se aconsejó de ella en las dificultades por que atravesaba su matrimonio y que fueron trágicamente resueltas por la muerte de mi madre.

Cuando se ignoran las razones que en cierta época habían creado entre mi padre y Brigitte Maillard tan profunda intimidad, es difícil imaginar cómo dos seres tan dispares habían podido asociar sus vidas. Frente a aquella alta figura de Maintenon biliosa, mi pobre padre causaba lástima con su aspecto de hombre débil y bondadoso, su palabra vacilante, su boca de gastrónomo, sus bigotes demasiado largos, hechos para mojarse en los aperitivos y las salsas, su color de hombre sobrealimentado y sus grandes ojos.

Entre ambos esposos, aquella noche en que se produjo el escándalo Puybaraud, volví a ver a mi hermana. Michèle tenía entonces catorce años. Todos encontraban su piel demasiado morena, la mandíbula inferior demasiado pesada y sus cabellos peinados demasiado bajos; pero sus admirables ojos hubiesen bastado para hacerse amar, y sus dientes puros, que su boca grande mostraba totalmente cuando reía; sus brazos podían parecer demasiado musculosos, pero no las piernas, de las que se sentía tan orgullosa y que descubría con frecuencia, a pesar de las largas ropas con que la vestía ridículamente nuestra madrastra.

A decir verdad, ésta mostraba demasiada paciencia con Michèle y casi siempre era ella la que rehuía el combate ante la hijastra agresiva.

—Mi deber —se había acostumbrado a repetir—, puesto que no puedo tener ninguna influencia sobre esta criatura, es velar, cueste lo que cueste, por la paz del hogar.

Triunfaba en lo que las corazonistas no habían logrado conseguir de Michèle.

—Es una chiquilla contradictoria y colérica —le decía a nuestro padre, que protestaba:

—No, querida... ¡Lo dramatizas todo! Es un poco terca; tiene el genio tan vivo como su pobre madre... Pero un buen marido solucionará todo esto...

Brigitte sacudía la cabeza y suspiraba: veía las cosas más gravemente. Su razón y su gloria era ver las cosas lo más gravemente posible. La noche en que ocurrió lo de Puybaraud era un sábado. Oíamos el rumor de la multitud en las aceras del paseo de la Intendance, donde iba a tener efecto el desfile militar. Michèle y mi padre se habían acodado en uno de los extremos del balcón. Yo me hallaba un poco lejos de ellos, cerca de mi madrastra. Volaban los vencejos a ras de los tejados. La circulación de los coches se había interrumpido. Las paredes aún quemaban; el aire nos traía a intervalos el olor de los tilos, y este mismo aroma era el único que reinaba en las ciudades, junto con el olor de los caballos, del pavimento mojado y del circo, antes que hubiera coches en las ciudades. Yo luchaba aún contra la tentación de confiar el secreto de monsieur Puybaraud, pero estaba seguro de que lo haría. Mi madrastra me interrogaba periódicamente con respecto a mis exámenes de fin de curso; quería conocer las preguntas que me hicieron en cada asignatura y cómo había respondido a ellas. Sabía que se interesaba en esto por obligación, puesto que tenía la cabeza en otra parte. Pero me decía lo que tenía que decirme: en cada circunstancia de la vida y en sus relaciones con la gente no

había vacilado jamás en lo que debían ser sus palabras y su actitud. Me decidí:

—Mamá, quisiera confiarte algo... Pero —añadí hipócritamente—, no sé si debo hacerlo...

Una llama de atención iluminó sus negros ojos hasta entonces distraídos.

—No sé lo que quieres contarme. Pero hay una regla a la que te debes ciegamente: no esconderle nada a tu segunda madre, porque ella tiene la misión de educarte.

—¿Incluso cuando se trata de un secreto que atañe a otras personas?

—Sobre todo, si concierne a otras personas —respondió vivamente. Y me preguntó con avidez—: ¿De qué se trata? ¿De tu hermana?

Aun cuando Michèle no tuviera más que catorce años, sospechaba ya de ella lo peor. Yo sacudí la cabeza. No, no se trataba de Michèle, sino de monsieur Puybaraud y de Octavie Tronche.

Mi madrastra contuvo una exclamación.

—¿Cómo? —Y me apretó el brazo—. ¿Monsieur Puybaraud? ¿Octavie?

Yo era todavía un niño demasiado ignorante en lo que respecta al amor humano para haberme dado cuenta de que mi madrastra jamás abordaba a sangre fría este tema y que inmediatamente se sentía atraída por él. Como le hablara de la carta y de la frase que estaba escrita al dorso del sobre, me interrumpió:

—¡Dámela en seguida!

—¿La carta? Pero si la he echado al correo...

Pareció decepcionada.

—Has hecho mal. Debiste habérmela entregado. Me interesa mucho todo lo que se refiere a Octavie, que desempeña un papel importante en la escuela libre que desea dirigir un día. No sólo tengo el derecho, sino el deber de no desconocer nada de cuanto le concierna... De todos modos, leeré esta carta —añadió con un tono más tranquilo.

Se dio cuenta de mi turbación. ¿Qué pensaría de mí monsieur Puybaraud, que tanto me quería? Mi madrastra me hizo comprender que no sería necesario que hiciera nada y que ella se las compondría para que Octavie se le confiara.

—Date cuenta de que no sospecho nada malo. Debe darse crédito a una persona de tantos méritos como monsieur Puybaraud, que, por otra parte, es libre de contraer matrimonio, si así le parece. Y aun cuando así no fuera, sólo podríamos tacharle de imprudente. He pensado siempre que su afectuosa compasión le expondría a dar pasos muy desgraciados; gracias a ti, puedo

intervenir a tiempo... —Y añadió a media voz, con los dientes apretados y una brusca violencia—: Octavie Tronche... ¡No comprendo! Todas las perras...

Las trompetas del desfile militar vibraron desde la calle Vital-Carles. Una innovación encantaba a los bordeleses: cada soldado músico llevaba en su quepis una bombilla eléctrica a guisa de pompón. Mi madrastra entró en el salón y yo continué asomado. Chicas y chicos habían acordado sus pasos a los de los soldados; se habían cogido del brazo y cortaban la calzada con una cadena viviente de gritos y risas. No luché contra la vergüenza ni contra la angustia. ¿Qué le ocurriría al pobre monsieur Puybaraud? Este instinto de padre que le hacía inclinarse sobre mi lecho en mi dormitorio, el arroparme y besarme sobre la frente, habían tenido para mí una significación desconocida. No tardé en comprender que, aquella tarde, había traicionado a un hombre de tal manera abandonado que había tenido que confiarse a un chiquillo de trece años para no sentirse solo. Me acordaba de *El niño espía*, de Alfonso Daudet, y de lo que repetía el soldado alemán al pequeño Sten: «¡Repugnante hazaña...! ¡Repugnante!». ¿Había yo hecho daño? Mi madrastra me aseguraba que había cumplido con mi deber... Pero ¿por qué tenía remordimientos?

Fui a su encuentro. Estaba sentada cerca de la ventana e intentaba leer. (No podía encenderse la luz por temor a los mosquitos y hacía demasiado calor para cerrar las ventanas). Un oscuro instinto de compensación me impulsaba a hacer algún bien. Le hablé entonces de Mirbel y le rogué que intercediese por él ante el cura de Baluzac. Contemplaba su cara grande, lívida en el crepúsculo. Realmente, estaba demasiado oscuro para leer. Estaba, pues, inmóvil, con el busto erguido, una costumbre conventual que le impedía apoyarse en el respaldo de la silla. Jamás recuerdo haberla visto cruzar las piernas. Sabía que me escuchaba distraídamente y que su mente estaba obsesionada por el tema Puybaraud-Tronche.

—¿El cura de Baluzac? —me preguntó por fin—. ¡Pobre abate Calou! Me pregunto si quiere hacerse pasar por un ogro... En fin, esto le ayuda para comprarse libros... Tal vez sea mi deber decirle al coronel...

Le supliqué vivamente que no hiciera nada, puesto que me confirmaba en la idea de que el abate Calou no sería un carcelero demasiado feroz, y, sobre todo, no quería renunciar a la alegría de tener a Jean de Mirbel como compañero durante mis vacaciones. Pero ella añadió que, pensándolo bien, ese muchacho descarriado no perdía nada con la compañía de monsieur Calou y que terna que dejar que se cumpliera la voluntad de Dios.

Durante la semana que siguió observé temerosamente a monsieur Puybaraud; pero continuaba siendo su niño mimado, como decían mis camaradas, y me trató hasta el fin con el mismo favor. Casi se habían terminado los exámenes y el calor era cada vez más agobiante para permitirnos trabajar mucho. Incluso monsieur Rausch se hacía menos duro y nos leía en clase *El soldado Chapuzot*. Los carpinteros trabajaban en el patio de los mayores levantando un estrado para el reparto de premios. Cada día repetíamos los coros de *Athalia*, de Mendelssohn:

¡Todo el Universo está lleno de su magnificencia! Adoremos al Señor...

Sin Michèle, posiblemente jamás hubiera sabido nada de los primeros acontecimientos del drama Puybaraud-Tronche. A pesar de que era una chiquilla muy franca, nada inclinada a escuchar detrás de las puertas, conservaba siempre, con respecto a nuestra madrastra, una actitud defensiva y no cesaba de observar a Brigitte Pian con una lucidez y malevolencia que no desarmaban. Por otra parte, Octavie Tronche, que amaba tiernamente a Michèle, no resistió demasiado tiempo a las preguntas de la niña. Así estuve yo al corriente de las deplorables consecuencias de mi indiscreción.

Octavie Tronche iba a trabajar a casa de mi madre los días que no tenía clase: los jueves y sábados, de ocho a once. Era una joven de cabellos deslucidos y ralos, desprovista de lozanía, pero no de una gracia que procedía de sus ojos, a pesar de ser incoloros y pequeños, y de una sonrisa encantadora que iluminaba sus pálidos labios. Los niños la adoraban y por su adoración entregaban a Octavie a las pequeñas persecuciones de las otras profesoras celosas. Su blusa caía desde sus delgados hombros, y no podía tenerse menos pecho. Sin embargo, bajo el talle afirmábanse sus formas femeninas, y su falda monástica no disimulaba el contorno de sus caderas y todo lo demás. Cuando entró aquella mañana en el saloncito de la señora Pian, de «Madame Brigitte», Octavie fue acogida con una sonrisa desacostumbrada.

—Le sienta mal el calor. Lo veo en su aspecto.

Octavie aseguró que no se sentía cansada.

—No me refiero a su cara, sino a su trabajo. —Y el tono de Brigitte se hizo de pronto severo—: Ha cometido usted algunos errores en las

direcciones al enviar el último *Boletín*. Algunas señoras se han quejado de haberlo recibido con mucho retraso.

Octavie, confusa, se excusó.

—Esto no tendría importancia —continuó mi madrastra—, pero la circular que yo le dicté y que descuidé releer (sí, descuido, lo confieso; y ya ve usted que reconozco mis propias faltas), esa circular estaba llena de errores y de omisiones. Algunas frases carecían de sentido...

—Es verdad. No sé dónde tenía la cabeza entonces —balbució Octavie.

—¿La cabeza o el corazón? —preguntó Brigitte con una voz dulce que contrastaba con su rostro severo y sombrío.

—¡Oh, madame Brigitte...! ¿Qué es lo que quiere usted decir?

—No le pido que me cuente sus cosas. La confianza no se impone. —Y como Octavie protestara diciendo que ella no tenía secretos para madame Brigitte, añadió—: Usted sabe hasta dónde llevo el respeto a la conciencia. Usted es una de nuestras más viejas amigas. Confío en usted, no, por cierto, con los ojos cerrados; al contrario, con los ojos abiertos, pero con la más maternal solicitud. Todos nosotros tenemos nuestros momentos difíciles, pobrecilla...

Era más de lo que Octavie podía soportar, que cayó de rodillas y ocultó su cabeza en el regazo de Brigitte Pian. Mi madrastra contemplaba aquella delgada nuca que descubría los cabellos estirados y reunidos en un pequeño y apretado mono, aquella carne descolorida y aquellas primeras vértebras en el cuello estremecido. Afortunadamente, la pobre muchacha no podía descubrir aquella expresión de disgusto que se dibujaba en la cara de Brigitte Pian.

«También ésta —pensaba—, también esta desgraciada criatura».

Y dijo en alta voz, pero con dulzura:

—Entonces, usted también, pobre Octavie, usted también cree que se la quiere.

Octavie Tronche levantó la cabeza y protestó:

—¿Amarme a mí? ¡Oh, señora, no soy tan tonta como para creerlo...! No sé trata de eso, qué duda cabe. —Durante un segundo, la confusión prestó a aquel semblante una gracia exquisita, ese adorable encanto de la humildad—. Sería demasiado que alguien consintiera en que yo no viviese más que para él y para los hijos que acaso Dios nos diera...

—Sin duda, Octavie —dijo mi madrastra, levantándola—. Siéntese a mi lado y cálmese. Si llegué a creer que estaba usted llamada a una vocación más santa, ahora, me sentiría feliz con que fundara usted un hogar cristiano. ¿Qué otra cosa más normal y sencilla? Me asombra su emoción.

—No, no, señora... No es nada sencillo, y si usted supiera...

Imagino que, en ese momento, mi madrastra debía de gozar intensamente: saboreaba ese placer que sólo pertenece a Dios, que es conocer el destino de alguien que cree descubrirnoslo, y que se siente dueño de inclinarlo en un sentido o en otro. Porque ella no dudaba lo más mínimo de su poder sobre la anhelante conciencia de monsieur Puybaraud, y obtuvo la confirmación de boca de la propia Octavie. Después de haber dado paso, por medio de una inteligente gradación, a la inquietud desde la confianza, Brigitte exclamó:

—¡Su turbación me turba a mí también!

Y habiendo preguntado angustiosamente a la pobre muchacha si se trataba de un hombre casado o divorciado, como la acusada bajara la cabeza y se llenaran sus ojos de lágrimas, le interrogó con un tono que traicionaba casi el horror:

—¡Desdichada! ¿Debo, entonces, comprender que la persona en cuestión está unida a alguien de quien no puede separarse? ¿Irá usted a enfrentarse con el propio Dios?

—¡No, señora, no! Él es libre; sus superiores están de acuerdo. Monsieur Puybaraud (porque ya lo habrá usted adivinado, madame Brigitte) debe abandonar el colegio esta semana, y nosotros tenemos desde ahora el permiso de pensar el uno en el otro...

Mi madrastra se levantó e interrumpió bruscamente a Octavie.

—No tiene usted más que decir. No quiero oír nada más. Únicamente a los directores de ustedes corresponde la responsabilidad de este asunto. Yo puedo tener, sobre cuestiones como ésta, un punto de vista que no concuerde con el de sus...

—Precisamente, madame Brigitte —exclamó Octavie en un mar de lágrimas—, monsieur Puybaraud no llega a dejarse convencer de su derecho. Me repite que sólo usted podría iluminarle, que sólo usted posee la inteligencia suficiente para concederle la paz. Compréndame, señora; no se trata de lo que usted podría creer. No tiene más que mirarme: a monsieur Puybaraud no le impulsan bajos instintos. Es más; me ha dicho que se estremece de alegría cuando piensa que puede tener un hijo como su pequeño Louis.

—Sí, sí —replicó sombríamente mi madrastra—. El demonio no ataca a los seres nobles y cándidos sin dar rodeos...

—¡Oh, madame Brigitte! ¿No le hará usted creer que se trata de un ardid del demonio, verdad?

Y estrechó vivamente las manos de mi madrastra, que estaba sentada en su lugar acostumbrado, ante su escritorio lleno de circulares y ficheros.

—No le diré nada si no me pregunta nada, hija mía... Si él me interroga, no hablaré más que sintiéndome lo suficientemente iluminada; pero, entonces, lo haré sin temor, sin miramientos, como he hecho siempre...

Octavie juntó las manos y alzó sus ojos de corderillo hacia aquel rostro indescifrable.

—Pero ese sentimiento de ser padre quizá no sea malo... Su director ya lo sabe. ¡Monsieur Puybaraud ha hecho ya tanto durante tantos años por vencerlo...! ¿Quién nos dice que no sea éste el signo de su vocación y que haya de ceder a este llamamiento?

Mi madrastra inclinó la cabeza.

—No debemos descartar esta hipótesis... Aunque, a decir verdad, Dios no está acostumbrado a una ciénaga. Que lo que se le ha pedido a monsieur Puybaraud sea ese abandono de su puesto, echarse atrás y la vuelta a una vida de menos mortificación... Esto es, cuando menos, lo que yo creería si se me hubiesen dado a conocer esos signos evidentes. Porque nada debe desconcertar nuestra fe.

—El dice que ha pecado por orgullo, que ha considerado mucho mayores sus fuerzas y que es necesario bendecir a la providencia, que le ha advertido antes de que fuera demasiado tarde —insistió Octavie con voz suplicante.

—Si está seguro de ella —interrumpió secamente mi madrastra—, ¿qué necesidad tiene de buscar consejos y mezclarme en estas cosas?

Octavie reconoció que la desgracia era precisamente que él no tenía seguridad ninguna y que cambiaba de un día a otro, y, llorando desconsoladamente, añadió que veía con toda claridad que el juicio de madame Brigitte estaba ya decidido y que el veredicto sería inexorable. Pero mi madrastra recogió velas en seguida.

—No, Octavie, sobre todo, no me juzgue hostil por principio a lo que la naturaleza decepcionada reclama de usted. No sólo monsieur Puybaraud está en juego, y yo de buena gana creería con usted que está llamada a llenar los deberes del matrimonio y de la maternidad. Sí —repitió mirando fijamente a la muchacha, imaginando quizás aquel vientre bajo el delantal y aquel rostro ingrato aún más afeado por la máscara del embarazo—, sí, quizá por usted desvía monsieur Puybaraud su vocación. Adivino, de pronto, que su derrota podría ser necesaria para la salud de usted.

Así Brigitte Pian atribuía al Padre Celestial las complicaciones y vueltas de su propia naturaleza. Pero ya la pobre Octavie Tronche, poseída por la

esperanza, se levantaba como una flor que recobra en el agua su lozanía.

—¡Oh, madame Brigitte! Es ahora cuando Dios le habla —exclamó con exaltación—. Sí, sí, es por mí, por mí, tan miserable; por mí, monsieur Puybaraud renuncia a las alegrías de una vida más alta, a la paz de un colegio del que era el honor...

—¿Y aceptaría usted a sangre fría ese sacrificio, hija mía? —preguntó bruscamente Brigitte Pian. Octavie quedóse sin aliento—. Tenga usted en cuenta que no pretendo que lo rechace. Digo que, por encima de toda otra cuestión, este problema se impone particularmente a usted: ¿tiene o no tiene el derecho de aceptar que un hombre como monsieur Puybaraud, que está muy por encima de usted en todos los atributos del espíritu y por las gracias recibidas, le sacrifique a usted los frutos de su apostolado, su gloria ante Dios y su honor ante los hombres? Porque no hay que disimular que una deserción de este género, incluso (y sobre todo) a los ojos de los seglares, hace desmerecer a aquellos que la toman. ¿De qué sirve taparse los ojos? Todas las puertas se cerrarán ante él, y como no hay nadie que ante las necesidades de la vida esté tan desarmado como él, convénzase usted de que se encontrará metido por su causa en una vida de necesidades, por no decir miserable...

El rostro de Octavie Tronche se iluminó de nuevo con una sonrisa.

—¡Oh! Si es por esto, estoy tranquila, madame Brigitte. Yo soy valerosa. Mientras me quede un hálito de vida, no carecerá de nada, aunque deba trabajar fuera de horas... No carecerá de lo necesario ni de lo superfluo...

—No es usted fuerte y usted lo sabe. El trabajo de la secretaría que usted lleva aquí (y que no es casi nada) es ya demasiado para usted, además del que ya lleva en la escuela libre. No vea en esto un reproche.

Era cierto que Octavie Tronche no podía soportar la falta de sueño y que, después de sus horas de clase, los trajines para las ventas de boletos en favor de la beneficencia acababan por enfermarla. Mi madrastra le repitió que su deber era dejar a un lado todo esto por penoso que le resultara. Y como Octavie indicara tímidamente que ellos habían confiado en que monsieur Puybaraud podía ser empleado en la secretaría de las Obras, donde había trabajado gratuitamente durante tantos años, Brigitte se asombró de que pudiese carecer, hasta este extremo, de delicadeza y tacto. ¿Cómo había podido creer que esto fuera posible? Hay cosas que ni siquiera deben explicarse.

—Tiene usted que haber perdido el juicio. Sin contar con que, además, no es costumbre retribuir, con el dinero de los pobres, un trabajo que tantos sacerdotes pueden llevar a cabo, sin tener en cuenta a los piadosos seglares.

No, nosotros haríamos todo lo posible, que sería recomendar a monsieur Puybaraud en la medida en que pueda ser recomendado, sin imprudencia, un hombre que por su causa llegó a una situación tan poco digna y que, por otra parte, que yo sepa, carece de título y de diplomas.

Cuando mi madrastra había precipitado a una criatura en un abismo de aflicción, le complacía levantarla en el acto mediante una gracia completamente gratuita. Habiendo, pues, considerado que Octavie Tronche no podía ya descender más bajo, cuidó de levantarla poco a poco e inyectarle cierta esperanza. La decisión en la que ambas se detuvieron de común acuerdo la supe algún tiempo más tarde de boca del propio monsieur Puybaraud, la víspera del día del reparto de premios.

Habíamos trabajado durante todo el día para colocar las oriflamas y reunir en haces las banderas del Papa y de la República. Monsieur Puybaraud atravesó el patio y fui a él como siempre hacía por un privilegio que ninguno de mis compañeros me disputaba. Me hizo sentar en uno de los escalones del estrado y me dijo que estaba en vísperas de tomar una decisión muy grave. Madame Brigitte, «que como todos los seres realmente santos, disimulaba tanta bondad bajo un continente austero», había comprendido que él tenía necesidad de calma, de soledad para reflexionar y, en consecuencia, resolver más acertadamente. Había tenido la caridad de desear que pasara sus vacaciones en Larjuzon...

—¡En Larjuzon! —exclamé estupefacto.

Es de esos lugares que no son para ciertas personas. Me era imposible establecer relación alguna entre el país de mis vacaciones y un profesor de mi colegio. El pretexto oficial de su presencia en Larjuzon sería hacerme estudiar latín.

Intenté imaginarme un día tórrido y a monsieur Puybaraud con levita y sombrero de copa paseando por las avenidas de Larjuzon. Le pregunté si llevaría su traje. Me aseguró que precisamente la compra de un equipo nuevo retardaría un poco su llegada.

Monsieur Rausch había abandonado su puesto cerca de los retretes. En mangas de camisa, encaramado en una escalera y armado de un martillo, golpeaba un clavo con toda su ferocidad natural. Los alumnos cambiaban entre sí sus direcciones de verano. La pequeña orquesta repetía en la sala de fiestas la obertura del *Voyage en Chine*. Jean de Mirbel, apoyado, por costumbre, contra la pared, a pesar de que no había sido castigado, tenía la cabeza baja y las manos metidas en los bolsillos. Su gorra a la birlonga de mal estudiante estaba puesta de través sobre sus cabellos demasiado largos. El

leve bozo de sus mejillas lo hacía parecer mucho mayor que sus compañeros (iba rezagado dos años). Más aún que su mala conducta, quizá lo que más le separaba de nosotros era su edad: esa orilla tempestuosa a la que llegaba tan falto de recursos, tan abandonado, enfrentándose con no sabía qué fatalidad, de la que no podía hablar a nadie.

Capítulo tercero

La victoria alquilada en Langon se detuvo ante el jardín del presbiterio. El coronel descendió de ella antes que nadie. El desayuno que acababa de terminar avivaba curiosamente la rubicundez de sus mejillas y hacía parecer blanca su cicatriz. Su «cronstadt» caía un poco sobre su oreja izquierda. Su corta capa «almáciga», que le llegaba hasta los riñones, se adornaba con un mustio capullo de rosa. El pantalón, a cuadros, se amoldaba a sus delgadas piernas parecidas a las de un gallo. Llevaba polainas blancas.

Jean, cargado con una maleta y una cartuchera, echó a andar tras él por el jardín, donde las legumbres apenas dejaban sitio para poner los pies. El presbiterio estaba apretadamente rodeado por patateras, habichuelas, tomates y toda clase de verduras. Groselleros y melocotoneros jalonaban el estrecho sendero que conducía a una puerta baja coronada por una cruz de sanjuanada, hecha con medula de corcho.

Ni tío ni sobrino tenían la menor duda de que a través del polvoriento cristal del entresuelo alguien les seguía con la mirada. El abate Calou esperaba oír el aldabón para ir a abrir. Le llevaba al tío toda la cabeza. Un delantal azul de jardinero le cubría la sotana. Una barba de varios días le tapaba las mejillas hasta los pómulos. Tenía la frente baja, los ojos azules e infantiles, la nariz larga y hendida en su extremo y los dientes sanos; pero Jean de Mirbel vio antes que nada sus manos enormes, espatuladas y cubiertas de pelo.

—Le traigo a su personita, señor cura. Le advierto que no le hago un regalito. Vamos, saluda al señor cura, y pronto. Que no tenga que repetírtelo. ¡Pues sí que empiezas a dar pronto una muestra de tu carácter!

Jean, con la gorra en la mano, bajaba la cabeza sin proferir ninguna palabra.

—¡Un zoquete! Por otra parte, no me disgusta que advierta usted de antemano la clase de chiquillo del que tendrá que ocuparse. Es necesario cascarle para que dé los buenos días.

—Tendremos tiempo de conocernos —respondió el cura.

Dijo esto con un tono frío e indiferente. Sin más comentario, los precedió al segundo piso para mostrarle su habitación al niño. Daba al granero y estaba enjalbegada y amueblada con lo imprescindiblemente necesario, y la ventana daba a la vieja iglesia, con su cementerio, y al valle donde los pinos escondían el río Ciron, pequeño afluente del Garona. Con la mirada podía seguirse su curso gracias al verde tierno de los olmos.

—Duelmo y trabajo exactamente debajo de esta habitación. Nos separa el suelo. Le oiré incluso respirar.

El zuavo pontificio aseguró que esto no era demasiado y que ya era buena tarea «no perderle de vista ni de día ni de noche». Cuando se hallaron en la vasta habitación del piso bajo que el cura llamaba salón, amueblado con un velador y cuatro butacas, y donde el salitre había dado cuenta del papel de las paredes, el coronel le dijo al cura:

—Es necesario que le hable particularmente. Tú, vete al jardín hasta que te llame... ¡Pronto! ¡Vivo!

Entonces, intervino el cura con su voz apacible.

—Le ruego que me perdone, coronel, pero me gustaría que el muchacho asistiera a esta conversación. Esto forma parte de mi sistema, y le ruego que tenga confianza en mí. Importa mucho que el niño sepa claramente qué es lo que se le reprocha y lo que nosotros debemos corregir en él.

—Le advierto que esto puede tener consecuencias... Usted no lo conoce... Me sentiría con mayor libertad...

El coronel no estaba contento, pero el cura no atendió a razones. Jean permaneció, pues, de pie en medio del salón, con los ojos fijos en su tío.

—¿Cómo explicarlo? Un zoquete, señor cura, esto lo dice todo. Incorregible; no hay otra palabra: in-co-rre-gi-ble —repitió con voz aguda.

No, no podía encontrar otra palabra. Como mucha gente que se cree muy por encima de los demás, no disponía más que de un vocabulario muy pobre y suplía esta indigencia por la imagen, por el retrato, el acento y la gesticulación.

—Se dejaría matar, señor cura... Algunas veces, se ha rendido, pero sólo para que no le peguen. No es un bestia... Pero no hace sus deberes, no aprende sus lecciones...

—¿Qué es lo que prefiere? Es decir, ¿cuáles son sus gustos?

—¿Lo que prefiere?

El coronel pareció estupefacto.

—En realidad, ¿qué es lo que prefieres? ¿No hacer nada? ¡Oh, claro! Pero, aparte de esto... Vamos, responde... No, ¿lo ve usted? ¿Ve cómo es?

Responde o te arreo.

El cura detuvo su brazo levantado.

—Déjelo, coronel. Aprenderé a conocer los gustos del muchacho.

—¿A conocer sus gustos? Buena cosa es esa, señor cura... Pero comprendo lo que quiere decir... Y él aprenderá a conocer su sistema, que debe ser sencillo, cosa que lo dudo —añadió parpadeando—. Con un caballo vicioso no hay más que la espuela y el látigo; no conozco otro sistema. Y cuando digo vicioso... Hay cosas que hubiera querido contárselas aparte...

Jean de Mirbel se volvió escarlata. Bajó la cabeza de tal modo que el cura no veía más que sus cabellos.

—¿Debo añadir que le hablo en mi calidad de tutor y no en nombre de la condesa Mirbel, madre de este tuno, y que tiene usted carta blanca para usar de todos los medios que le parezcan propios para domarlo? No se le pone otro límite que el indicado para la salud del niño, naturalmente.

—Naturalmente —repitió el cura sin separar la vista de aquella cabeza humillada.

—Y vuelvo a pensar ahora en lo que usted me había preguntado con respecto a sus gustos. Le gusta leer... Y, naturalmente, busca lo peor. Habrá que vigilarlo de cerca. Tiene ideas ya... ¡No le digo más! ¡Oh! No es siempre tan callado como usted lo ve, y cuando le da la gana, tiene la lengua más expedita. ¿Creerá usted que por Pascua se atrevió a sostener a monsieur Talazac, nuestro cura, que si el ministro Combes obraba de buena fe al expulsar a las congregaciones, no sólo no era culpable, sino que adquiriría méritos ante Dios?

—¿Sostuvo esto? —preguntó el cura, interesado.

—Sí... ¿Cómo? ¿Qué le parece a usted? Y nada ha podido hacerle apear del burro: ni las razones de monsieur Talazac, ni la indignación de las señoras, ni la somanta que le administré finalmente.

—¿De veras has sostenido esto? —repitió el cura.

Y miraba pensativamente a aquel pequeño zorro encerrado en el salón que, con el pelo erizado, parecía buscar la huida.

—Si posee usted el secreto de ponerle el cerebro en su sitio, los Mirbel le estarán muy agradecidos. Porque, piense usted, señor cura, que nuestro nombre, nuestra fortuna y el porvenir de nuestra raza descansa todo en este pequeño miserable. Dice que preferiría reventar antes que entrar en la academia de Saint-Cyr o enrolarse, como todos hemos hecho. Por otra parte, está demasiado atrasado. No puede prepararse en ninguna escuela. Tiene el cinismo de confesar que no hará nada, que no quiere hacer nada, ni siquiera

ocuparse de sus propiedades. Mírelo: ni protesta siquiera; se ríe por lo bajo. No te rías o te arreo.

Jean había retrocedido hasta la pared. Una sonrisa descubría sus caninos puntiagudos, blancos y torcidos. Se protegía con una actitud de niño apaleado que debía serle familiar.

—Tranquilícese, coronel —dijo el cura—. Esto me concierne a mí, ahora. Puede usted marcharse tranquilo. Tanto a usted como a la señora condesa les tendré al corriente de todo. Por otra parte, también el niño les escribirá.

—¡No mucho!

Fueron éstas las primeras palabras que pronunció.

—Hasta la vista, muchacho —dijo el tío—. Te dejo en buenas manos, en buenas y fuertes manos —añadió, estrechando la enorme extremidad del cura—. Según parece, han dado ya excelentes resultados...

Y se echó a reír con aquella risa penetrante que sorprendía. El cura lo siguió hasta el coche.

—Y, sobre todo, no le trate con miramientos —concluyó el coronel, entregando al cura un sobre para los primeros gastos—. No es una señorita; tiene el pellejo duro. No tiene usted por qué tener miedo. Siempre saldré en su defensa. Y, sobre todo, no haga caso de lo que mi cuñada le escriba. Yo soy quien maneja el timón y quien decide.

El cura entró en el salón donde Jean aún se hallaba de pie en el mismo sitio. Retrocedió al acercarse el cura, y de nuevo aquel ademán, el codo levantado, como para protegerse de los golpes.

—Ven a ayudarme a poner la mesa —dijo el cura.

—Yo no soy un criado.

—Aquí, cada uno es criado de sí mismo... Excepto para guisar, que es cosa de María, pero tiene setenta y un años y está reumática. Se trata de tu merienda. Yo no meriendo nunca. Tu amigo Louis y su hermana vendrán en bicicleta. Ya debían de haber venido.

Abrió la puerta del comedor.

—La tarta y las ciruelas están en el aparador —dijo—. Encontrarás también una botella de horchata ya destapada. Ve a buscar el agua en el momento en que vayas a beberla. Toma de la del botijo que está en el cuezo. Hasta la noche, muchacho... Un momento: ya sabes que mi habitación está bajo la tuya. Allí, encontrarás muchos libros... Quizá no los que te gustan.

Sin embargo, busca bien... En fin, hojea los que quieras, si esto te divierte. No me molestará que lo hagas.

Jean oyó los pesados pasos del cura en la escalera de madera y después, bajo su cabeza, el ruido de una silla al ser arrastrada sobre el suelo. Y reinó el silencio: las cigarras, el canto de un gallo y el zumbido de las moscas.

«Si cree que va a ablandarme, si imagina tenerme...».

Sin embargo, empujó la puerta del comedor y aspiró el olor de la tarta. Era aquélla una habitación mejor amueblada que las otras: un antiguo reloj de pared, un largo bufete Luis Felipe, una mesa de cerezo encerada y sillas de medula: reinaba allí un frescor agradable. Más allá de la puerta de cristales, extendíase la vista sobre los tejados bajos de los establos, en la pendiente de una pradera donde todavía se amontonaba el heno.

Alguien me pregunta: ¿Cómo conoces todos estos acontecimientos a los que no asististe? ¿Con qué derecho reproduces las conversaciones que no has escuchado? A decir verdad, he sobrevivido a la mayor parte de mis héroes, algunos de los cuales ocuparon un lugar importante en mi vida. Por otra parte, me ha gustado siempre andar con papeles y poseo, además de un Diario íntimo —el de monsieur Puybaraud—, las agendas que Mirbel había hallado en la herencia de monsieur Calou. Por ejemplo, tengo en este momento ante mis ojos la carta que el abate releía mientras Jean, en el comedor, rondaba en torno a la mesa y no resistía a la tentación de morder una ciruela... Y yo, en bicicleta, con mi hermana Michèle iba a verle recorriendo aquel camino polvoriento y blanco de una época anterior a la del asfalto... Habíamos visto pasar por Vallandraud, en su victoria, al conde de Mirbel, de regreso, con el «cronstadt» caído sobre la oreja y cruzadas las flacas piernas, y Michèle se había dado cuenta de su cicatriz y del mustio capullo de rosa de su capa.

Sin duda, he usado de mi derecho a ordenar este material, de orquestar esta realidad, esta vida subsistente que no morirá más que conmigo y que persiste a pesar de los años mientras me queden fuerzas para recordar. Si ordeno las conversaciones, al menos, no cambio ni una sílaba de la carta de la condesa de Mirbel que el abate Calou había recibido la antevíspera de la llegada de Jean y que estaba firmada «Mirandieuze-Mirbel» con tinta azul y una escritura puntiaguda:

«Señor cura:

»Si me arriesgo a dirigirme directamente a usted es porque he sabido por madame Baillaud que usted posee, como educador, métodos muy distintos de los que le supone a usted el conde Adhémar de Mirbel, mi cuñado. Doy gracias al cielo porque no se le haya ocurrido la idea de visitar a los señores de Baillaud, y que él continúe creyendo en esa reputación que usted tiene de domar a los niños difíciles y de meterlos en cintura, como él dice. Nada me ha detenido, por delicado que haya sido intentar un paso cerca de esos viejos drogueros, cuyos abuelos estuvieron al servicio de los míos, y no he vacilado en entrar en relación con ellos, y he sido recompensada, puesto que sé ahora a quién me dirijo y qué confianza puedo tener en su carácter. Importa, señor cura, que conozca usted ciertas particularidades necesarias para comprender la naturaleza de mi desgraciado hijo, y, en primer lugar, el amor que me ha confesado y que es más violento que el que un muchacho de su edad acostumbra a tener por su madre. Jean está convencido de que yo no correspondo a su ternura; cree que le juzgo según la imagen que su tío me hace de él, y debo reconocer que las apariencias le dan la razón, puesto que parece que yo lo haya abandonado sin resistencia, entregándolo a ese verdugo. Perdóneme la expresión, señor cura, pero cuando haya usted visto al conde me comprenderá.

»Me cuesta mucho hacerle ahora una confesión, pero es al sacerdote a quien me dirijo, al hombre acostumbrado a perdonar. Nada puedo contra mi cuñado: en primer lugar, porque ha recibido, por testamento, plenos poderes por lo que se refiere a mi hijo; pero, sobre todo, porque dependo de él y porque durante su última enfermedad mi marido puso en manos de Adhémar un dossier anonadador para mí por más de un motivo. No le diré que haya sido una mujer culpable, señor cura, habiendo procedido siempre según mi conciencia y en la plenitud de mis derechos de mujer. Imprudente, incapaz de un ardid, o de cálculo; sí, he sido de este modo. Me hubiera sido fácil engañar a mi marido y, sin duda, hubiese tenido derecho a hacerlo. Con lo que he sufrido de joven, las bromas pesadas que inventan los celos, estar enclaustrada y todo lo que la soledad de un castillo en Armagnac lleva consigo, como ocultas torturas y venganzas impunes, podría hacerse una novela, y no es que yo no la escriba, porque sé escribir y esto es lo que me ha perdido. Adhémar posee una desdichada correspondencia que alguien me envió y que cometí el error de no destruir y en la que, poseída por el demonio de la literatura, expresé en vivos términos los sentimientos a los que el mundo

perdona haya cedido una mujer, pero que no disculpa jamás su descarnada expresión.

»Posee usted mi secreto, señor cura. A pesar de que no creo en los misterios de la religión, creo todavía en la virtud de sus ministros y en su discreción. Es preciso que usted lo sepa: Adhémar es dueño de la persona de Jean sólo porque mi honor está en sus manos, y si me muevo, me pierde. Esto le demostraré cómo es: teme no tenerme lo bastante en sus manos y tiene la pretensión de casarse conmigo: mi fortuna, que no es pequeña, le tienta; pero es justo añadir que ésta fue la última voluntad expresada por su hermano agonizante: no cesaba de repetir que sólo con el matrimonio puede dominarse a una mujer. Ni a uno ni a otro se le ocurrió jamás que una Mirbel, una La Mirandieuze, pudiera divorciarse. Adhémar ha recurrido a un chantaje; no se expresa más que por alusiones; me da a entender que si me convierto en su esposa, Jean se educará entre nosotros en La Devize, que él me dejará educarlo a mi gusto y con plena libertad para vivir una parte del año en casa de mis padres. Usted no ignora que la señora de La Mirandieuze tiene grandes relaciones y que no ha renunciado aún al ruidoso desquite que podría asegurarme el éxito literario... ¿Qué hacer? No doy a mi cuñado una rotunda negativa; intento ganar tiempo. Adhémar ha pasado ya de los sesenta y se le enrojece la cara cuando se levanta de la mesa; las evasiones del régimen que se ve obligado a seguir y sobre las cuales yo tendría la generosidad de correr un velo, podrían permitirme ciertos cálculos, si no fuera precisamente una mujer totalmente incapaz de calcular y que ha podido cometer debilidades, pero no bajezas. Después de haber hecho estas aclaraciones necesarias, me atrevo a esperar que usted no me juzgará según los estrechos principios a lo que sé tiene usted horror, sino según una religión resplandeciente y humana y que no me negará una gracia que no puedo obtener más que de usted. Desearía que le pidiese a Adhémar que me permitiese ir a ver a Jean a Baluzac. No se lo negará si usted le escribe diciéndole que considera bienhechora esta visita. Dígale que puede poner una habitación a mi disposición. Pero me hospedaré en la venta de Vallandraud para no causarle ninguna molestia a usted. Espero su respuesta con la impaciencia de un corazón de madre, y le ruego, señor cura, crea en este sentimiento de gratitud exaltada que experimento ya por el bienhechor de un único y amadísimo hijo».

El cura tomó de la mesa un lápiz rojo y subrayó estas palabras: *Pero me hospedaré en la venta de Vallandraud*. Contemplo ahora este rasgo rojo, apenas palidecido por los años... El cura había visto las palabras esenciales, y todas las demás, ¿habían sido escritas para llegar a esta pequeña frase? Lo creí al principio, pero, a decir verdad, él no podía tener el don de la profecía, y la frase debió de haber sido subrayada únicamente después de los acontecimientos que le dieron todo su significado. Pero lo que pudo comprender, a partir de aquella tarde, fue que por nada del mundo hubiera consentido Adhémar Mirbel en utilizar en contra de su cuñada los documentos que hubiesen deshonrado a la familia. No era muy verosímil que, a los setenta años y muy rico, soñara el coronel en casarse con la condesa. Monsieur Calou sacó de un cajón una carpeta de papel en la que figuraba escrita esta palabra: *Simuladoras*. Guardó allí la carta, volvió a cerrar el cajón y permaneció un instante atento al murmullo de nuestras voces a través del suelo, a nuestras risas y al ruido de las sillas al moverse. Con los codos sobre su mesa permaneció así largo rato inmóvil, ocultando la cara entre sus enormes manos.

Capítulo cuarto

—Es dulce —dijo Jean, después de haber vaciado su vaso de horchata—. Me gusta.

Y comenzó a registrar el aparador. Me daba cuenta de que estaba bravuconeando, pero yo estaba escandalizado. ¿Era realmente Mirbel un muchacho incorregible? Removía las botellas empezadas ya, las destapaba y olía para adivinar por el olor lo que contenían.

—Esto debe ser casis, angélica o agua de nueces, licores de monjas... Pero el cura no es un tipo a quien se le manden licores de éstos... ¡Vaya! He aquí el brebaje que le corresponde —exclamó de pronto, blandiendo una botella descorchada de armagnac...—. ¡Y del año 1860! —E hizo chascar la lengua—. El año en que tío Adhémar consiguió su magnífica herida en Castelfidardo...

Michèle protestó. ¿Bebería él por la tarde? El armagnac se bebía a los postres.

—A los postres, estará el cura.

—Jean, ¿vas a hacer eso?

—¡Y sin ninguna molestia! Y no un vasito de licor.

Me era difícil deslindar en su actitud la parte que correspondía a la comedia. El alumno taciturno, siempre castigado, del colegio, no se parecía a aquel pilluelo pendenciero. No comprendí en seguida que la presencia de Michèle era lo que le desenfrenaba porque no le dirigía más que muy raras palabras y le respondía con monosílabos. Apenas parecía darse cuenta de su presencia.

—Ya es demasiado, Jean, te pondrás enfermo.

—Y de un solo trago, ya verás...

Echó la cabeza hacia atrás, pero se atragantó y comenzó a toser. Michèle le dio unas palmadas en la espalda.

El aroma del alcohol llenaba la habitación.

—El abate Calou se dará cuenta —dije.

—Le pondremos un poco de agua en la botella y creará que su armagnac ha perdido fuerza.

—Pero ¿y el olor, Jean? Apesta a alcohol, y lo mismo todo el presbiterio.

Oímos el ruido de una silla al ser retirada y el de los pesados zapatos del abate Calou en la escalera. Apenas entró, aspiró el aire y nos miró.

—Los canallas han descubierto mi armagnac —dijo jovialmente. Y, dirigiéndose a Jean—: Confiesa que no es malo, y tú debes conocerlo bien. En La Devize poseéis uno bueno, estoy seguro; es el lugar a propósito... Louis, deberías acompañar a tu amigo a la orilla del Ciron... ¿No le gusta pescar? ¿Sí? Entonces, enséñale dónde puede conseguir buena pesca... Los lucios hacen estragos, pero hay muchos.

Abrió la puerta de cristales del comedor que daba directamente a la parte posterior de la casa y nos siguió un instante con los ojos. Atravesamos el campo a medio segar. Las tormentas de aquel verano lluvioso no daban tiempo a recoger el heno. Avanzamos hacia la línea de los olmos. Ya las libélulas leonadas y azules anunciaban la proximidad de la corriente invisible. Entramos en el prado pantanoso. Era una tarde agobiante y húmeda. El alcohol había influido sin duda en la audacia de Jean, porque caminaba al lado de Michèle, detrás de mí, lejos para que yo no pudiera oír lo que decían. Yo les indicaba el camino, invadido por una vaga zozobra, fuente de ese sufrimiento que ha penetrado y corrompido mi vida. No es mi historia lo que cuento, y en la cerrada trama de estos destinos, quisiera que el hilo permaneciera invisible. Pero no puedo callar esta herida que recibí de niño. No hay nada tan extendido como los celos en su forma más sencilla. Así, pues, comencé a sufrir a los trece años en aquel prado húmedo en el que aguzaba el oído para sorprender algunas palabras que cambiaban mi amigo y mi hermana. Estos celos no son nada comunes; al menos, así lo espero para la raza de los hombres sobre la cual ya pesan bastantes maldiciones.

Yo no podía saber si estaba celoso de mi ternura hacia Michèle o de la amistad que había confesado a Jean. Me era odioso que Michèle le hablase en voz baja usando el mismo tono confidencial del que sólo yo me había beneficiado hasta entonces. Michèle me pertenecía; no la había compartido con nadie, y he aquí que Jean hablaba a solas con ella y la hacía reír, ese Jean al que hacía quince días me complacía en imaginar por todos los caminos de Larjuzon, a quien había mezclado con mis proyectos de vacaciones, al que soñaba tener para mí solo, únicamente para mí; pero también él se me escapaba. ¿Cómo no lo había sentido?

«Me tratan como a un perro, se esconden de mí...».

Algunas veces, hube de pararme y esperarles. Incluso les perdí de vista en un recodo y hube de retroceder. Cuando me acercaba a ellos, se interrumpían.

—¿De qué habláis?

Se miraban riendo, sin responder. Jean masticaba una yerba. Michèle estaba un poco colorada y su gran sombrero de paja la obligaba a levantar la cabeza para verme. Insistí. ¿De qué hablaban? De cosas que no interesan a los niños, me aseguró Michèle. Jean se inclinó a su oído. Y esta vez comprendí.

—¿Crees que tu hermano sabe de qué va? —preguntó.

«Saber de qué iba», en nuestro lenguaje, significaba conocer los secretos de la vida, los misterios de la procreación. Enrojecí y volví a caminar hacia delante, con una tristeza mayor: se escondían de mí para hablar de lo que está prohibido; su complicidad aún me separaba más de ellos.

Mi madrastra me había permitido pedirle a Jean que almorzara al día siguiente en Larjuzon. Decidí no transmitirle una invitación con la que tanto me había complacido antes; pero ahora tenía miedo de esta jornada en la que Michèle me quitaba a Jean o Jean me quitaba a Michèle. Sí, antes me privaría de verle. Que se muriera de aburrimiento en su presbiterio. Después de todo, su tío debía saber lo que hacía metiéndolo en cintura. En el colegio se había dicho que Mirbel era «un puerco individuo»; las consideraciones que se le tenían debíanse a que su tío era un héroe de Castelfidardo. Quizás en ese momento le estaba contando a Michèle lo que yo llamaría «historias sucias». No faltaría más que Michèle le tratara. Pondría en antecedentes a mi madrastra. Era mejor renunciar a él, no verle nunca, antes que sentir ese nudo en la garganta, esa contracción en la boca del estómago, ese dolor, ese mal sin remedio, puesto que el remedio se hallaba alejado infinitamente de donde pudiera hacerme con él, en la voluntad, en el corazón, en el escondido pensamiento de mi amigo y de mi hermana unidos contra mí.

¡Inconfesables torturas! A buen seguro que en la orilla del Ciron, cuyo rápido curso dominaba, apoyado en aquel pino que el agua que bañaba sus raíces había hecho enorme, ignoraba todavía que esa tortura era inconfesable y que sólo por orgullo me esforzaba en dominar mi despecho. Sin prestarles atención y para chasquearlos, me había ido rápidamente, secando mis lágrimas, recobrando el aliento y compuesto mi semblante. Ellos reían y yo les oía reír mucho tiempo antes de verlos. Por encima de los helechos removidos percibíase el sombrero de paja de Michèle. Llegaron por fin. Y mi hermana me preguntó cómo podría ir Jean a Larjuzon al día siguiente, si no tenía bicicleta.

—La bestia me la ha confiscado —dijo Jean de Mirbel.

La bestia era su tío. Respondí fríamente diciendo que no podía hacer nada.

—He pensado que podría dejarle mi bici —dijo Michèle—. Yo te llevaré esta noche en el cuadro de la tuya...

—¿Ocho kilómetros en el cuadro? ¡Muchas gracias! No quiero hacer cisco mi bicicleta. Jean no tendrá más remedio que hacer a pie el camino hasta Larjuzon, suponiendo que no crea que ocho kilómetros sea una cosa del otro mundo.

—¡Ya lo sabía! —exclamó Michèle furiosa—. ¡Su bicicleta es sagrada! No vengas con historias.

—No vendrá con historias —dijo Jean, cogiéndome del brazo con una actitud mitad zalamera mitad furiosa—. ¿No lo harás por mí, Louis?

Con un brusco ademán, me desprendí de su brazo y fui a sentarme sobre un tronco.

—Está de hocico —dijo Michèle—. ¡Aún no hemos terminado!

No estaba de hocico, sufría. Contemplé las arañas acuáticas luchar contra la corriente. El agua transparente movía los largos musgos. Los gobios nadaban en torno y sus sombras se dibujaban sobre el fondo de arena. Las plantas acuáticas y la menta pisada me envolvían con un perfume del que me acordaría hasta el último momento para decir adiós a los hermosos días de los veranos aniquilados, a mi viejo dolor y a mi joven amor. No estaba de hocico, sufría con el sufrimiento de un hombre. Ellos se habrían sentado a pocos pasos de mí porque les oía cuchichear, pero los helechos me los ocultaban. De pronto, la voz de Jean se oyó más clara y comprendí que hablaba en voz alta adrede.

—No te preocupes, ya será razonable. Si se empeña, utilizaremos otros medios...

Me levanté y corrí hacia él.

—¿Qué medios? ¡Bestia, ensaya otro procedimiento!

Me había cogido por las muñecas y me hacía daño, pero yo apretaba los dientes para no gritar.

—Repíte que no le prestarás tu bicicleta a tu hermana.

—Déjame, me tuerces las muñecas.

—Repíte que no quieres ir en el cuadro.

Bruscamente, me sentí libre; Michèle había agarrado a mi verdugo y gritaba furiosa:

—¡Te prohíbo que toques a mi hermano!

—¿Y por qué? No voy a comérmelo.

Se miraban hostilmente. Una gran calma se había apoderado de mí; peleaban, se habían convertido en enemigos; Michèle me prefería a mí, y él no quería a Michèle. A causa de mí, se lanzaban uno contra otro. Sentí una flojedad deliciosa en el pecho y, como siempre que se alejaba el mal, creí que éste desaparecería para siempre. No les odiaba ya; toda mi ternura afloraba de nuevo para cada uno de ellos. Con toda seguridad, regresaríamos los dos, Michèle y yo, en el cuadro; pero no podía ceder en seguida: por otra parte, era muy agradable para mí verlos andar alejados uno de otro. Al regresar, nos precedía Mirbel masticando una yerba, y yo le seguía un poco lejos cogido de la mano de mi hermana. Con la mano de Michèle en la mía, miraba a Mirbel caminar ante mí... Esto era la felicidad. La yerba estaba mojada. Una tormenta silenciosa surgió de pronto y asomó su oscura frente por encima de los pinos. Un grupo de hombres y mujeres se afanaban en torno a un carro cargado a medias de heno.

—Sí —dije—, Mirbel es un bruto.

—También es un chico excelente.

—Sí, pero es un bruto.

—Bien, arreglémoslo todo para que vaya a almorzar mañana.

De nuevo, el nudo en la garganta, y le pregunté a Michèle si tenía tanto interés.

—A ti te parece muy divertido Larjuzon este año, con tu Puybaraud, y Brigitte que no para en torno a esa gran lombriz blanca.

—¡Oh, Michèle!

—Brigitte hará tantas cosas que la estancia en Larjuzon será insoportable, incluso para papá. Estoy segura de que le dejaré la bicicleta a Jean...

—¡Entonces —exclamé furioso—, volverás a pie!

Jean se había vuelto. Le encantaba nuestra disputa, esto era lo que ocurría por no haberle ella permitido ponerme en razón. Él sabía cómo había que tratar a los chiquillos. Rodeamos el presbiterio gritando los tres a la vez. Yo protestaba.

—Mi bicicleta es mía, ¿no?

—Eres demasiado buena pidiéndole permiso —dijo Jean a Michèle—. Le enfureces antes de que haya tenido tiempo de pensarlo. Si no quiere montar en el cuadro, que haga los ocho kilómetros a pie.

Les tomé la delantera y agarré mi bicicleta, pero Jean no me dio tiempo a alejarme. Se agarró al manillar, metió un pie en una rueda y me hizo caer. Monsieur Calou, que debía espiarnos, salió precipitadamente del presbiterio,

corrió hacia mí y me levantó. Sólo tenía un rasguño en el brazo. Se volvió a Mirbel.

—Ve a mi habitación, trae la tintura de yodo y el algodón que encontrarás en el tocador.

Dio esta orden con su calma habitual, pero con una voz como atravesada por un gruñido sordo, mirando a Mirbel con sus enormes manos semicerradas. Mi compañero obedeció rápidamente. Cuando bajó, el abate lavaba ya mi herida bajo el agua de la bomba; se dirigió a Jean, pero sin mirarle.

—Tápalo con el algodón... Pon el yodo; no mucho. Pica un poco, ¿verdad? Ahora, cuenta lo que ha ocurrido, Michèle.

Ella comenzó un relato confuso. Nos chasqueó a los dos: Mirbel había sido brutal, pero yo había hecho todo lo posible por exasperarlo.

—Estrechaos las manos —dijo el abate.

Tomé la mano de Jean, que no la retiró. En vista de lo cual, monsieur Calou declaró que nos contentaría a todos. No permitiría que volviéramos dos en una bicicleta, y, al día siguiente, le prestaría la suya a Jean para que pudiera ir a Larjuzon. Durante algunas horas, el abate prescindiría de la bicicleta, puesto que no tenía nada importante que hacer por los alrededores. Sin embargo, como siempre podían ocurrir imprevistos, le rogaba a Jean que volviera antes de las cuatro.

—Pero vosotros, los Pian, no tenéis más que acompañarlo aquí para terminar de pasar el día juntos.

En su voz no había nada hostil. No llovería; el viento había barrido el cielo. El cura nos pidió que le ayudáramos a recoger sus legumbres y nos aconsejó que nos descalzáramos para no mojar nuestros zapatos. En recompensa, nos permitiría comer las grosellas que quisiéramos cuando María hubiese terminado de hacer sus confituras.

Jean esperó a que el abate hubiera entrado en la casa para declarar que no había ido allí en calidad de criado y que no se dejaría tratar como tal. Pero apenas Michèle y yo nos hubimos descalzado, no pudo resistir la tentación, se quitó las alpargatas y tomó una de las regaderas que llevaba mi hermana. Ésa es la infancia que ese día de verano en que corríamos descalzos sobre el casquijo, haciéndonos daño, ha quedado en nosotros como un recuerdo de pura y apacible felicidad; sin embargo, mi alegría estaba oscurecida por la angustia, porque era a Michèle a quien Jean daba el agua. Ella se había arremangado la falda hasta la rodilla y fingía enfadarse, con agudas risas que no se parecían a su reír habitual. Pero yo me negaba a sufrir. Llevaba en mí ese dolor creciente que cualquier cosa hubiera despertado y gritaba más fuerte

que ellos para aturdirme. Cuando el sol hubo desaparecido tras los pinos, hubimos de pensar en el regreso. Jean preguntó a qué hora comíamos en Larjuzon.

—A las doce, pero ve lo antes posible —dijo Michèle—. Nos levantamos a las ocho. En cuanto puedas coger la bicicleta del abate...

Protesté diciendo que no había que privar demasiado tiempo al abate de su bicicleta. Podía llamarle algún enfermo... Jean respondió malévolamente diciendo que «nadie tenía necesidad de un cura para morir». Michèle pareció extrañada y observé que se despedía de él un poco cortada. Pero se volvió un par de veces para contestar a Mirbel, que la saludaba con la gorra. Llevaba un traje de marinera bajo un jersey rayado en rojo y blanco. Él iba descalzo y un elástico sujetaba su pantalón por encima de las rodillas.

Más tarde, supe por él lo que había sido esta primera velada en el presbiterio. Anduvo un instante en torno a la casa, sin saber qué hacer. Apenas si Baluzac tenía derecho al nombre de pueblo: una sola venta y ninguna tienda, excepto la farmacia Voyod, donde el cura no quería que su pensionista pusiera jamás los pies. Ésta era la sola prohibición definitiva que le había hecho. El abate Calou le había hablado también de su gabinete lleno de libros: los libros tenían un lugar en la vida de Jean que no sospechaba nadie de los que le rodeaban. Perteneecía, por línea paterna, a una familia en la que este gusto en un niño hubiera sido denunciado como un signo inquietante. Por otra parte, su tutor y su madre estaban convencidos de que él sólo buscaba los relatos escabrosos y obscenos y, en verdad, él tenía la culpa de estas sospechas.

Nada podía Jean contra sus deseos: la idea de que aquella casa estaba llena de libros, aun cuando fuera de libros para curas, y que tenía a su disposición toda una biblioteca a cuyo acceso tenía derecho, despertaba en él una tentación tan violenta como las peores. Pero resistía, no queriendo que monsieur Calou tuviese la impresión de que podía encontrarse a gusto y de que le había tendido un lazo. Sin embargo, llegó al primer piso procurando no hacer crujir los escalones.

Olía fuertemente a tabaco de pipa. Jean vaciló y se acercó a la puerta, pero el orgullo le retuvo. No advertía que el abate, al acecho, había sorprendido el rumor de sus alpargatas y que le observaba con más pasión que un pescador espiando a una trucha que se mueve en torno a la red. Monsieur Calou no pudo contenerse y abrió la puerta.

—¿Querías algo, muchacho? —Y como Jean sacudiera la cabeza, añadió —: ¿Quieres un libro?

El niño penetró en una nube de humo de tabaco. Jamás había visto tantos libros: del techo al suelo, sobre las sillas, en la chimenea, en rústica y encuadernados; y un escabel con ruedas para llegar a los que estaban más altos, y una mesa para leer y escribir. ¡Qué maravillas! Estaba seguro de que eran libros insoportables... Pero no podía saberse, y alguno de ellos no le pareció a Jean completamente insoportable.

El cura había vuelto a su mesa sin prestarle otra atención. Jean se encaramó en el escabel... ¡Qué lástima que sintiera aquel dolor en la nuca y aquellas náuseas! El armagnac que había bebido por fanfarronería lo atormentaba y aquel hedor de la pipa lo aniquilaba. Descendió precipitadamente; tomó un volumen al azar y leyó el título: *Traité de la concupiscence. — Lettre et maximes sur la comédie. — La logique. — Traité du libre arbitre*, por Bossuet. ¿Es que iba a vomitar y desmayarse en el gabinete del cura? Había que resistir a toda costa. Para olvidar su mal, abrió el libro y se esforzó en leer: «Esa mujer que en los Proverbios elogia los perfumes que ha extendido sobre su lecho y el dulce aroma que se respira en su habitación, para concluir después: “Embriaguémonos de placer y gocemos de los abrazos deseados”, demuestra por su sola significación hasta qué punto arrastran los buenos olores preparados para debilitar el alma, atrayéndola a los placeres de los sentidos por algo que, o pareciendo ofender directamente el pudor...».

—Estás pálido, pequeño; tienes la cara verde. ¿Qué te pasa?

Jean protestó diciendo que no tenía nada, sólo una ligera náusea.

—Acuéstate.

No quiso el niño, pronto pasaría y ya se encontraba mejor. De nuevo hizo un esfuerzo por concentrar su pensamiento en la página abierta... El abate oyó caer el cuerpo del niño sobre el suelo, pero silenciosamente, porque se había agarrado al escabel. Se sintió llevado por dos brazos poderosos. Tuvo una arcada. El cura, sin repugnancia, le ofreció el orinal y sostuvo su cabeza con su enorme mano. Jean abrió de nuevo los ojos y quiso bajar al jardín. Estaba desesperado por haber caído de este modo, por sorpresa, en poder del adversario.

—Yo también bajaré —dijo el abate—. Quiero terminar de leer mi breviario en la iglesia. Me encontrarás allí. Es una iglesia pequeñita, ya lo verás... Construida por Bertrand de Goth que se convirtió en el papa Clemente V, un paisano nuestro, como tú quizás ignores, y que nació en

Vallandraud, a menos que no hubiese nacido en Uzeste, donde está su tumba... Un Papa como habrá muy pocos.

Jean respondió que las piedras viejas no le interesaban nada.

—De todos modos, haz una visita a Nuestro Señor.

¡Por fin! ¡El abate se descubriría! Jean, sin atreverse a levantar los ojos, murmuró que no creía en esas historias...

—¿Le asombra?

Mirbel había adoptado un aire presuntuoso.

—¿Por qué habría de asombrarme? —respondió el cura—. Lo asombroso es creer. Lo asombroso es que lo que creemos sea la Verdad; lo asombroso es que la Verdad exista, que se haya encamado y que yo la tenga prisionera allí, bajo esas viejas bóvedas que no te interesan, y gracias al poder de estas enormes manos que son la admiración del tío Adhémar. Sí, bribonzuelo, y yo que te estoy hablando, no vuelvo de mi asombro, tan absurdo, tan loco es esto en que creemos. Y, sin embargo, ¡es verdad!

¿Se estaba burlando el cura? Jean exclamó:

—Sea lo que sea, por ahora, me tiene sin cuidado.

E intentó desafiar a su adversario mirándole fijamente a los ojos; pero, a pesar suyo, su mirada se desviaba.

—Ahora, sí, bribonzuelo... Pero ya veremos más tarde.

Y Jean dijo entonces con desafío:

—No me conquistará usted.

—No seré yo quien te conquiste... ¿Cómo podría?

—Entonces, si no es usted... ¿Quién hay aquí, que no sea usted, aparte de María?

El cura eludió la respuesta. Pero hizo a Jean varias preguntas sobre los sacramentos de la confesión y la comunión. A este respecto, tenía sus dudas sobre el estado de preparación de Jean. Luego, se quedó mirándolo fijamente.

Jean sostuvo con insolencia aquella mirada que se había fijado en él con una tristeza y una dulzura que llegaron a molestarle.

—¿Todos los sábados? ¿Todos los domingos? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Desde los diez años? ¡Dios mío!

Monsieur Calou contemplaba aquel rostro tan bello, aquella frente pura bajo los cabellos oscuros donde se deslizaba la llama de un mechón más claro. Sólo supo decir:

—Ve a acostarte ahora un poco antes de cenar, pequeño.

Y se alejó hacia la iglesia con pasos rápidos, sin volverse. Su encorvada espalda le hacía parecer menos imponente.

Capítulo quinto

Mi memoria distingue mal ese primer almuerzo de Mirbel en Larjuzon de todos los que le siguieron. Durante el mes de agosto, no dejamos de frecuentarnos. Si él no iba a nuestra casa, era Michèle quien lo acosaba en Baluzac, y por nada del mundo hubiese consentido en no acompañar a Michèle, puesto que toda mi tranquilidad se venía abajo si los sabía lejos de mí. Mi vida se organizó en torno a esta necesidad de estar siempre entre ellos.

A decir verdad, al principio, no me inquieté mucho. Los nefastos días en que ellos se reunían escabullándose de mí eran menos numerosos que aquéllos en que Michèle echaba pestes contra los dos muchachos y tenía que defenderse de las jugarretas que inventábamos contra la «chica». Nuestro trío ignoraba el acuerdo: era preciso que mi hermana y yo hiciéramos el papel de víctima. Sólo me sentía feliz cuando tenía que defender a Michèle contra Jean y protegerla de sus travesuras, muchas veces perversas. Pero casi siempre, en el momento en que yo creía que se habían enemistado para toda la vida, se producían bruscas reconciliaciones entre ellos. Cuando yo me creía mejor amparado contra cualquier alianza entre mi hermana y mi amigo, se sucedían escenas inexplicables, torturadoras para mí, como la de aquel día en que la hicimos rabiar aludiendo a la «historia de los pasteles», que, como Mirbel había dicho repetidamente, había creado entre nosotros una amistad para toda la vida.

—¿Qué historia de pasteles? —preguntaba Michèle. Nosotros nos miramos guiñándonos los ojos y llevándonos un dedo a los labios, con el juramento solemne de ocultárselo siempre a la «chica». Comenzamos a correr en torno de ella, tirándole de los rizos y echábamos a correr, juntando las manos y frotando los dedos índice uno contra otro, mientras gritábamos:

—Rabia... Rabia.

Yo estaba a una distancia prudencial de ella, pero Jean continuaba en torno de ella, tirándole del pelo y escapando de nuevo... De pronto, Michèle se precipitó sobre él enseñándole las uñas y se lanzó sobre su cara. Él no se defendió, tropezó y cayó sobre la yerba. Cuando se levantó, vimos que su

mejilla arañada estaba llena de sangre. Los tres callamos. Michèle estaba pálida.

—¡Oh, Jean, límpiate! Yo no tengo pañuelo.

Pero él dejaba correr la sangre por la mejilla. Creí que iba a lanzarse sobre Michèle, pero no fue así: sonreía. ¡Qué ajena era esa sonrisa en él! Se hubiera dicho que Jean tenía ciertos derechos sobre ella y ella sobre él, que era libre de aceptar que ella le hiciese daño. Niños aún, entraban gustosamente en ese mundo en el que los golpes tienen la misma significación que las caricias, donde las injurias están más llenas de amor que las palabras tiernas. Y la cortina se cerraba a mis ojos; ya no los veía; permanecía solo al otro lado del telón, un chiquillo perdido en un mundo poblado de ogros inconscientes: las personas mayores.

Si Mirbel se amansaba un poco, toda la gloria correspondía a mi hermana y no a monsieur Calou; cuando menos, así fue hasta fines de agosto, en que ocurrió algo que ya contaré a su debido tiempo. Lo que desde el primer día había obtenido el cura de su pensionista no era precisamente despreciable; pero durante las semanas que siguieron, no hizo progreso alguno.

«Tengo un gato en la casa —anotaba monsieur Calou en su Diario de aquel entonces—, un gato que entra y sale de la biblioteca sin mover una silla, olfatea los libros, se desliza, en el comedor, se sienta al borde de la mesa y se toma su sopa. Se niega a la lucha, acepta trabajar una hora al día y asiste a misa los domingos. Me he descubierto demasiado pronto; odia mi dulzura..., “su dulzura de sacerdote”, como dijo un día horrorizado aquel muchacho de Burdeos. Quisiera que no hallase nada en mi aspecto o en mi lenguaje que repugnara. Si, es exactamente esto: nada de untuoso en el sentido repugnante de la palabra. ¡Cuán dura es la unción de Cristo! ¡Qué diamante ha de ser uno para rayar los corazones! Jean hubiese odiado menos mi ferocidad contra la que ya estaba precavido...».

El abate Calou quizás había sorprendido el secreto de Jean, pero no conocía el mío. ¿Quién, además, hubiera podido comprenderlo y explicármelo a mí mismo? No se lleva con gusto el peso de un niño; no está al alcance de nadie.

Monsieur Puybaraud se ocupaba de mis estudios y de mi alma con un ardor que yo no sabía cómo agradecer. Bien es verdad que me quería, y se repetía en familia que yo lo adoraba, y entraba en este juego sin resistencia.

—Louis se dejaría cortar una mano por monsieur Puybaraud...

A decir verdad, hubiese aceptado la idea de no volver a verlo nunca más en este mundo sin experimentar la menor tristeza. Nadie sabe medir la indiferencia de los niños hacia las personas mayores, incluso hacia aquéllos a quienes están más estrechamente unidos. A excepción de Jean, de Michèle y, en otro aspecto, de mi padre y de mi madre muerta, todos carecían de realidad a mis ojos. Los demás componían para mí una comparsa; llenaban el fondo del escenario; hacían círculo, pero sin verlo, en torno a mi corazón, desgarrado o satisfecho, según el lugar que yo ocupaba con relación a Michèle o a Jean.

Monsieur Puybaraud podía dar una vuelta en el parque conmigo, orientar sus conversaciones hacia la edificación o cultura del espíritu, y yo le replicaba testimoniándole esa gentileza un poco trapacera que me abría tan de buen grado los corazones, en cuanto yo quería. Nada descubría el pobre hombre de los sufrimientos de mi corazón que estaba a mil leguas de él, no se daba cuenta de que le hablaba con palabras que no tenían relación alguna con mis pensamientos ni con mis sentimientos reales, que me evadía de él sin dificultad, sin esfuerzo, no dejándole más que esa apariencia de niño sabio y atento en quien derramaba los tesoros de su hermosa alma.

Yo tenía sobre él la ventaja de no ignorar nada de su propia historia, pero no me interesaba en absoluto. El Puybaraud de aquellas vacaciones estaba en plena renovación, a mitad del camino del mundo. Un panamá había sustituido al sombrero de copa y una chaqueta a la levita; pero usaba sus pantalones negros y sus camisas almidonadas, incluso en los días tórridos. Tenía consigo el tono de un educador cristalino, con todo y confiarse de sí mismo mucho más de lo que es costumbre confiar a un niño. Hoy, después de tantos años transcurridos, y cuando ya monsieur Puybaraud no es más que polvo, al releer su Diario me apasiona de pronto este drama del que fui distraído testigo, porque toca los problemas que cada día me obsesionan más a medida que avanzo hacia la muerte.

Durante la primera semana de la estancia de monsieur Puybaraud, Brigitte Pian no se aburrió en Larjuzon: los días eran demasiado cortos para agotar la felicidad de ayudar a un hombre a aclarar el embrollo de su vida interior. Ella tenía la seguridad de que no estaba perdiendo el tiempo ni de que iba contra su vocación, que era la de revelar a los demás los propósitos que Dios tenía sobre ellos y que le enviaba a ella desde el fondo de la eternidad. Monsieur Puybaraud acababa de llevarle a domicilio un caso privilegiado en el que ella

estaba segura de dar de sí todo cuanto era posible, a pesar de que no se disimulaba el peligro. Encontraba en ella una viva satisfacción, no culpable, ni mucho menos, pero al principio experimentó una gran alegría al verse escuchada como un oráculo por monsieur Puybaraud. Pero ¡ay!, era una sumisión aparente. Muy pronto debió reconocer Brigitte Pian que se las había con una oveja más reacia de lo que había creído en un principio.

—Es un alma que se escapa —decía a partir de la segunda semana.

Concluyó acusándole de que se sustraía de la gracia; es decir, de sus direcciones.

Brigitte Pian tenía la tendencia de lanzar las almas hacia las cumbres, como ella decía, y se esforzaba en abrir los ojos de monsieur Puybaraud ante uno de los ardides del Maligno, que era el de cambiar en un alma cristiana la humilde idea que ella tenía de sí misma. Mi maestro estaba ahora convencido de que había alardeado de sus propias fuerzas no creyéndose llamado al común destino de los hombres, y que debía volver, puesto que aún estaba a tiempo, al camino que habían recorrido todos los muertos de quienes había nacido: tomar esposa también él, tener hijos y alimentarlos como un pájaro lo hace con su nidada. Pero Brigitte Pian no ignoraba que, frecuentemente, es necesario arrancar de las almas esa máscara de falsa humildad con la que se ridiculizan. Afirmaba, como si el propio Dios se lo hubiese comunicado, que monsieur Puybaraud no había sido arrebatado del colegio, puesto que se hallaba destinado al claustro para toda la eternidad. Aseguraba que, para él, el quid del asunto se hallaba en esta única pregunta: a qué puerta debía llamar y a qué regla sujetarse.

No sólo Brigitte Pian no ganaba nada contra monsieur Puybaraud aun cuando hubiese llevado la lucha a un terreno previamente elegido por ella, sino que debió reconocer que había en él una influencia mucho más poderosa que la suya, ¡y había que ver qué fuerza era, Dios mío! La de esa Octavie Tronche que inspiraba a mi madrastra un sentimiento muy semejante a lo que las gentes de mundo llaman desprecio. Pero Brigitte sabía que nosotros no debíamos despreciar a nadie y que incluso el alma de Octavie Tronche tenía un gran valor a los ojos de Dios.

Mi madrastra se asombraba de que, estando ausente, Octavie tuviera más poder sobre monsieur Puybaraud que cuando lo encontraba a diario en la ciudad. Cuando él no veía a Octavie, recibía de ella una carta todos los días, que mi madrastra devoraba con la mirada y que monsieur Puybaraud leía ante ella durante el desayuno de la mañana y con increíble atención. En verdad, todo lo que algunas veces seducía a monsieur Puybaraud en la ingrata figura

de Octavie —a pesar de que fuese sensible al encanto espiritual que irradiaba de ella—, cedía a la admiración y al más tierno respeto durante esta separación en que la muchacha se manifestaba a él sólo a través de estas páginas escritas cada noche antes de acostarse.

Esta correspondencia que yo había hallado en la herencia de monsieur Puybaraud no será publicada aquí; no porque no lo merezca, sino porque dudo de que haya bastantes lectores capaces de experimentar ese encanto de la humildad verdadera, la que se ignora y de la que su esplendor permanece desconocido. No puedo, sin embargo, silenciarla totalmente porque la victoria que Octavie alcanzó sobre mi madrastra tuvo crueles consecuencias en más de un destino.

Aun cuando Octavie sintiese una gran consideración por Brigitte, lejos de ella encontraba el necesario valor para resistírsele y poner en guardia a su amigo contra un recelo demasiado grande con respecto a nuestra propia inteligencia. Ella le decía que *«incluso una persona demasiado superior a nosotros por su virtud, su experiencia y las inspiraciones, no puede suplir este conocimiento personal del deseo divino que es el fruto de la virtud del abandono... Mi idea es que es bueno escuchar los consejos que proceden de los demás, puesto que no nos desvían de esta sumisión atenta y vigilante a lo que sucede en nosotros. Antes habla Dios en nosotros que en los demás, ¿no lo crees? Me parece imposible que lo que yo experimento tan poderosamente por ti, vaya contra su voluntad; la luz está en tu dirección, y si intento luchar contra el movimiento que me arrastra a ella, no hallo más que tinieblas por todas partes. Lo que me da confianza es que ante tu bien temporal y espiritual, yo renunciaría a ti, no sin una terrible amargura, quiero que lo sepas, pero casi sin lucha, y esto puedo asegurártelo. Por egoísta que sea — ¡y bien sabe Dios si lo soy!—, te amo demasiado para pensar en mí misma. Te amo de tal manera que no forcejearía un segundo contra la influencia que se ejerce sobre ti en Larjuzon, si estuviese segura de que ella había de ser tu felicidad, y si no se mezclaran demasiadas sutilezas con nuestro caso, que creo es muy simple, muy vulgar. Por otra parte hay un punto sobre el que, y en tanto como una muchacha como yo pueda juzgarlo, madame Pian tiene una opinión equivocada: ella no posee, como tú y yo lo poseemos, esta verdad de que toda carne, a pesar de estar herida, es santa, y que el más bello de los misterios de Dios, a pesar del pecado original, es el nacimiento de un niño. He oído decir sobre este tema cosas que quizá he interpretado mal. ¡Oh, amigo mío, cómo adoro en ti este sentimiento que Dios te ha dado para los niños, para esos niños en que debemos convertirnos si queremos*

alcanzar un lugar en el cielo! Pero, incapaces de parecemos a ellos, ya es mucho, sin embargo, traerlos al mundo. Sin duda, existen vocaciones más altas... No obstante, convirtiéndome en tu esposa, no creo ir contra el llamamiento de Cristo, contra su exigencia de abandonarlo todo para seguirle, porque me someto de antemano a su adorable voluntad a través de ti, amado mío, a través de aquellos que nazcan de nosotros... Éste solo pensamiento me hace estremecer de alegría...».

Monsieur Puybaraud no me mostraba estas cartas y sólo podía medir la derrota de mi madrastra a la sombra de su humor, durante las comidas, sobre todo, cuando la atmósfera se hacía casi irrespirable.

Yo sabía que los asuntos de monsieur Puybaraud iban mal y que sus relaciones con Brigitte Pian se agriaban, pero, al mismo tiempo, yo era demasiado desdichado para prestar atención a ello. Desde que Michèle había arañado a Jean, su alianza había quedado sellada. Ya no volví a gozar de esos períodos en que mi amigo, vuelto niño otra vez, se confabulaba conmigo para hacer rabiar a la «chica». Cada vez que Jean nos visitaba, la única preocupación de ellos consistía en procurarse momentos de soledad y, para alejarme, usaban de tantos ardides que me afanaba en no perderlos de vista ni un solo momento. Me avergonzaba mi inoportunidad, que se me hacía odiosa, y, sin embargo, me pegaba a ellos y fingía no ver los signos de irritada impaciencia que cambiaban entre sí.

Bastaba que mi madrastra me llamara, que monsieur Puybaraud me entregara una versión corregida de mis ejercicios o que debiese de ausentarme, aun cuando fuera sólo un momento, para estar seguro de que, a mi regreso, Michèle y Jean habrían desaparecido. En la avenida, donde momentos antes resonaba la risa de Michèle, o donde mi amigo, con su gruesa voz de hombre niño, llamaba al perro, yo no oía más que el susurro del viento en las ramas mojadas por la tormenta. Gritaba entonces sus nombres:

—¡Michèle! ¡Jean! ¿Dónde estáis?

Y después, me callaba, sabiendo que, aun cuando me hubiesen oído, hablarían en voz más baja, ahogarían sus pasos y borrarían sus huellas.

Imaginaba mal la especie de atracción a la que ambos cedían, porque yo no la experimentaba en mi carne todavía dormida. Los celos nacen de la insostenible visión del placer que una criatura amada recibe de otra y le prodiga. Dudo de que fuese capaz entonces de tener idea de estas cosas. Pero

su felicidad, debida en parte a mi ausencia, era lo que me hacía un daño terrible.

Recuerdo que, un día, monsieur Puybaraud decidió bruscamente marcharse. Durante el almuerzo, monsieur Calou, que había acompañado a Jean a Larjuzon, fue la única persona que habló. Monsieur Puybaraud era su interlocutor, pero Brigitte no despegaba los labios. Su cara grande y sombría debió asustarme. Frente a ella, con la boca casi pegada al plato, mi padre masticaba silenciosamente sin mirar a nadie. Jean y Michèle, separados por toda la extensión de la mesa, se hablaban con los ojos, y yo, sentado al lado de monsieur Puybaraud, fingía no perder ni una sola de sus palabras. Pero nada existía en el mundo excepto ese intercambio mudo entre mi hermana y mi amigo, esta paz de Michèle, ese reposo en el que se hallaba, a mis ojos, sólo porque Jean estaba allí. Para ella, yo formaba parte del resto del mundo; es decir, de lo que no existía. Pertenecía a la nada.

La lluvia tempestuosa no nos permitió tomar el café bajo los robles. Mi madrastra se excusó de su silencio, quejándose de jaqueca y pidiéndome que me fuera a su habitación a buscar una aspirina. Aquellos dos minutos bastaron a Jean y a Michèle para escapar a pesar de la lluvia. Quise salir tras ellos, pero, habiendo arreciado la lluvia, mi madrastra me lo impidió:

—Tanto peor para Michèle. Tú, quédate.

¿Acaso no veía nada? La conducta de Michèle hubiese debido de horrorizarla. Pero ella no tenía ojos más que para monsieur Puybaraud. Su jaqueca, que no era fingida, la obligó a retirarse. Nada en el mundo hubiese impedido a mi padre ir a hacer la siesta. Permanecí, pues, solo, en el salón del billar, contemplando a través de la puerta de cristales el campo empapado por la lluvia. En el salón, monsieur Puybaraud y el abate Calou comenzaron a hablar, a media voz al principio, pero pronto pude seguir claramente el hilo de su conversación. Mi maestro se lamentaba de una indiscreta tiranía. Comprendía que monsieur Calou se burlaba de su pusilanimidad y le aconsejaba que se marchara inmediatamente.

«Deben de haberse refugiado en la granja abandonada», pensaba yo.

Imaginaba a Michèle y a Jean en aquella cocina donde sólo los pastores encendían fuego algunas veces, cuyas paredes estaban ennegrecidas a causa de numerosos dibujos e inscripciones que hacían reír a Jean y que yo no comprendía. Se besarían, eran muy cariñosos entre sí. Michèle no lo era nunca conmigo; incluso cuando se mostraba tierna, su ternura tenía un

carácter brusco. Jean, en sus mejores momentos, me hablaba como un maestro. Un bruto, pero no para Michèle. Le decía:

—Tienes frías las manos.

Y las retenía durante largo rato en las suyas.

Jamás era amable conmigo. ¡Amabilidad que yo siempre había esperado de todos! De este modo sufría ante el campo bajo la lluvia.

Monsieur Calou quiso aprovechar un claro para volver a Baluzac. Me pidió que llamara a Jean. Hice sonar la campana, pero fue en vano: Jean no compareció. El abate dijo entonces que su pensionista era lo suficientemente mayor para volver solo. Montó en su bicicleta, después de haberse despedido de Brigitte, que, curada su jaqueca, dio un corto paseo por la avenida, acompañada de monsieur Puybaraud. Desde la escalinata, yo les veía ir y volver: mi maestro hablaba casi solo. La conversación fue breve, y a pesar de que no llegara hasta mi ninguna frase de ella, comprendí que había terminado de una forma desagradable. Al pasar, monsieur Puybaraud me acarició los cabellos. Estaba muy pálido.

—Me iré mañana, pequeño. Voy a preparar mi maleta.

Ya no llovía. Eché a andar rápidamente bajo los árboles cargados de gotas de lluvia. Algunas veces, una de éstas me mojaba las orejas, deslizándose a lo largo de mi cuello. Era un pálido verano sin cigarras. Si en Larjuzon hubiese habido otro muchacho, otra muchacha con quienes yo hubiese podido formar un grupo aparte... Pero ninguna cara, ningún nombre se ofrecía a mi pensamiento. Al volver, vi venir a mi madrastra. Me observó un instante con la mano puesta en la frente. No pude evitar el llanto y, al principio, fui incapaz de contestar a sus preguntas.

—Huyen de mí —balbucí al fin.

Ella creyó que era cosa de niños.

—Haz como si no te dieras cuenta; ellos serán los engañados.

—No, no... Si no quieren otra cosa...

—¿Cómo?

—Sí —insistí a media voz—. Quieren estar solos.

Mi madrastra frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

La sospecha, despertada un instante, se desvaneció; estaba demasiado preocupada consigo misma, presa de su propio tormento; pero la semilla que

yo había lanzado no había podido encontrar un terreno más propicio y, tarde o temprano, germinaría.

—Éstas son las consecuencias de conceder siempre demasiada importancia a los demás —murmuró Brigitte con amargura—. Ya ves, Louis, me pregunto a veces si no me preocupo demasiado por tu bienestar. Sí, yo sé que el ser más insignificante tiene un valor infinito. Yo sacrificaría mi vida porque alguien se salvara... Y, sin embargo, me asusto a veces al ver el tiempo que habré perdido (al menos, aparentemente, porque sólo Dios es juez), en favor de criaturas mediocres, por no decir viles. Para las grandes almas es una verdadera prueba agotarse en la sombra al servicio de espíritus inferiores, subalternos...

Esta última palabra la silbó a través de los dientes apretados. Comprendí que el individuo subalterno de quien hablaba era monsieur Puybaraud. ¿Y en qué le interesaba Puybaraud? ¿Es que lo amaba? Y si ella no lo quería, me preguntaba, ¿por qué le preocupaba de tal manera? ¿Qué mal o qué bien podemos recibir de los seres a quienes no amamos?

Vi de lejos a Michèle, sentada en uno de los escalones de la escalinata. Sin que yo le hubiese hecho pregunta alguna, me dijo que habían dado una vuelta en bicicleta y que Jean se había ido a Baluzac sin pasar por Larjuzon. Sin duda, acababa de bajar de su habitación: se había arreglado cuidadosamente y se había lavado la cara y las manos. Me miraba tratando de adivinar mis impresiones; pero yo aparenté indiferencia y experimenté el placer de sentirme desgraciado, pero dueño de mí mismo.

Subí a acostarme temprano con la intención de leer en la cama, pero no pude. A través del tabique llegaron a mis oídos las exaltadas frases de una disputa violenta. Al día siguiente supe por Michèle que mi madrastra no se había contenido y había tratado muy mal a monsieur Puybaraud. También él había perdido todo dominio de sí, exasperado al ver que a las razones que daba a mi madrastra, explicándole su decisión de casarse con Octavie Tronche, ella había respondido con la mirada fija en el cielo, que era una prueba que ella había siempre esperado, que consentía con gusto al sacrificio que se exigía de ella...

—Veamos, madame Brigitte, no se trata de sacrificarse por su parte... Este asunto me concierne a mí solo...

Pero Brigitte no atendía a razones. Se sentía herida y perdonaba la injuria recibida. Esta misma reacción era la que oponía siempre a las personas que se sentían con el deber de advertirle de cualquier error que ella hubiese tenido o de cualquier injusticia cometida. En vez de reconocerlo y de golpearse el

pecho entonando un *mea culpa*, ofrecía la mejilla izquierda y protestaba diciendo que era magnífico ser desconocida y calumniada hasta tal punto, y añadía una nueva malla a este espeso tejido de perfección y de mérito con el que se envolvía por completo y que jamás se cansaba de trabajar. Actitud que tenía como resultado exasperar a la gente, obligándola a pronunciar palabras desagradables, de las que Brigitte conseguía de rechazo ventaja ante su propia conciencia y ante Dios.

Sin embargo, aquella tarde, cedió a la rabia que la poseía y debió de pasar todos los límites, puesto que al día siguiente, a la hora del desayuno —que nos fue servido más pronto que de costumbre, puesto que mi maestro tomaba el tren de las ocho—, descendió hasta pedirle perdón en mi presencia.

—Lo sé, he sido indigna —decía en una embriaguez de humildad—. Debo proclamarlo ante Louis: cuando creo que un alma se engaña y se precipita a su perdición, no puedo contenerme... Pero el exceso de celo no basta a excusar tanta violencia. Jamás puedo conseguir dominar por completo la naturaleza, y reconozco humildemente que poseo una naturaleza de fuego —añadió con visible satisfacción—. Es, pues, preciso que usted me perdone, amigo mío.

—No, madame Brigitte —protestaba monsieur Puybaraud—. No puedo soportar que usted se humille ante mí. ¡Yo no soy digno!

Pero ella no quería oír nada y pretendía conservar el beneficio de su gesto: el gasto estaba hecho y no le costaba nada lanzarse al extremo de una humillación que obligaba a su víctima a presentarle armas y que la engrandecía a sus propios ojos (una malla más del tejido de perfección).

—Además, usted juzgará por mi conducta hacia Octavie y usted, si les guardo el menor rencor. Le he dicho lo que en conciencia debía decirle. Ahora, ya está hecho todo, y les encomiendo a los dos a Dios, y no tendrá usted una amiga más leal que yo en esta vida nueva tan llena de trampas, y me temo que de pruebas, que se abre ante usted.

Monsieur Puybaraud le tomó la mano y la llevó a sus labios con fervor: ¿qué sería de ellos sin madame Brigitte Pian? La situación de Octavie en la escuela libre, la suya en el Comité dependían, en suma, de ella. Bastaba con que dijera una palabra... Observaba el rostro de su bienhechora que, de pronto, quedó exento de toda expresión. Las palabras de Brigitte Pian se hicieron vagas. Hablaba de la Providencia a quien hay que confiarse, que no nos abandona jamás y que nos sigue con amor en los momentos más duros y cuando nos creemos abandonados. Y, como Puybaraud volviera a lo suyo,

ella le repitió que nada podía decidir, no siendo más que una voz en el «Consejo», como las demás miembros del Comité.

—¡Oh, madame Brigitte! —insistió él—. Usted sabe que si toma nuestra causa bajo su amparo...

Pero aquella mañana mi madrastra tenía la vena de la humildad y cuanto más monsieur Puybaraud quería que fuese poderosa para sostenerle a él y a Octavie en sus funciones, más se empequeñecía, y experimentaba una gran alegría empequeñeciéndose, anonadándose.

Capítulo sexto

Después de la partida de monsieur Puybaraud, Larjuzon conoció algunas horas de calma. Mi madrastra apenas abandonaba su habitación; escribía y recibía muchas cartas. Vino por último la canícula, pero la tormenta que se concentraba detrás de los pinos rugía en más de un corazón. Aquella semana, Jean sólo vino una vez en bicicleta y pasó aquella tarde conmigo, pero no experimenté placer ninguno con ello: el instinto de sufrimiento, que no me engaña nunca, me advertía que Jean no cedía a su inclinación y que seguía un plan establecido de antemano con Michèle.

Ella no nos acompañaba más que cuando íbamos a sentarnos a la orilla del arroyo. Jean fue tan amable entonces conmigo como yo lo había deseado y, sin embargo, jamás me sentí tan triste, porque esta amabilidad tenía su origen en el mismo punto en que se originaba mi tristeza: en la influencia que Michèle había adquirido sobre él. Sufría por causa de esa felicidad que lo colmaba, a él, al niño que todavía ayer era un chiquillo desconocido y torturado.

Hablamos poco: lo ocupaban sus sueños y yo tenía el espíritu poseído por el recelo: se había puesto de acuerdo con Michèle para encontrarse en otro lugar distinto de aquel. Casi cada día, Michèle salía en bicicleta mientras yo trabajaba. Debían entrevistarse entre Baluzac y Larjuzon... Aquel día, había venido para cubrir las apariencias... Yo lo observaba mientras cortaba una rama de olmo. Me dijo que iba a hacerme un silbato. Su rostro moreno irradiaba de felicidad.

—Monsieur Calou es un tipo estupendo. Figúrate que ha escrito a mi tío para que mamá vaya a verme... Y mi tío le ha dado permiso: irá la semana que viene. Se hospedará en Vallandraud...

—¡Oh, me alegro mucho!

Sí, estaba contento: así, pues, era la visita de su madre lo que le hacía feliz. ¡Michèle también, qué duda cabe! Pero no Michèle sola.

—¿Conoces a mamá? ¿Sabes que es una belleza? —añadió haciendo chascar la lengua—. Muchos pintores famosos han deseado pintar su retrato.

Además... ya la verás. Quiere venir a darle las gracias a tu madrastra. Quiere venir, me lo ha escrito. Estará muy contenta de dar este paseo, y no es cosa que forme parte de sus costumbres. Le he hablado mucho de ti y de Michèle. Estoy seguro de que Michèle le gustará. A mamá le gustan los caracteres espontáneos. Sólo temo una cosa: que Michèle se preocupe demasiado. Ya sabes que cuando quiere parecer bien educada frunce los labios, y no es ésta su manera de ser. No es preciso que esté demasiado bien peinada, ¿no te parece?

No respondí. ¿Acaso no hablaba consigo mismo y yo sólo estaba delante de él? Miró su reloj, bostezó y, de pronto, me cogió por el cuello y me dio un beso. Desbordaba de ternura y yo recibí una gota de ella porque me encontraba allí, pero sabía que era a Michèle a quien había dado el beso.

Aquel día, se separaron con un apretón de manos muy frío. Pero cuando ya estuvo montado en la bicicleta, cambiaron algunas palabras en voz baja. Durante la cena, mi madrastra habló de la condesa de Mirbel y de su esperada visita. Por lo que se decía, era una persona que por su gracia y belleza se había convertido en una mujer deliciosa. Había dado mucho que hablar. Sin duda la caridad nos prohíbe creer en las murmuraciones, y Brigitte Pian no concedía crédito alguno a estas abominaciones: lo que no han visto los ojos no puede asegurarse. Por otra parte, si el escándalo había sido grande, era preciso reconocer que, durante su viudez, Julia de Mirbel, salvo unos meses pasados en París en casa de La Mirandieuze, vivía muy retirada en el castillo de La Devize y que su proceder testimoniaba una gran dignidad.

Deducíase de estas conversaciones que la hija de un prefecto del Imperio dispensaba una gran atención a la visita de una persona a quien sus padres no hubiesen concedido ni siquiera una mirada. En este aspecto, esta visita representaba el solo placer del amor propio que mi madrastra aún podía reconocer, porque pertenecía incuestionablemente a la mejor sociedad de la ciudad, menos por su origen y fortuna que gracias a su oculto poder en el mundo edificante y al prestigio de una radiante virtud. Sin duda, el nombre de Mirbel había abierto a mi amigo Jean las puertas de Larjuzon sin que mi madrastra lanzara grandes gritos y a pesar de que siempre se hubiera hablado de él en mi casa como de un mal sujeto y un bala perdida.

Después de cenar, salió la luna, y Michèle quiso dar una vuelta por el parque. Mi padre salió de su torpor para repetirle exactamente la frase que nuestra madre le decía siempre en tales momentos:

—Abrígate. La humedad del riachuelo...

La misma alegría de que desbordara Jean aquella tarde, la hallé en Michèle; la misma alegría, la misma embriaguez. La luna iluminaba su cara ligeramente chata, aquel labio inferior hinchado que le daba un aire de avidez casi animal. Y tal era, en efecto, su naturaleza: no he conocido a nadie en el mundo que haya tenido tanto como Michèle, y, desde los quince años, tal apetito de felicidad. Se traicionaba en su manera anhelante de morder la fruta, de hundir su nariz en una rosa y en el voluptuoso abandono de su sueño, que la sorprendía a veces en la yerba, a mi lado. Pero ella no esperaba nunca pasivamente que la felicidad le llegara de afuera: le atormentaba el instinto de lucha y de conquista, y me lo demostró sobradamente aquella noche hablándome de Jean. Porque precisamente para hablarme de él me había pedido que la acompañara en el paseo por el parque. Se decidió a hacerlo un poco antes de costear los prados llenos de neblina, pasó su brazo desnudo en torno a mi cuello y sentí su aliento en mi oreja: era una locura lo que acababa de decirme. No le hubiera creído, de tal modo era maravilloso.

—Sí, figúrate, somos novios... Sí, es en serio, a pesar de que él sólo tenga dieciséis años y yo vaya a cumplir quince. Nadie, estoy segura, podría creerlo; se reirían de nosotros... Tampoco se lo diremos a nadie, excepto a ti, a ti solo, a ti, a nuestro querido Louis... ¿Por qué lloras? ¿No te parece que es maravilloso?

¡Maravilloso! No había otra palabra que le fuera tan familiar como ésta. Escondí mi cara en su hombro y ella me dejó llorar sin preguntarme nada, acostumbrada a mis lágrimas, que ya derramaba por cualquier motivo. Por otra parte, sentía una gran paz: no había ya problema, todo estaba resuelto, yo no podía aspirar a más que a aquella plaza de confidente que me habían asignado. Ya no sería nunca más el primero, el único en el corazón de Michèle. El agua producía un dulce rumor helado, lejos, en los prados. Michèle me secó los ojos con su pañuelo y continuó hablándome en voz baja. Lo había adivinado: se encontraban varias veces por semana tras el molino de monsieur Du Buch. Pero temían que mi madrastra los descubriera. Michèle me hizo jurar no decirle nada que la pusiera sobre la pista. Entonces, recordé haber hablado a Brigitte de que Michèle y Jean se escondían de mí. Lo había dicho sin intención. (¿Lo había dicho sin intención?). ¿Se habría despertado acaso su atención?

—Le tengo miedo, Louis; ¡odia de tal modo que se sea feliz...! ¡Creo que no me quiere precisamente porque no parezco sufrir! Hemos de tener mucho cuidado. ¡Jean es tan imprudente...!

Me habló de él con una libertad de la que yo me hubiera sentido incapaz. No ignoraba el riesgo que corría: él era más terrible aún de lo que su tío imaginaba. Me pregunto hoy por qué ella lo imaginaba tan terrible, puesto que él mismo me dijo que hubiese creído cometer el más atroz sacrilegio con sólo haberla besado castamente... Acaso ella sabía que no sería siempre ese manso cordero que era entonces. Por otra parte, ella no le temía. Además, no se casaría con nadie sino con él; lo había elegido y él también la había elegido a ella, a pesar de que ambos fuesen todavía unos niños. Aunque viviera cien años, ningún otro muchacho existiría a sus ojos. No había que pensar en ello. Él era tan inteligente y tan fuerte...

—Y, además, tan apuesto..., ¿no te parece?

No, no me lo parecía. ¿Qué es la belleza para un niño? Sin duda, es, ante todo, sensible a la fuerza, al poder. Pero esta pregunta debió de producirme una gran impresión, puesto que, al cabo de toda una vida, aún me acuerdo de aquel lugar de la alameda en que Michèle me hizo esta pregunta a propósito de Jean. ¿Sabría hoy definir mejor lo que es la belleza? ¿Sabría decir en qué signo la reconozco, se trate de un color, de una palabra o de un canto? A este estremecimiento carnal y que, sin embargo, interesa al alma, a esta alegría desesperada, a esta contemplación sin resultado que ningún abrazo recompensa...

—Escucha, Michèle —dije—, ¿sabes que en el colegio se decía que Jean es un tipo repugnante?

—Sí, quizá... Pero monsieur Calou no cree que lo sea. Además, hay una cosa que te va a sentar como un tiro: es mejor ser un tipo repugnante que un ser virtuoso como Brigitte Pian...

—¡Oh, Michèle!

—Sí, prefiero el infierno sin ella que el cielo en su compañía.

—¡Oh, esto es una blasfemia —protesté— que va a traerte desgracia! Pronto, pide perdón. Pronto, haz un *acto*.

Dócilmente, se santiguó y murmuró algunas palabras:

—*Me arrepiento de todo corazón del pecado que he cometido contra Vuestra Adorable Majestad* —Y después, se echó a reír—. ¿Sabes lo que le ha dicho monsieur Calou a Jean a propósito de Brigitte? Que ésas son las personas que eligen a Dios, pero a quienes quizá Dios no ha elegido...

—Monsieur Puybaraud —respondí, extrañado— opina que monsieur Calou tiene demasiada ironía para ser sacerdote y es demasiado mordaz y que sus ideas huelen a chamusquina.

Michèle ignoraba lo que quería decir «oler a chamusquina», pero no le respondí, preocupado de inmediato por otra inquietud.

—Escucha —le pregunté bruscamente—, quisiera que me dijese... ¿No te enfadarás, verdad? ¿Te besa?

—¡Pues claro! —dijo ella—. Y ardientemente —añadió—. Tú no puedes saberlo... ¡Es maravilloso! Pero nada más, Louis. ¡Nada de nada! No vayas a imaginarte...

¡Dios mío! ¿Qué cosa peor hubieran podido hacer que no fuera besarse? Mis mejillas ardían. Miré a Michèle, que tenía un año más que yo —pero ella era una mujer y yo todavía un niño—. ¡Cuán vieja me parecía, cargada de experiencias y de pecados!

—¡Qué tonto eres, Louis! ¿No te he dicho que somos novios?

Ella también intentaba tranquilizarse; su conciencia no estaba tranquila. Pero una nueva ola de felicidad la invadía. Y tarareó con una voz que aún no estaba formada, que tenía bruscos baches, aquella tonada de Gounod que nuestra madre cantaba en noches semejantes.

Tardé mucho en dormirme; no porque estuviera más triste que de costumbre, sino porque me atormentaban los remordimientos. Intenté recordar de qué modo había acogido Brigitte Pian mi queja de que Jean y Michèle «se escondían de mí». La conocía demasiado para tranquilizarme con respecto a lo que ella no había manifestado. No desconocía su habilidad y sabía que no cedía nunca a un primer movimiento. Enterraba sus agravios y los desenterraba semanas después, cuando nadie se acordaba de lo que le había servido de pretexto. Fundamentaba estas observaciones sobre la conducta que había tenido en tal circunstancia el año anterior y de la que me hablaba por primera vez.

Diversos cambios en el comportamiento de mi madrastra acrecentaron mi inquietud y puse a mi hermana en guardia. Atraje su atención sobre el hecho de que Brigitte permanecía menos tiempo en su habitación y, a pesar del calor, podía vérsela siempre en la escalera y aun en el parque. Entraba en el salón sin que la hubiese anunciado previamente rumor alguno. Michèle intentó tranquilizarme diciéndome que ahora no tenía a monsieur Puybaraud en sus garras. Pero el día en que Jean volvió a Larjuzon, conocí por ciertos

signos que figuraba en la órbita de las preocupaciones de Brigitte. Una mañana, después de comer, demostró su asombro al ver a Michèle marcharse al campo a la hora de la siesta, incluso cuando los animales permanecen en el establo.

Breves relámpagos que anunciaban el ciclón. Tuve, al menos, el consuelo de decirme que mis temores habían sido vanos y que yo no tenía nada que ver con ese mal humor. Aún no he tenido ocasión de hablar de los Vignotte. El agente de negocios de Larjuzon y su mujer ocupaban esa plaza desde hacía pocos años. Habían sido introducidos por mi madrastra, y ésta fue sin duda la primera causa de ese sordo disentiimiento entre ella y mi padre. Apenas casada, Brigitte ya no se había entendido con el viejo Saintis, que había nacido en la finca y de quien mi padre soportaba despreocupadamente su campechanía, su embriaguez y su carácter disoluto. Una persona que se establece en el campo, después de haber vivido siempre en la ciudad, no tarda en estar en pugna con los campesinos y ponerse a malas con ellos. Éste es un tema bien conocido que ha sido tratado por Balzac. Pero, contrariamente a lo que ocurre en esa clase de historias, los campesinos de Larjuzon fueron derrotados por la señora de la ciudad. Saintis, después de haber bebido, se mostró tan grosero con mi madrastra que mi padre se vio obligado a echarlo. No perdonó jamás a su segunda esposa el haberle obligado a ello. Los Vignotte, a quienes patrocinaba Brigitte, no fueron aceptados gustosamente por mi padre; no podía soportar a su nuevo agente de negocios y echaba de menos al viejo Saintis, por borracho y faldero que fuera.

En un país donde ya toda lengua era de cuidado, las de los Vignotte lo eran mucho más. La señora Vignotte, que, con la boca sin dientes, aspiraba con labios y mejillas y que no era más que un enorme pico cargado con unas antiparras bajo postizos de un negro brillante, no volvía nunca de las casas de los proveedores sin dar a Brigitte toda clase de informes que rara vez eran dados sin rodeos, pero no sin palabras de doble sentido y risas ahogadas. Lo extraño era que esta vieja devota, que jamás había salido del pueblo, no parecía desconcertada ni reducida al silencio por el adulterio, ni siquiera por el incesto, y que todas las aberraciones, incluso los crímenes de Sodoma, la encontraban ya al tanto, sonriendo burlonamente y guiñando los ojos.

El pueblo en sí era del dominio de la vieja, pero a Vignotte pertenecían los bosques y los campos que dominaba desde su carricoche encaramado sobre altas ruedas, en sus viajes de alquería en alquería. ¡Cuántas parejas que se creían bien escondidas a la hora en que hacía más calor o al crepúsculo habían sido descubiertas por sus ojos de gavilán! Algunas veces, no descubría a los

protagonistas, sino dos bicicletas tras unos brezos, simbólicamente apoyadas una en otra, y esto bastaba para llenarlo de alegría. Así, un día, cerca de una cabaña instalada para la caza de la paloma, reconoció, muy pequeña al lado de otra mayor y cubierta de polvo, la misma bicicleta que, la víspera, la señorita Michèle le había pedido que aceitara, como si éste fuera su trabajo...

Según su método, Brigitte Pian no hizo al principio comentario alguno sobre lo que le contó Vignotte. Fingió no creerle y por esta razón le obligó a forzar su vigilancia. Cuanto más se resistía ella a dejarse convencer, más brutal se mostraba él en sus acusaciones e incluso afirmó que la señorita Michèle y el chico de la casa de monsieur Calou... Esto fue dicho y jurado con grandes juramentos, lo había visto con sus propios ojos, o era cómo si lo fuera. Porque Vignotte no era de estos a quienes puede hacérsele creer que un muchacho como el bribón de la abadía de monsieur Calou pudiese permanecer más de una hora con una muchacha en una cabaña destinada para la caza de palomas... ¡Vamos! Son cosas que no hay que contar. Uno ha sido joven y sabe lo que pasa. No es porque se trate de una señorita... Y, por otra parte, basta con mirarle a la cara; aquella... Hacía ya mucho tiempo que Abeline Vignotte lo había descubierto: esto no la había asombrado.

—No, Abeline —le dije—. Arrumacos, sí, quizá...

—¡Qué va! —me repetía ella—, no hay más que ver cómo se ha desarrollado. Lo terrible es que esto ocurra con una chica que tiene ante sus ojos el ejemplo de madame Brigitte.

Brigitte había decidido esperar la visita de madame Mirbel, antes de tomar una determinación. El asunto, por otra parte, era grave en muchos aspectos, y delicado. Monsieur Pian adoraba a Michèle y era difícil saber cómo reaccionaría. Según unas anotaciones de monsieur Calou, parece también que a mi madrastra le había contenido un escrúpulo, porque era escrupulosa en esta época a pesar de que no lo fuese aún hasta la locura. Lo que la confundía era no poder disimularse la alegría que le ocasionaba esta desgracia, de la que debiera de haberse sentido avergonzada y consternada. Porque, en fin, ¿no era ella la segunda madre de Michèle? Pero esto sólo tenía interés para Brigitte Pian ante una dificultad de este orden: vencer el escrúpulo por la lógica. Era necesario encontrar una razón que legitimara su placer y lo hiciera entrar en su sistema de perfeccionamiento.

Lo que la ayudó esta vez fue haber fijado su espíritu durante unos segundos en las perspectivas de una brillante alianza con los Mirbel, perspectivas, por otra parte, muy lejanas, muy dudosas y a las que era una locura entregarse, dada la edad del muchacho. A Brigitte no le hubiera

inquietado rechazar esta atención, pero se glorificó con ello y añadió diligentemente una nueva malla al espeso tejido de sus méritos. Sí, según el espíritu de la gente, debiera de haber obtenido una ventaja de este escándalo; pero no, ella trabajaría por la salvación del alma de aquella miserable criatura. Era una desgracia, es cierto, que la chiquilla hubiese, si no tocado el fondo del abismo, acercándose tan joven a su orilla, pero ello hacía posible que se tomaran medidas decisivas para su salvación. La situación se aclararía; las sombras desaparecerían de los ojos de monsieur Pian y todo el espíritu de la casa podría ser transformado; en fin, nada sería más provechoso a Michèle que la humillación de la que ella se había nutrido.

Brigitte alimentaba cuidadosamente pensamientos misericordiosos con respecto a Michèle, porque la misericordia era un artículo que ella no descuidaba nunca. ¿Cómo no hubiese sido indulgente al recordar de quién era hija esa pobre criatura? La primera señora Pian había sido precipitada en las tinieblas por una muerte brusca y terrible y en torno a la cual se había suscitado la sospecha, demasiado fundada, del suicidio. Brigitte conservaba un *dossier* que la caridad le había impedido abrir a los ojos del ciego esposo. Hasta entonces, se había resistido, a pesar de las descortesías e incluso injuriosas comparaciones con respecto a ella, a las cuales aludía a veces monsieur Pian. A Brigitte le había sido necesaria mucha virtud para callarse, una virtud heroica. Dios era testigo. Pero quizás estaba cercano el día en que, para defender a la hija, debería mostrar a los ojos del padre y esposo ultrajado las pruebas escritas de que la mujer a quien lloraba no merecía en modo alguno sus lágrimas, y que, como desquite, la hija imprudente, si no culpable, debía ser perdonada a causa de la penosa herencia de la que soportaba el peso abrumador.

De este modo, Brigitte Pian coloreaba el placer que ya saboreaba de antemano. Era una mujer lógica, fiel a un camino recto, jalonado de principios evidentes y en el que ella no daba un paso sin tener en el mismo instante su justificación. Más tarde, se sometería a esas oscuras inquietudes que aún rechazaba sin demasiado esfuerzo: abandonaría el camino que inspira confianza y daría una batida en los rastros de los motivos inconfesables. Llegaría un día en que las acciones que había ejecutado la hostigarían volviendo hacia ella un rostro desconocido y horrible. Pero todavía estaba muy lejos de este instante y era preciso que muchos sufrieran aún por su causa antes de que esa mujer tuviera la revelación del amor al que creía servir y que ella desconocía.

Capítulo séptimo

Del día que pasó la condesa de Mirbel en Larjuzon sólo conservo una impresión muy viva en un punto: Jean compareció aquel día ante mí como aureolado por una luz completamente nueva. El niño malo y demasiado precoz, el holgazán a quien el tío Adhémar y monsieur Rausch no podían meter en cintura más que a golpes, el tipo peligroso, a pesar de que algunas veces fuese encantador y casi tierno, era esto: el mal, que él representaba para mí. Yo lo quería, era indudable, pero sin ningún sentimiento de estima. Y por una contradicción que no me molestaba apenas, mi hermana había desmerecido mucho a mis ojos al acercarse a él.

Pero Jean, al lado de su madre, me pareció muy distinto: no apartaba la vista de ella excepto para observar en nosotros los signos de nuestra admiración. A cada ingeniosidad de la condesa, me miraba riendo como si temiera que yo no la hubiese comprendido o que fuera insensible a tales agudezas. Desde los primeros minutos, había gozado con nuestra sorpresa ante la criatura tan delicada y tan joven que era la madre de aquel muchacho de diecisiete años. Hoy, el milagro de la juventud duradera es más frecuente. Pero, en aquel tiempo, una madre de familia que hubiese conservado el aspecto de una adolescente causaba verdadero asombro. Así, al principio, nos sorprendió la apariencia juvenil de la condesa mucho más que su belleza que, con ser casi perfecta, no era deslumbradora.

Le temía al sol y ponía tal interés en huir de él como hoy se pone en entregarse totalmente a sus rayos. No le bastaba el velo que envolvía su *canotier* y su rostro; para atravesar el menor claro al sol abría su sombrilla y sólo se quitó sus largos guantes durante el almuerzo. Muy atenta al efecto que producía sobre nosotros, mostrábase sencilla, pero con afectación. Una vez se hubo servido el café bajo los robles, Jean se llevó a su madre a la alameda que rodeaba el parque para que pudiera hablar con Michèle. Durante su breve ausencia, el abate Calou y mis padres cambiaron ácidas observaciones.

—Es una persona superior en su clase —dijo mi madrastra—. Claro que desde un punto de vista que no me interesa lo más mínimo: desde el punto de

vista de la gente. El culto de su propio cuerpo, llevado hasta ese extremo, tiene un carácter claramente idólatra, ¿no le parece a usted, señor cura?

Aun cuando en aquel tiempo considerase aún al abate Calou como un sacerdote bueno y erudito, pero un poco simple y desprovisto de ambición, mi madrastra hallaba débiles y extraños sus juicios y, como ella decía, «le tenía echado el ojo», porque consideraba un deber suyo vigilar a toda sotana que estuviera a su alcance.

—La condesa de Mirbel es una «literata» —dijo el cura. Y se echó a reír con una risa demasiado desproporcionada para una palabra tan poco cómica—. ¿Sabe usted que escribe novelas?

—¿Las ha publicado? —pregunté.

—No —dijo mi madrastra con sarcasmo—; se contenta con vivirlas.

¡Dios mío, una murmuración! ¡Y dicha ante un niño que corría el peligro de escandalizarse! Una malla, dos mallas acababan de saltar en el tejido de perfección. Pero ya Brigitte Pian se cebaba con la retractación; lo que ella decía no correspondía a nada de lo que sabía de una manera cierta; lamentaba no haber podido contener a tiempo este arrebato.

—Yo la absuelvo, señora —dijo el abate.

—Hay palabras que un sacerdote no debe pronunciar a la ligera —respondió Brigitte Pian frunciendo el entrecejo.

Vimos venir desde lejos a la condesa entre su hijo y Michèle. Jean caminaba con la cara vuelta a su madre; reía y se inclinaba para escuchar con inquietud las respuestas de mi hermana. No nos veía: aquellas dos criaturas adoradas nos ocultaban a sus ojos. Yo sufría, pero sin celos. Me sentí emocionado hasta tener deseos de llorar. Jean no era como nosotros habíamos creído; era bueno a pesar de que algunas veces pareciera malvado. Brigitte Pian observaba al grupo que se aproximaba. Con las comisuras de los labios un poco caídas, su cara grande se parecía a una máscara, pero nada pude descifrar en aquel rostro inexpresivo. Incluso el abate Calou no los perdía de vista; parecía preocupado y triste. Cuando ya nos era fácil oírlos, se había desencadenado una disputa entre la madre y el hijo.

Jean le suplicaba que le permitiera acompañarla a Vallandrut. Ella sacudía la cabeza; era preciso ajustarse al programa que había fijado tío Adhémar. Se había acordado que cenaría temprano en casa del abate, con Jean; luego, el coche la llevaría a Vallandrut, donde se acostaría inmediatamente para poder tener tiempo de hacer todo lo que debía al día

siguiente: el tren salía a las seis y tenía que levantarse al alba. Así, pues, se despediría de él aquella noche en la casa del abate Calou.

Pero Jean no renunciaba nunca a lo que quería. Las razones de su madre no lo eran para él; nada tenía importancia ante su deseo de pasar una parte de la noche a su lado. Su secreto propósito era incluso velar en su compañía hasta el amanecer.

—Piensa que siempre estamos separados, que no te veo nunca y que te niegas a concederme pasar unas horas contigo, una noche, cuando esto te es posible.

Hablaba con ese tono exigente que yo tan bien conocía y con esa terca expresión que exasperaba a monsieur Rausch. Pero su madre ponía tanta voluntad en sus negativas como él en su insistencia. Michèle, discreta, se alejó de ellos. Crecía el tono de la disputa; oímos a madame Mirbel decir taxativa y secamente:

—¡Te he dicho que no, y será así! Siempre pides más de lo que se te da. Estás estropeando por gusto este día... No quiero oír ni una palabra más.

Y se acercó a nosotros con esa sonrisa que parecía iluminarla enteramente, pero era evidente que estaba violenta y agitada. Jean la observaba de soslayo con una mirada de desafío. Una vez mi madrastra y Michèle hubieron servido los jarabes de grosella y la horchata, la condesa se dirigió a su coche expresando de nuevo su gratitud a mi madrastra, pero entonces nos pareció más distante y distraída que a la llegada. Seguí con los ojos la victoria que se alejaba. Jean estaba sentado en el transportín. Ninguna alegría iluminaba ya su cara, en la que se reflejaba la obstinación y que no tardó en ocultar la sombrilla, abierta bruscamente, de la condesa.

No hay un solo pormenor imaginario de los acontecimientos que voy a relatar a continuación, a pesar de que Jean no hiciera de ellos, ante mí, más que raras alusiones; pero hay numerosas notas del abate Calou dedicadas a ellos.

Apenas la victoria hubo llegado a la carretera, Jean volvió a insistir. Cuando se enteraba de este modo, se parecía a un perro siguiendo un rastro. Pero fue inútil: su madre se había encerrado en su negativa. Se volvió al abate Calou, que los observaba en silencio.

—Señor cura, puesto que está usted encargado de Jean, haga que se atenga a razones.

El abate les respondió secamente que ese día él no tenía nada que ver con ello. Y ella le replicó con insolencia que aquél o nunca era el momento de demostrarle la firmeza de su mano. Jean se levantó pálido de rabia y aprovechando que los caballos, al ascender una cuesta, habían aminorado la marcha, saltó del coche y estuvo a punto de caer bajo una rueda.

El cochero tiró de las riendas; los caballos se encabitaron. Cuando la condesa y el cura llegaron a su lado, Jean ya se había levantado. No se había hecho daño alguno. En aquella carretera desierta, madre e hijo se miraron un instante, sin decir una sola palabra. Las cigarras se interrumpían para continuar luego, en una especie de largo preludio de estridencias. El cochero hacía esfuerzos para contener a sus caballos, hostigados por pesadas moscas a las que espantaba con su látigo.

—No tengo más remedio que darle la razón a tu tío. Eres una criatura indomable.

Pero él insistió en su argumentación; no la había visto desde el último trimestre; había efectuado aquel viaje expresamente por él y ella quería escamotearle las únicas horas que podía pasar en su compañía.

—Jean —dijo ella—, hijo mío, he prometido a tu tío, he dado la palabra... La próxima vez, te dedicaré una noche entera; y no esperaré a que hayan terminado las vacaciones. Pero no hemos de buscarnos la enemistad de tío Adhémar. Vamos, sube y siéntate entre nosotros dos. ¿No le molestará demasiado, señor cura? Acércate más a mí..., como un niño pequeño —añadió abrazándolo.

Él no se resistió más, se abandonó a ella. Por fin, había decidido. La sombra de los pinos, al alargarse, rayaba el camino de un talud al otro. El abate Calou volvió la cabeza.

—Es la hora de cazar cigarras —dijo Jean—. Descienden, con el sol, a lo largo de los pinos; ahora, cantan casi a la altura de un hombre.

La condesa suspiró aliviada. Jean hablaba de otra cosa, había abandonado sus intenciones. Ante el presbiterio, advirtió al cochero que no era necesario desenganchar, pues partiría para Vallandrait antes de las ocho. Pero el hombre no le hizo caso: quería dar de comer y beber a sus animales; el calor requería mayor cuidado para los caballos. Lo único que consiguió la condesa fue que no les quitara los arneses.

En la mesa, se lamentó de que el demasiado abundante almuerzo de la señora Pian no le permitiera hacer el honor a los pollos que había preparado María. Eran las siete y la luz horizontal iluminaba el pequeño comedor del presbiterio, a pesar de las cortinas.

—¡Qué simpático es todo esto! —decía ella—. Imagino que el comedor de Jocelyn debió de ser así...

Apenas probaba su plato y se volvía hacia la cocina. El servicio era lento. María no tenía a nadie que la ayudara. El cura tuvo que levantarse varias veces y volvía de la cocina con el plato, pero sin alegría, torpemente, todavía trastornado quizá por lo que había ocurrido en el coche. Jean no se asombraba de que el sacerdote permaneciera insensible al encanto de su madre. Era lógico.

«Esto no es para ellos», pensaba.

Ella no disimulaba su prisa por partir. Incluso se dio cuenta y buscó una excusa: el cochero le daba miedo; según ella, tenía cierto aspecto patibulario.

—No me gustaría verme sola, muy tarde, en el camino, con este hombre.

Jean la interrumpió:

—Te escoltaré en bicicleta, mamá.

Ella se mordió los labios.

—¡Jean! ¡No empecemos! Me has prometido...

Él bajó la cabeza. María trajo sus «platos secretos», su triunfo.

—No comerá usted nada semejante —dijo el cura.

La condesa hizo el esfuerzo de tomar algunos bocados. No podía más, pero tenía el gusto de complacer y le debió de ser demasiado duro marcharse dejando tras de sí a aquellos dos seres decepcionados. Intentó, pues, ser amable con su huésped y cariñosa con el niño. El cura no se desenojó. Apenas hubo terminado el postre, salió para leer un poco su breviario. La condesa comprendió que quería dejarles unos minutos antes de separarse. Jean lo comprendió también y se acercó a su madre. Hubiese podido explicar muy precisamente lo que su madre sentía en aquel momento. Sabía que tenía prisa por marcharse y vergüenza de confesarlo. Se obligaba a acariciar los cabellos de su hijo, pero, con mirada furtiva, consultaba frecuentemente el reloj de pared colocado sobre la chimenea. Jean, que había sorprendido sus miradas, le advirtió:

—Adelanta mucho...

Ella protestó diciendo que aún podía concederle unos minutos. Distraídamente, le hacía recomendaciones. El abate Calou no era tan terrible; en suma... Jean no era desgraciado.

—No, mamá, no... Incluso me siento feliz, muy feliz —añadió con tímido ardor.

Ella no vio sus mejillas enrojecidas, ni se dio cuenta de su estremecimiento. La víspera había decidido confiarse a su madre, y esperaba

que no se riera, que no se burlara de él, que tomara las cosas en serio... Pero había dejado pasar el tiempo y ahora era demasiado tarde para desahogarse. Era mejor no pronunciar el nombre de Michèle en los últimos minutos. Estas razones que se daba a sí mismo, disimulaban otra que no se atrevía a confesar; era inútil confiarse a aquella criatura lejana. Muchos años más tarde, un día en que Jean me hablaba, ante el hogar de mi casa de la calle Vaneau, en París, de las horas más sombrías de su vida, no olvidó aquel crepúsculo todavía tórrido en el comedor del presbiterio, donde estaba sentado muy cerca de su adorada madre, tocándose las rodillas y esperando las miradas que continuamente dirigía ella al reloj. A través de la puerta de cristales, veía al cura que paseaba de un lado a otro por el huerto, leyendo su breviario.

—Volveré antes de que hayan terminado las vacaciones, te lo prometo. Y esta vez, dispondré de todo el tiempo que quieras.

Él no contestó y ella ordenó al cochero que bajara la capota de la victoria. Jean se subió al estribo y apoyó sus labios en el cuello de su madre.

—Baja, ¿no ves que no puede contener a los caballos?

Se levantó una nube de polvo. Jean esperó a que el coche hubiera desaparecido en el último recodo y volvió al jardín. Se descalzó, cogió una regadera y empezó a regar las achicorias que había trasplantado la víspera. Monsieur Calou, sin decirle nada, se dirigió a la iglesia para celebrar su adoración diaria. Cuando volvió, Jean estaba acostado y le dio las buenas noches a través de la puerta, con voz de sueño. Antes de acostarse, el cura volvió a bajar para comprobar que había puesto el barrote a la puerta de entrada. Contra su costumbre, no dejó la llave colgada en el clavo del pasillo, sino que la cogió y la escondió bajo la almohada; después, se arrodilló, apoyándose en el lecho, y rezó mucho más rato que otras noches.

Monsieur Calou creyó al principio que lo había despertado el viento: soplabla violentamente, a pesar de que la noche estuviera despejada y la luna iluminase el suelo de su alcoba. Un postigo dio un golpe en algún lugar de la casa. Asomándose a la ventana, vio que era uno de los postigos de la habitación situada encima de la suya, donde dormía Jean. El pestillo debió de haberse soltado. Se puso la sotana, subió al piso del granero y abrió lo más silenciosamente que pudo la puerta de la habitación de Jean, con objeto de cerrar la ventana. Una violenta ráfaga de aire volcó sobre la mesa un vaso lleno de brezos que Michèle había recogido. Inmediatamente, se dio cuenta el abate de que el lecho estaba vacío. Al cabo de algunos segundos, recobró el

aliento, descendió a la planta baja y examinó la puerta de entrada, pero la barra no había sido quitada, ni forzada la cerradura. Indudablemente, aquel loco había huido a través de la ventana, deslizándose por el canalón. El cura volvió en busca de la llave y salió.

La noche era toda luna y viento. Un intenso rumor de las ramas de los pinos rodeaba el presbiterio; no era el lamento entrecortado y a menudo roto del mar: no había oleaje, ningún salto de espuma rompía el oleaje vegetal. El cura se dirigió primero adonde se guardaban las dos bicicletas —había alquilado una en Vallandraud para su pensionista—, pero no halló más que la suya. En el ángulo de la casa por donde descendía el canalón, el claro de luna le permitió descubrir en la arena las huellas de una caída: Jean debía de haber saltado de gran altura, porque las huellas de los tacones estaban claramente marcadas. El abate fue en busca de su bicicleta y vaciló.

Era cerca de medianoche: el niño debió de haber huido cerca de las once; demasiado tarde para intervenir: el mal estaba hecho. ¿Qué mal? ¿Por qué meterse en honduras? Una escena furiosa entre la madre y el hijo en la hospedería de Vallandraud, en plena noche. ¿Qué tenía esto de trágico? Y, sobre todo, ¿qué le importaba al cura de Baluzac? Naturalmente, el niño estaba a su cargo, y él se había hecho responsable; pero el niño volvería al alba y lo más sencillo sería cerrar los ojos: no hay por qué darse cuenta de ciertas cosas y ponerse en el caso de hacer inevitable una represión que haría perder de un golpe todas las ventajas adquiridas...

¡Esto era lo importante! El cura dio algunos pasos entre los groselleros, empujó el portal y miró el camino solitario iluminado por la luna.

No podía hacerse nada para correr en ayuda de aquel niño a quien tanto quería y que quizás en aquel momento pasaba por una prueba mortal. La madre tenía sus razones para querer estar sola durante toda la noche. Había demostrado a Jean una resolución terca, feroz y casi odiosa. El abate Calou intentó convencerse de que él estaba ahora pensando fuera de toda razón... Pero, nada de eso, conocía perfectamente a esta especie de criaturas: su exigencia —heredada por Jean—, ese frenesí que le haría patear incluso el cuerpo de su propio hijo. Quizás exageraba el peligro porque amaba a Jean.

Era ésta la primera vez que tomaba tanto afecto a uno de sus pensionistas. Desde que se había encargado de «meter en cintura» a los chiquillos traviesos, no había tenido ocasión de ello. No se había impuesto ese trabajo porque le fuera necesario. Su hermano, propietario en el Sauternais, a quien él había cedido su parte, le enviaba cada año una suma que variaba según la cosecha, pero que no excedía nunca de seis mil francos: para sus pocas exigencias y

rarísimas eventualidades, era mucho más de lo que necesitaba, porque vivía de su huerto, de su gallinero y de lo que le regalaban sus feligreses.

Si se encargaba de educar a los muchachos rebeldes, no lo hacía por obtener beneficio alguno; simplemente, tendía sus redes, aguardaba con paciencia, no perdía la esperanza de ver llegar a su casa ese pájaro salvaje que necesitaría sus cuidados y del que había de hacer un hombre. Creía que tendría más oportunidad de descubrirlo en el caso de muchachos rebeldes. Esta predilección por los «malos chicos» era, sin duda, un resto de romanticismo que le quedaba al abate Calou, una herencia del seminarista que había sido en otro tiempo. Pero había en el fondo de todo ello un gusto más secreto, más escondido: el de los seres jóvenes y amenazados o ya heridos por la vida, aquellos que no se preocupaban por perderse o salvarse y que han de ser fiadores de uno ante el Padre. No se trataba de una virtud sino de una preferencia, de una inclinación.

Hasta entonces, había soportado a sus pensionistas porque amaba la infancia y la adolescencia. Pero, en todos, el encanto pasajero de su edad cubría un fondo sólido y permanente de vulgaridad, de tontería y de grosería. Una gracia efímera investía con sus luces al pequeño burgués insensible y de tipo corriente. Por primera vez en su vida, el abate Calou había obtenido con Jean de Mirbel lo que tanto había esperado de Dios: había sido visitado, en fin, por un niño que tenía un alma.

Pero un alma inaccesible. Esto importaba poco; el abate Calou era de esos seres que, desde su juventud, han sido dotados con una completa falta de interés por el decaimiento, cuando el corazón no pide nada a cambio de lo que da. Lo peor era que Jean no se dejaría amar ni proteger. Ni siquiera el abate había sido capaz de conjurar el riesgo de este encuentro nocturno de la madre y el hijo, en el momento en que tenía a éste en sus manos y una vigilancia eficaz hubiera bastado. ¿Qué ocurriría, entonces, cuando el niño hubiera abandonado el presbiterio y anduviera por todos los caminos del mundo? Porque el abate no podía imaginarlo sedentario y vegetando en su castillo de Armagnac. Y, sin embargo, incluso en aquel momento, el cura de Baluzac no se creía en modo alguno libre de la carga que él había asumido con respecto al niño... ¿Dónde estaría ahora? ¿Adónde ir en su busca? Sin duda, volvería al alba; si no, el abate iría a su encuentro. Mientras tanto, no podía hacer otra cosa que tener café caliente. Volvió a la cocina y, habiendo abierto los postigos a fin de que la luna la iluminara, prendió fuego a algunas virutas; después, se sentó en la silla baja de María, sacó de su bolsillo un rosario de huesos de aceituna y se quedó inmóvil. La luna iluminaba su nuca poblada de

cabellos en desorden, y como quiera que tuviese los codos apoyados en las rodillas, sus enormes manos colocadas hacia delante adquirirían un relieve extraño, desmesurado.

Capítulo octavo

Para evadirse, Jean había esperado a oír detrás del tabique la respiración del cura dormido. El reloj no había dado las once, cuando Jean se marchó precipitadamente por el camino iluminado por la luna. El viento le impulsaba, de suerte que pedaleó sin esfuerzo, en una especie de calma embriagadora, con la seguridad de que ninguna fuerza en el mundo le impediría llevar a cabo lo que se había propuesto. Aquella noche vería a su madre; velaría a su cabecera hasta el alba; estaba tan seguro de ello como en tener un día a Michèle en sus brazos. Nunca, hasta entonces, había ido así, en bicicleta, por la noche, bajo una claridad celeste, llevado por el viento a través de un mundo desértico. No tenía temor alguno con respecto a lo que había de pasar entre él y su madre; ante testigos, ella había parecido la más fuerte, pero, sola, la tendría a su merced.

Iba muy de prisa y no tardó en atravesar la neblina del Ciron, en el cruce de caminos, un poco antes de llegar a las primeras casas de Vallandraud. Entonces perdió, de pronto, su gallardía. Imaginó la hospedería cubierta de barricadas. ¿Qué diría para explicar su llegada, para hacer despertar a su madre? ¿Qué pretexto imaginar? Tanto peor; diría que se había sentido enfermo al pensar que no volvería a verla y que monsieur Calou le había aconsejado correr el albur. En plena noche, en una posada, su madre no podría protestar demasiado por temor al escándalo; él la enternecería, sí, acabaría por enternecerla; en todo caso, no se dejaría dominar por la ira; lloraría abrazado a ella y le besaría las manos.

Llegó a la plaza, donde los carros con las varas levantadas dibujaban sobre el suelo la sombra de un animal corniforme. La luna, declinante, iluminaba la faz leprosa del «Hotel Larrue» y la inscripción en letras negras: *Hospedería y establos*. El salón para fumadores estaba todavía iluminado; oyó el ruido de las bolas de un billar. Apoyó su bicicleta en la pared y pidió una botella de limonada a una joven gruesa y soñolienta que estaba sentada en una silla cerca del desierto mostrador. Le respondió de malos modos diciendo que era demasiado tarde y que después de las once no se servían consumiciones.

Entonces, preguntó: ¿Estaría la condesa de Mirbel en el hotel? Traía un mensaje urgente para ella.

—¿La condesa? ¿Qué condesa?

La desconfiada joven creyó que era una añagaza. Dijo que tenía otra cosa que hacer que escuchar historias y que él también, a su edad, haría mejor yéndose a su casa que holgazanear por ahí.

—Pero, veamos, aquí se hospeda una señora —pensó que quizás ella no hubiese dado su verdadero nombre—. Una señora rubia, con un *canotier* y un traje sastre de color gris...

—¿Una señora rubia? Espera a ver...

Un cierto fulgor iluminó repentinamente sus estúpidos ojos.

—Con un traje sastre —repitió la muchacha— y un velo moteado y una hermosa maleta que dejó aquí para que se la guardáramos...

—¿Dónde está su habitación?

—¿Su habitación? Pero si ella no duerme aquí. Ha venido simplemente a recoger su equipaje... Se hospeda en Balauze —insistió la joven—. Esta mañana, he enviado un telegrama al «Hotel Garbet» para que le reservaran una habitación.

Jean pensó entonces que Balauze era cabeza de partido y que su madre había debido calcular que encontraría más comodidades en el «Hotel Garbet». Pero, entonces, ¿por qué le había dicho que pasaría la noche en Vallandraud? Preguntó a qué distancia se encontraba de Balauze. Doce kilómetros... Escasamente, una hora en bicicleta.

—Ha querido pernoctar en el «Garbet» —continuó la joven, repentinamente comunicativa, y sin duda hostil a la dama que había desdeñado el «Hotel Larrue»—. Pero habría que saber si no pasa la noche en la cuneta de la carretera...

Jean se inquietó.

—¿Por qué? ¿Llevaba malos caballos?

—¿Caballos? ¡Qué va! Vino a buscarla un automóvil. ¡Todo Vallandraud se echó a la calle! ¡Imagínate, el ruido, el olor de la gasolina y el aceite y el polvo...! Sin contar con que aplastaron a una gallina de la señora Caffin... Pero hay que ser justos, pagaron por ella más de lo que valía... Y si hubieras visto al señor, con unos grandes lentes que le tapaban casi toda la cara, un verdadero antifaz para asustar a la gente, con un guardapolvo gris que le llegaba hasta los pies... ¡Dios mío, las cosas que se inventan hoy...!

—Entonces, el «Hotel Garbet» en Balauze, ¿no es eso? ¿En la plaza de la iglesia? ¿Está usted segura?

Dio las gracias, montó en su bicicleta, dejó la ruta de Baluzac y volvió a la derecha. Ahora, tenía el viento en contra y pugnaba contra esta fuerza invisible, contra esta potencia hostil o quizá lastimosa que demoraba su carrera hacia Balauze. Si hubiese estado con los Pian, no se hubiera atrevido a descubrir su debilidad; pero, solo, hubo de echar pie a tierra a la primera cuesta. A pesar del fresco viento de la noche, su rostro estaba lleno de sudor y le dolían las corvas. No pensaba más que en su fatiga: era ya un hombre, pero todavía un niño para todo lo que concerniera a su madre. No imaginaba que ella pudiese estar mezclada en lo que él conocía o presentía de las pasiones y los crímenes humanos. Su padre y su tío adquirirían a sus ojos la importancia de verdugos. Conservaba, de sus primeros años en La Davize, el recuerdo de la voz aguda de su padre, pequeño gallo furibundo y patudo, moviéndose en torno a su madre, mártir silenciosa. El tío Adhémar, con la misma voz, mantenía cierta corrección con respecto a su cuñada, pero todo esto no significaba para Jean que ella hubiese podido merecer su odio.

Y, sin embargo, casi nunca había pasado un día con su madre sin que ésta malograra la idea que él se hacía de ella, ni sin que tuviese la experiencia de su sequedad y, sobre todo, de su falta de sinceridad. Este engaño con respecto a la noche pasada en Balauze, no hubiese debido sorprenderle, porque en La Davize y más aún en París, en casa de sus abuelos los La Mirandieuze, donde ella pasaba cinco meses del año, de enero a junio, Jean, durante las vacaciones de Pascua, había sorprendido algunas veces las contradicciones de la condesa, que nunca se preocupaba de poner de acuerdo sus mentiras. Si ella declaraba, por ejemplo, que estaba deseosa de conocer cierta pieza de la que todo el mundo hablaba, olvidaba que un día de la semana anterior había salido para escucharla, y que, al día siguiente, había dado de ella una información entusiasta y vaga. ¡Cuántas veces Jean, con la brusca lógica de su edad y para quien las palabras de su madre adquirirían un valor absoluto, la había desconcertado con su eterna objeción!

—Sin embargo, mamá, habías dicho...

Lo que ella había dicho no concordaba siempre, ni siquiera frecuentemente, con lo que ella contaba en aquel momento. Por otra parte, tampoco intentaba arreglarlo.

—¿De veras he dicho eso? Has debido soñarlo...

Pero si alguna vez Jean hubiera podido alimentar una sospecha, nunca, desde que estaban separados, había subsistido nada. ¿Qué doblez podía esconder un alma oculta bajo aquel rostro admirable? En su recuerdo, la idea del pecado no podía estar relacionada con aquella frente tan pura, con aquella

nariz demasiado corta, con aquellos grandes párpados y aquellos ojos del color del mar: *glaukōpis* —Jean había subrayado esta palabra griega en su diccionario—, y, sobre todo, con aquella voz de contralto, llena de vibraciones, voz inolvidable, que me encanta todavía hoy cuando voy a ver a la anciana señora, en quien el tiempo sólo ha podido ajar las manos; pero la arquitectura de su rostro permanece intacta bajo la piel marchita, como una maravilla griega que sobreviviese a los siglos, y los párpados son las asoladas orillas de la misma agua verde de reflejos de fucos y de algas.

Jean impulsaba su bicicleta por la última cuesta antes de llegar a Balauze, sin preocuparse en lo más mínimo por lo que había oído, pero inquieto por lo que podría ocurrir en el «Hotel Garbet» entre su madre y él, en presencia del extraño. ¿Quién, pues, entre los amigos de su madre, poseía un automóvil? Debía de ser Raoul...

En casa de los La Mirandieuze, llamaban Raoul a un dramaturgo famoso, con esa complacencia de las gentes de mundo en llamar por su nombre de pila a un hombre tan famoso como aquél. A decir verdad, no se llamaba Raoul y no diré aquí su verdadero nombre, por olvidado que esté hoy, del que fue tan célebre como los Donnay, Bernstein y Porto-Riche. Si nada queda de una obra que tuvo entonces tanta notoriedad, si los títulos mismos de sus piezas más populares se borran de la memoria de los hombres, no por ello ha dejado de marcar con una profunda huella muchos seres que todavía existen y que, como la condesa de Mirbel, se arrastran y estacionan antes de anonadarse en el olvido.

Jean no hubiera podido imaginar nunca que existiese relación alguna entre su madre y aquel corpulento cuádragenario.

«Le habrá parecido divertido y cómodo —pensaba— hacer el viaje en automóvil; y no era de buen tono haberse negado, puesto que él hubiese estado loco de alegría».

Atravesó una calle estrecha y sombría que desembocaba ante la catedral, situada en una plaza rodeada de pórticos. Estaba cubierta; dio la vuelta en bicicleta y le costó algún trabajo descubrir el hotel a la sombra de la iglesia. Había sido habilitado en las dependencias del antiguo palacio episcopal y estaba separado de la catedral por una estrecha callejuela, excepto en el primer piso, del que una o dos ventanas parecían estar entreabiertas. ¿Llamar, golpear a la puerta, despertar a la casa en plena noche? ¿Con qué pretexto? Hubiese podido pedir habitación, pero apenas tenía dinero. ¿Pagaría su madre por él...? Sin embargo, vaciló. Aun cuando no sospechara nada, se daba cuenta oscuramente de que no debía hacer esto, que no debía dar un paso en

la dirección en que se había lanzado locamente. En cuanto a emprender el regreso hacia Baluzac, hubiese sido considerarse vencido, y él no lo hubiera consentido por nada del mundo. Resolvió instalarse en aquella especie de comisa baja entre dos contrafuertes de la catedral y esperar que se hiciera de día. La callejuela era tan estrecha que Jean estaba casi bajo las ventanas del hotel. Cuando su madre saliera, él la besaría sin decir nada, con todas sus fuerzas; ella se sorprendería tanto que no le haría ninguna pregunta; vería entonces cuánto la amaba él, él, que había hecho aquella carrera a medianoche y que había velado, extenuado de fatiga y de hambre, sólo para poder besarla una vez más. Ella descansaba tras aquella pared, sin duda en el primer piso, en la habitación de los postigos entreabiertos, porque dormía siempre con la ventana abierta. La luna había desaparecido tras la nave central de la iglesia, pero su difuso resplandor hacía palidecer el cielo y no dejaba brillar más que raras estrellas. Jean tenía frío y la piedra le molestaba. Se tendió en la hierba, pero invisibles ortigas le escocieron y se levantó gimiendo. Un perro invisible, a quien había despertado, ladró y se calló luego. La hora de los gallos todavía estaba lejos. Entonces pensó en Michèle; y él, que no era ya puro, pensó castamente en ella; en espíritu, la tenía en sus brazos, pero sin otro placer que el de reposar amparado en un corazón fiel. Y cerca de él, al otro lado de la calle, tras los postigos entornados...

Más tarde, no ignoraría ya nada de lo que concernía a su madre. Todas las relaciones de aquel hombre eran públicas, pero todas señaladas con el mismo horrible signo. Muchas novelas se titulan o podrían titularse *Un corazón de mujer*; muchos psicólogos profesionales se han interesado por el misterio femenino... La razón de ser en el mundo de aquel hombre que aquella noche, en el «Hotel Garbet», compartía el lecho de la condesa de Mirbel reducía ese misterio a sus más humildes proporciones. Sus víctimas sabían precisamente lo que ellas esperaban de él. Todas aquellas a quienes él había poseído reconocíanse por este mismo signo: una sed inagotable. Convertíanse en mujeres errantes, apartadas de sus deberes humanos, obsesionadas por lo que habían sufrido.

—Vosotras no os conocéis siquiera —les decía él—. Ignoráis vuestras posibilidades, vuestros límites. No sabéis hasta dónde podéis llegar...

Una vez abandonadas, él les dejaba esa peligrosa ciencia del placer que es mucho más difícil de adquirir de lo que los virtuosos imaginan, porque los seres realmente perversos son casi tan raros en el mundo como lo son los santos. No solemos encontrar santos en nuestro camino, ni tampoco a ese ser capaz de arrancar de nosotros ese gemido, ese grito lleno de horror, sobre

todo, a medida que la sombra del tiempo se alarga en un cuerpo minado y lentamente destruido a la vez por la duración y el deseo, por los años y por una pasión que no se sacia nunca. Nada ha sido escrito sobre el suplicio de la vejez para ciertas mujeres, y que es el infierno empezado desde nuestro mundo.

Durante mucho rato, Jean no se daba cuenta de nada, con la cabeza entre la pared y el contrafuerte. Le despertó el dolor de una mala postura, o quizás el frío, o tal vez aquella voz de hombre procedente de la ventana situada encima de él:

—Ven a verlo. No sé si es la luna o el alba lo que ilumina el cielo.

Hablaba a alguien que se hallaba en la habitación y a quien Jean no podía ver. Estaba hacia atrás y de perfil, vestido con unas prendas de seda oscura.

—Tápate —añadió él—. La noche es fría.

Se acodó en la ventana y se echó a un lado para dejar sitio a la mujer, pero él ocupaba casi toda la ventana y la delicada sombra blanca apenas pudo situarse entre el marco de la ventana y aquel desarrollado busto.

—¡Qué maravillosa soledad! Y este silencio... No, querido, no tengo frío...

—Sí. Echate mi *raglan* sobre los hombros.

Ella desapareció y volvió luego envuelta en un abrigo de hombre que le venía grande y que hacía parecer aún más pequeña su cabeza. Permanecieron así largo rato, sin cambiar palabra.

—¡Qué poca cosa somos! —dijo el hombre—. ¿Crees que la gente que está durmiendo en esas casas conoce mis obras o siquiera mi nombre?

—Las han leído en la *Illustration*.

—Es verdad —dijo él, tranquilizado—. El suplemento de la *Illustration* llega a todas partes. Hasta a la peluquería... ¡Magnífico decorado el de esta plaza...! Pero no, el aire libre no es mi fuerte. El tema de mis obras transcurre entre cuatro paredes.

Ella respondió algo en voz baja conteniendo la risa; él rió también y añadió:

—Se elimina una de las paredes: esto es lo que debiera ser el teatro, la obra suprema que yo siempre he soñado...

—¿Sin diálogo, entonces?

Cuchichearon. Jean no oyó más que el latido de su sangre en los oídos.

Oyó la campanada de la una.

—No, no; hay que dormir ahora...

De nuevo, la risa contenida. Ella apoyó su cabeza en el hombro de él. Jean miró la pared delantera de la casa; la puerta cochera debía de ser muy vieja, en una de las hojas estaba colgada una herradura. *Hotel Garbet, bodas y banquetes*, leyó. En su imaginación comparaba al hombre de la ventana, de quien conocía cada inflexión de voz, con aquel hombre ya maduro de cabellos teñidos y peinados sobre un cráneo blanco, a quien los La Mirandieuze llamaban Raoul. La instintiva protección que buscaba el niño en el fondo de sí mismo contra un dolor atroz que todavía no experimentaba, esa protección se manifestó en una frase pronunciada por él con voz baja y distinta:

—Es divertido. —Y repetía con tono de broma—: No, ¡vaya una diversión! —Y aún—: ¡Bien! ¡Magnífico...! —Oyó el ruido de la ventana al cerrarse—. ¿Y qué, si esto le divierte? No hacen daño a nadie...

Y de pronto, tuvo miedo ante la idea de ser descubierto, de tener que hablar y oír sus explicaciones. ¡Qué horror imaginar el rostro de su madre lleno de vergüenza y oírla balbuciente...! Montó en su bicicleta y atravesó la plaza sin sentir ahora la fatiga de antes, alargando la distancia entre él y aquella habitación de Balauze; pero a la primera cuesta, le fallaron las fuerzas; desmontó, arrastró su bicicleta hasta un almiar, se dejó caer en el heno y perdió la conciencia de todo.

¡Qué calor más agradable le proporcionaba el heno!

A pesar del frío del alba, su piel ardía. Le dolía la cabeza. Sin duda, cantaba una alondra en la niebla, por encima de él. Cerca de sus oídos, una gallina y su pollada arañaban la tierra cloqueando y piando. Intentó levantarse y se estremeció.

«¡Cuánta fiebre tengo!», se dijo.

Tomó otra vez la bicicleta y trató de pedalear un rato. A cien metros, en el cruce del camino de Uzeste, una rama de pino colgada encima de una puerta anunciaba un parador. Apenas si pudo avanzar hasta allí y pedir un café caliente: una vieja le miraba murmurando en *patois*. El sol iluminaba el banco del umbral donde se dejó caer. ¿Y si el automóvil aparecía de pronto? Pero, no; ellos se levantarían tarde; aquellos puercos no tenían prisa... ¡Qué puercos! No por hacer el amor, sino por hacer remilgos. Él había acabado de que le engañaran. Ya no se dejaría engañar por nadie. Todo el mundo duerme con todo el mundo: así es la vida. ¿Con quién dormía el tío Adhémar? ¿Y monsieur Rausch? ¿Y monsieur Calou? Sería divertido vigilarlo. Les preguntaría a todos... A menos que no reventara en aquel momento...

Humedeció sus labios en el café; bebió algunos tragos y se volvió para vomitar. Con la cabeza apoyada en la pared, cerró los ojos; ni siquiera tenía fuerzas para espantar a las moscas que se posaban en su cara ardiente. Pasó una bicicleta y aminoró la marcha. Oyó un grito; su nombre repetido varias veces. La enorme cara anhelante de monsieur Calou estaba ahora cerca de la suya. Haciendo un esfuerzo quizás hubiera podido intentar comprender, contestar. Pero puesto que el cura estaba allí... no tenía más que abandonarse a él, dejar hacer. Se sintió levantado en brazos como un niño y dejado después sobre el lecho de una habitación oscura que olía a estiércol. Monsieur Calou lo había abrigado con su vieja esclavina negra y, después, discutió largo rato con el hospedero, que no quería alquilar su carro porque era día de mercado en Balauze.

—Cueste lo que cueste —repitió la voz irritada de monsieur Calou.

Por fin, las herraduras del caballo repiquetearon sobre el suelo del patio. Habían puesto paja en el vehículo. El cura tomó en brazos a Jean, que se había dormido y cuya cabeza se balanceaba sobre el hombro, y lo tendió en la paja; después, lo tapó de nuevo en su esclavina. Se había quitado el suéter que se había puesto al alba bajo la sotana; hizo un lío con él y lo colocó bajo la nuca del muchacho.

La pleuresía fue grave: hubo peligro durante quince días. El zuavo pontificio permaneció cuarenta y ocho horas en el presbiterio y estuvo de acuerdo con monsieur Calou en no decirle nada a la condesa. Se le dijo que había tenido una bronquitis y ella no manifestó ninguna inquietud. La cura de altura no existía entonces o, cuando menos, su uso no se había generalizado. El médico bordelés a quien se consultó prefería el aire libre bajo los pinos para toda esta clase de enfermedades y aconsejó al coronel que aceptara el ofrecimiento de monsieur Calou; el cura se encargaría de preparar en dos años a Jean para el Bachillerato, evitándole así todo desgaste. Pero lo que más decidió al zuavo pontificio fue su repugnancia a enviar a su sobrino a un colegio deshonorado por el «escándalo del matrimonio Puybaraud».

La noche en que se tomó la decisión de dejar a Jean en Baluzac, el cura hubiese deseado que Dios fuera alguien a quien poder besarle las manos y los pies en signo de gratitud. Jean guardaba un silencio hostil, y no hablaba más que para pedir con tono imperativo lo que le era necesario. Monsieur Calou no sabía nada de lo que había ocurrido en Balauze; pero le bastaba ver la herida: cómo había sido dado el golpe y con qué arma, lo sabría un día, más

tarde, o quizá nunca. Pero no era esto lo que importaba, sino impedir que se extendiera la infección. Al llegar el crepúsculo, se sentó a la cabecera de Jean soñoliento y le preguntó si no le daría miedo pasar un invierno en Baluzac. El muchacho dijo que esto le tenía sin cuidado, y que todo era mejor que monsieur Rausch, pero que lamentaba, no obstante, no poder ejecutar su proyecto de «romperle los morros».

El cura fingió creer que el muchacho bromeaba.

—... Además, verás qué buen fuego hago. Y las horas de trabajo, la lectura. Tomarás notas, saborearemos jarabe de nueces. El viento del Oeste hará gemir los pinos, lanzará la lluvia contra las ventanas...

Con torpe voz, Jean dijo que todo eso «debía carecer de encanto...». Monsieur Calou respondió calmamente diciendo que todo dependía de tener encanto en el corazón.

—¡Allá usted! (Siempre la voz de otro, la voz extranjera).

El abate, sin desconcertarse, guardó el rosario en el bolsillo de su sotana, sacó la pipa y olió. No era posible fumar en la habitación de Jean.

—¡Oh! Yo —dijo— ya soy un hombre viejo que ha llegado a puerto.

—Sí, sí. El buen Dios. Ya conozco la música.

El cura puso su mano en la frente de Jean.

—Claro que sí, el buen Dios primero y siempre.

Y, además, tenía un hijo, un hijo perverso; es decir, que quería ser perverso, pero era su hijo...

Jean se incorporó sobre las almohadas y exclamó:

—No siga usted con estas cosas. Execro todo lo que usted representa, para que lo sepa.

—Conseguirás que te suba la fiebre —dijo el cura.

¡Cuánto sufría el pequeño!

«Se ensaña contra mí porque estoy aquí y no tiene a nadie a quien morder».

El abate reflexionaba con los codos apoyados sobre las rodillas, conservando a propósito su cara entre las sombras porque Jean, desde sus almohadas, trataba de ver si el golpe había producido efecto. Pero aunque la lámpara lo hubiera iluminado de lleno, nada hubiera descifrado el enfermo en aquella cara desprovista de toda expresión. Y, de pronto, se avergonzó de todo lo que había dicho.

—No digo esto en contra de usted —dijo con la cabeza baja.

Monsieur Calou se encogió de hombros.

—Son palabras para desahogarte... Pronto podrás recibir visitas.

- No conozco a nadie.
- ¿Y los Pian?
- Desde el punto y hora que no han venido, ni han escrito siquiera...
- Todos los días se interesan por tu salud.
- Pero no han venido... —insistió, volviéndose hacia la pared.

Uno de nuestros aparceros, que vivía en Baluzac y nos llevaba la leche todas las mañanas, nos daba, en efecto, noticias de Jean. Pero el cura se había asombrado al ver que ninguno de nosotros daba señales de vida. No dudaba de que Mirbel estuviese apenado, sin poder medir hasta qué punto nuestra aparente indiferencia le había herido. Sin embargo, el cura de Baluzac, convencido de que en todo aquello tenía que ver la «madre Brigitte», decidió ir a Larjuzon en cuanto mejorara su enfermo, dispuesto a aclarar este punto.

Capítulo noveno

El correo llegaba a Larjuzon cuando la familia se reunía a desayunar. Mi madrastra, bien viniera de misa o descendiera de su habitación, estaba ya completamente vestida y abotonada hasta el cuello. La mañana en que leí en alta voz la carta del abate anunciándonos la enfermedad de Mirbel, tenía ella la expresión dura y sombría de los días malos. A las once, debía de dar clase de catecismo a los niños de primera comunión que, según ella, era tontos y estúpidos, incapaces de aprender nada y que no se complacían en otra cosa que en pellizcarse mutuamente en las partes carnosas. Sucios, además, emporcaban el suelo y olían mal. En cuanto a su gratitud, ¡bien!, ya podía uno reventarse con ellos. Si se daba el caso, los padres serían los primeros en asaltar vuestra casa y asesinaros.

Sabíamos de antemano que en los días de catecismo bastaba el menor choque para que se manifestara la fogosa naturaleza con que el cielo había regalado a Brigitte Pian.

—¡Dios mío! —exclamó Michèle en cuanto hubo terminado la carta—, hay que ir inmediatamente a Baluzac. Y yo que todavía no estoy vestida...

Se dejó oír entonces la voz de mi madrastra.

—No pretenderás ir esta mañana a Baluzac.

—Claro que sí. El pobre Jean...

—¡Te lo prohíbo!

—¿Por qué no esta mañana?

—Ni esta mañana ni esta tarde —concluyó Brigitte, pálida de cólera.

Nos miramos estupefactos. A pesar de que las relaciones de mi madrastra con Michèle fuesen siempre muy tirantes, hasta entonces había evitado siempre todo conflicto.

—¿A qué viene esto? —preguntó Michèle con insolencia—. No hay motivo ninguno para que nos hagas esperar a mañana.

—Tampoco irás mañana. No irás nunca más a Baluzac —exclamó—. Y no te hagás la sorprendida, pequeña hipócrita.

Mi padre levantó la cabeza por encima del *Novelliste* y miró asustado a su mujer:

—¿Por qué te pones así, Brigitte?

—Debí haberlo hecho antes. —Y su voz se hizo solemne. Y como Michèle preguntara de qué se le acusaba—: No te acuso de nada —declaró mi madrastra—. Creo en el mal cuando lo veo con mis propios ojos.

Mi padre se levantó. Estaba vestido con un viejo batín pardo. Mechones de pelo gris salían por el cuello desabrochado de su camisa.

—Esto no impide que digas...

Ella fijó en él una mirada angelical.

—Me duele hacerte sufrir. Pero es preciso que lo sepas. Dicen que se encuentra con el pequeño Mirbel en el molino de monsieur Du Buch.

Michèle respondió firmemente que era cierto que se hubiese encontrado con Jean algunas veces. ¿Qué mal había en ello?

—No te hagas la ingenua, que no sabes hacerlo. Te han visto.

—¿Qué han podido ver? No había nada que ver.

Mi padre la atrajo tiernamente hacia sí.

—En efecto. No hay mal ninguno en que te hayas visto con el pequeño Mirbel en el molino de monsieur Du Buch. Pero no importa que seas una niña, aparentas más edad, y la gente del pueblo, sobre todo las mujeres, son víboras.

Brigitte le interrumpió.

—En efecto, víboras... Y no tienes por qué tomar la defensa de Michèle contra mí. Sólo intervengo para ponerla al abrigo de murmuraciones, que quizá son calumnias, antes de que sea demasiado tarde. El pequeño Mirbel es un muchacho extraviado. ¡Que Dios me perdone haberlo recibido en esta casa! ¿Hasta dónde hubiese ido a parar? —añadió a media voz con aire reflexivo—. Esto es lo que me pregunto.

¡Cuán cariñosa se había convertido de pronto! Mi padre la cogió de la muñeca.

—Desembucha de una vez —dijo—. ¿Qué es lo que pasa?

—Pasa... Pero déjame primero —exclamó ella—. ¿Olvidas quién soy? ¿Quieres la verdad? Pues bien, ¡la tendrás!

Mi madrastra, enfurecida, dio la vuelta a la mesa y, atrincherada tras la vajilla de plata y las tazas, con las manos apoyadas en el respaldo de una silla, y como si se concentrara tras sus membranosos párpados, dijo por último:

—Michèle es una muchacha a quien le gustan los hombres. Esto es lo que hay.

Durante el silencio que siguió a estas palabras, no nos atrevimos a mirarnos. Brigitte Pian, repentinamente desilusionada, vigilaba, no sin angustia, al padre y a la hija.

Octave Pian se había incorporado. Parecía muy alto, tanto como yo lo recordaba antes de la muerte de mi madre. Herido en su ternura, en ese sentimiento de los padres hacia las hijas en el que hay tanto respeto y un pudor tan susceptible que no perdonan jamás a aquellos que, una sola vez, lo han ofendido, se evadió por fin a su negra tristeza, desemboscado del recuerdo de su mujer muerta por aquella que estaba allí, ante él, y terriblemente viva.

—¡Una niña que apenas tiene quince años! ¡Qué increíble! ¿No te da vergüenza?

—¿Vergüenza de qué? No acuso a Michèle —dijo mi madrastra con voz dominadora—. Te lo repito: quiero creer, creo con toda mi alma en su inocencia, en su relativa inocencia.

Pero existen madres solteras de catorce y quince años.

¡Se veía claramente que él no visitaba a los pobres!

Oí de qué modo había dicho «madres solteras». No se podía dar a dos palabras semejante tono de violenta repulsión. En voz baja, le pregunté a Michèle qué quería decir aquello. Ella no contestó —quizá no lo sabía—; con los ojos fijos en mi padre, dijo:

—No la crees, ¿verdad?

—No, claro que no.

Y la atrajo hacia sí.

—¿Quieres que vengan los que te acusan, los que pretenden haberte visto con sus propios ojos? —preguntó mi madrastra.

Y como la niña dijera:

—¡Sí, que vengan!

Mi padre replicó súbitamente calmado:

—¡Ah, ya sé! Son los Vignotte. ¡Los Vignotte! Los conozco... Así, te ha bastado la murmuración de esa gente...

—¿Quién te ha dicho que me alegro de ello? Te repito que no acuso a nadie. Cumpló un penoso deber: me refiero a un testigo. Eso es todo. Te incumbe a ti el comprobarlo. Mi trabajo termina donde empieza el tuyo.

Brigitte Pian se cruzó de brazos, imparcial, inatacable, justificada de antemano ante Dios y ante los ángeles.

—¿Y qué hacía Michèle, según los Vignotte?

—Pregúntaselo tú. Supongo que no querrás que ensucie mis labios... Será horrible oírlo. Pero si es necesario, si exigen mi presencia, hallaré las fuerzas necesarias en el profundo amor que os profeso a todos y, especialmente, a ti, querida Michèle. Puedes murmurar todo lo que quieras; nunca te he querido como ahora.

Derramó dos o tres lágrimas que no secó hasta que todos los presentes las hubimos visto; mi padre, con mucha calma, me ordenó que fuera en busca de los Vignotte.

Vignotte entró con el sombrero en la mano; su ojo derecho, que había sido herido por un perdigón un día de caza, estaba cerrado. El otro miraba fijamente con una especie de intensa estupidez. Tenía una barba inculta en torno a una boca llena de raigones, y las piernas arqueadas. Prescindía de los zapatos, deslizándose por la puerta entreabierta, con los pies enfundados en unas zapatillas que, al andar, arrastraba sobre el suelo. Cuando uno se volvía, ya estaba allí sin que nadie lo hubiera oído, obsequioso, riendo hipócritamente y apestando a sudor y a ajo.

Desde el umbral, comprendió de qué se trataba. Mi padre me ordenó que saliera y le dijo a Michèle, dulcemente, que subiera a su habitación y esperara a que él la llamase. Me dirigí hacia el salón, pero permanecí cerca de la puerta en un estado de viva agitación en la que recuerdo dominaba la secreta esperanza de que Michèle y Jean iban a ser separados. Yo podría entonces estar entre los dos; no se comunicarían sin que yo no lo quisiera y bajo mi fiscalización. Todo esto no estaba claramente concebido, pero sí sentido, experimentado con una fuerza increíble. Había corrido como un loco en busca de Vignotte y lo había llevado apresuradamente, lo que iba contra las costumbres de este hombre circunspecto, y le había obligado a seguirme sin tener tiempo de «ponerse el paleta», como él llamaba a su chaqueta. Le escuché a través de la puerta.

—No he dicho eso... He visto lo que he visto... No, claro, yo no entré en la barraca. ¿Cuánto tiempo hacía que estaban allí sin hablar? ¿Y qué es lo que hacían, si no hablaban? No tenía necesidad de ver para saber... ¿Mirábanse al blanco de los ojos quizás? En fin, yo... A mí, me tiene sin cuidado.

Mi padre hacía preguntas que yo apenas entendía. No levantaba la voz. Su modo de hablar era tan lánguido como de costumbre. En ese momento, usaba de un término *patois* que acentuaba y que yo comprendía mejor que los demás. Se había convertido en el maestro que no tiene necesidad de gritar y

que se hace temer tan sólo por su inflexión de voz. Interrumpió a mi madrastra, que le había cortado la palabra.

—Déjame terminar con Vignotte.

No era ni siquiera una disputa, ni aun una discusión, sino un juicio. Cuando mi padre terminó de hablar, sólo oí el ruido de trompeta que hacía Vignotte cuando se sonaba. Después, mi madrastra abrió la puerta y apenas tuve tiempo de retroceder. Ni siquiera me miró. Con su sombrero jardinero plantado sobre el moño y las manos enfundadas en mitones blancos, llegó al vestíbulo, cogió una sombrilla y bajó la escalera de la puerta de entrada; parecía menos furiosa que ensimismada. Por Michèle supe, algunos minutos más tarde, que mi padre había demostrado un espíritu de decisión que había sido suyo en otro tiempo, pero del que ya no nos acordábamos.

Al parecer, había dado la razón a su mujer, prohibiendo a Michèle, no sólo toda visita a Baluzac, sino cualquier intercambio de correspondencia con Jean. Me quedé estupefacto al saber que la prohibición también me atañía. Para asegurarse de que no la violáramos, mi padre confiscó nuestras bicicletas hasta nueva orden. La hermana Scholastique, la superiora de la escuela libre, que estaba muy agradecida a mis padres, sería la encargada, durante los ocios de nuestras vacaciones, de dirigir los estudios de Michèle. A decir verdad, Brigitte no tenía ninguna sospecha con respecto a su hija, y se lo dijo mientras la besaba con ternura, pero conocía la ferocidad de la gente de Larjuzon y quería sustraerla a sus murmuraciones. Así, pues, Brigitte Pian hubiera triunfado si mi padre no hubiese pedido a los Vignotte que se buscaran otro empleo. Este golpe hirió directamente a su protectora. Arguyó en vano que era muy peligroso convertirlos en enemigos, teniendo en cuenta las armas de que disponían. Pero mi padre le dijo que había hecho callar para siempre a los Vignotte, puesto que disponía de los medios para cerrarles la boca.

Así, esta calumnia que tuvo consecuencias tan graves para algunos de nosotros, había tenido el feliz resultado —por poco tiempo, ¡ay!— de despertar a nuestro padre del estupor en que vivía desde hacía seis años. Brigitte vio levantarse ante ella un adversario que desde hacía tiempo no tenía ningún interés a sus ojos. El amor de su marido por Michèle procedía de su pasión por la primera señora Pian. En el fondo, era siempre la muerta quien alentaba; he aquí, sin duda, lo que había comprendido mi madrastra, y esto es lo que explica su conducta en los días que siguieron.

En todas circunstancias, Brigitte Pian buscaba sinceramente el bien, o al menos estaba convencida de que así lo hacía. Y esto hay que tenerlo en cuenta sin cesar al leer estas Memorias. Yo hubiese podido pintarla con otra luz distinta de la que en estas páginas la ilumina tan cruelmente. Sin duda, he visto sufrir demasiado cerca a sus víctimas; pero, en el momento de dar cuenta de su acción, aparentemente tan negra, sería injusto ceder a la facilidad de no iluminar más que un solo lado de esta alma temible.

Importa decir que cuando Brigitte Maillard, antes de su matrimonio, pasaba algunas semanas del verano en Larjuzon, hallábase mezclada en uno de esos dramas entre esposos, sin episodios visibles, sin explicaciones y que duran hasta la muerte, rodeados de silencio. Mi padre veía sufrir a una criatura adorada, a su mujer, Marthe, a causa de otro; y él no podía hacer por ella más que aumentar sus remordimientos ante el espectáculo de su propia tristeza. Hombre sencillo y poco acostumbrado a la introspección, había hallado en Brigitte la ayuda de un comentario lúcido. Estaba unido a ella por un estrecho lazo, pero destinado a romperse con las mismas circunstancias que lo había visto nacer. Brigitte se vanagloriaba de haberlo salvado del suicidio; y es cierto que en el peor momento él había podido confiarse gracias a este confidente atento que le seguía, e incluso le precedía, en todas las revueltas de su horrible prueba, y le ayudaba a comunicar con su mujer, de la que ella era prima y amiga de la infancia.

Brigitte, convertida en segunda madame Pian, con toda buena fe, consideró como un deber esencial perfeccionar su obra arrancando a su esposo de la influencia de la muerta, tanto más cuanto que él había consentido en este segundo matrimonio con la esperanza de curarse. Un rencor personal, unos celos inconfesados, pudieron orientar a continuación las acciones de mi madrastra. Pero, a fin de cuentas, ella estaba en el derecho de creer en esta misión de que su esposo la había investido.

Cuando, al cabo de algunos meses, se dio cuenta de que Marthe reinaba siempre, gracias al prestigio de una virtud que, a pesar de la pasión más viva, pasaba por no haberse sometido nunca, y que continuaba siendo a los ojos de mi padre una heroína capaz de morir de amor, pero no de traicionar la fe jurada, Brigitte creyó, al principio, que era importante asegurarse de que esta aureola no había sido usurpada. El día en que ella entregara a su marido la prueba del adulterio cometido por la primera madame Pian, y de que ella no había adoptado la apariencia de la virtud sino después de que su amante la hubiera abandonado, y que, en fin, se había matado de desesperación aquel día, Brigitte creía que su esposo se libraría de esta vergonzosa mixtificación.

Ahora bien, mucho tiempo antes de poseer el testimonio ante los ojos y acordándose de ciertas confidencias recibidas, no dudaba de que su prima y amiga no hubiese sido culpable; y acaso no deseó tan ardientemente ocupar su puesto más que con objeto de descubrir la prueba y visitar libremente las habitaciones, registrar los cajones y bargueños.

Se dedicó a ello con increíble felicidad. En las primeras semanas de su matrimonio, halló un documento que sobrepasaba sus esperanzas hasta tal punto que creyó más prudente guardar silencio. Que Brigitte Pian fuera capaz de sentir piedad, lo veremos aquí, y lo mismo si venció la tentación de hablar mientras esperaba curar a su marido sin tener que abrirle los ojos.

Precisamente, pareció curado una vez se hubieron marchado los Vignotte. Batida en este punto, Brigitte recibió plena satisfacción en los demás. No pudo menos de aplaudir una decisión tomada poco después por mi padre: Michèle, al comenzar el curso, sería alumna de las Corazonistas, donde ella había sido educada en calidad de externa. Para Octave Pian no se trataba de un castigo, sino del medio más seguro de separar a su hija de una temible madrastra.

Así, pues, Brigitte hubiera debido considerarse satisfecha; pero no era así: el padre defendía a la muerta en su hija. El retorno de Octave a la vida finalizaba la victoria, no de Brigitte, sino de Marthe: de aquélla a quien él se consideraba sometido para siempre. He aquí, sin duda, la verdad que había entrevisto mi madrastra en su conciencia oscura y que la incitó a hacer estallar una mina tanto tiempo disimulada y demorada.

Mi hermana y yo permanecemos, sin embargo, estrechamente vigilados. Por desgracia para nosotros, la mujer de Correos era una educanda de Brigitte y había debido recibir instrucciones muy precisas con respecto a nuestras cartas. Todo el correo de Larjuzon debía ser depositado cada tarde en la oficina, de donde el cartero lo tomaba al día siguiente, por la mañana. No salía un sobre de nuestra casa sin que nuestra madrastra no hubiera ejercido su fiscalización.

Michèle sólo contaba conmigo para enviar un mensaje a Jean. No porque ella hubiese querido faltar a la promesa de no escribirle, hecha a nuestro padre, sino porque quería enviarle un medallón de oro, en forma de corazón, que llevaba en su pecho y que contenía cabellos de nuestra madre. Me extrañaba que se desprendiera de esta reliquia en favor de Mirbel, y no me apresuraba a intentar una carrera tanto más larga y fatigosa cuanto que

hubiese sido necesario rodear el pueblo para evitar ser visto y denunciado. Por otra parte, una ausencia tan prolongada hubiese sido sospechosa para Brigitte, que me vigilaba con extraordinaria atención, desprovista, además, de malevolencia: a veces, me estrechaba contra su pecho, me apartaba el pelo de la frente y murmuraba: «¡Pobre pequeño!», exhalando un suspiro.

Cuanto más insistía Michèle, mayor repugnancia sentía yo de intentar la aventura. De este modo, con vanas discusiones, se malograron nuestras últimas semanas de vacaciones. Perdí el placer de aquellas largas horas en compañía de mi hermana, sin nadie entre nosotros, y de las que yo me había hecho una idea tan amable. Creí que encontraría a Mirbel cuando se inaugurara el curso. Ignoraba entonces que se quedaría todo el año en Baluzac. La suerte que me esperaba, la peor que yo hubiese podido imaginar, me era desconocida. En el colegio, me vanagloriaba de no compartir con nadie la amistad de Mirbel. Seguramente, amaba sobre todo en mí al hermano de Michèle. Pero ellos no se verían más, no tendrían medio alguno de relacionarse; y yo, yo estaría siempre allí: el único de todos los alumnos que existiría a sus ojos.

Un día de septiembre, hacia las cuatro, desembocó en la avenida una bicicleta montada por un sacerdote. Michèle gritó:

—¡El abate Calou!

Brigitte nos ordenó que nos fuéramos a nuestras habitaciones y, como Michèle protestara, mi padre corroboró esta orden con tono firme. Incluso se quedó él mismo, a pesar de que figurara en sus costumbres el refugiarse en su despacho en cuanto se anunciaba una visita. Sin duda, quería estar seguro que su mujer no diría acerca de Michèle más de lo que se había dicho de entre ambos. No habiendo sido testigo de esta entrevista, reproduciré aquí las notas que aquella misma noche apuntó monsieur Calou en su agenda, por concretas y sucintas que éstas sean.

«Asombrosa mujer: un milagro de deformación. A sus ojos, las apariencias del mal cuentan tanto como el propio mal, cuando le interesa. Una naturaleza profunda; pero como esos viveros en los que la mirada puede seguir las idas y venidas de los peces, así, en madame Pian, aparecen desnudamente los motivos más secretos de sus actos. Si alguna vez este poder

de juicio y de condenación que ella tiene para los demás se volviera contra ella, ¡cuánto sufriría!

»Escandalizado de que me convierta en abogado de estos dos niños y que espere un gran bien para Jean, de este primer amor. Frunce los labios y me llama “vicario saboyano”. He tenido la audacia de ponerla en guardia contra esta interpretación temeraria del deseo divino de que abusan demasiadas personas piadosas. Pero ¡qué imprudencia haber hecho extensiva mi crítica a los sacerdotes! La dama se ha dado maña en reargüir que yo negaba los derechos de la Iglesia militante; imagino ya la denuncia que es capaz de dirigir al arzobispo. A Brigitte le interesa menos comprender nuestro pensamiento que retener de él lo que cree puede inducirnos a error ante la autoridad e incluso a perdemos. Se lo he dicho y nos hemos separado con un saludo muy respetuoso por mi parte, pero muy seco y muy cortés por la suya.

»De regreso, cerca del portal, vi a Michèle que salía de detrás de unos arbustos, muy colorada y no atreviéndose a hablarme. Bajé de la bicicleta y ella me dijo:

»—¿Cree usted en lo que le han contado?

»—No, Michèle.

»—Señor cura, quiero que usted sepa... Si me confesara a usted... No tendría nada que decirle a propósito de Jean.

»Estaba llorando. Yo balbucí:

»—¡Que Dios os bendiga a los dos!

»—Dígale que no puedo ni verle ni escribirle, que iré a un pensionado a principio de curso... ¡Y vigilada! Imagine las instrucciones que se habrán dado con respecto a mí. Pero diga a Jean que le esperaré el tiempo que sea... ¿Se lo dirá?

»He intentado bromear:

»—¡Es una rara misión para un sacerdote, Michèle!

»—¡Oh, un sacerdote! Fuera de mí, no tiene a nadie en el mundo que lo quiera, excepto usted.

»Y dijo esto como una cosa natural, la más sencilla, la más evidente. No he podido contestarle nada. He tenido que volver la cabeza. Luego, me ha dado un paquetito para él.

»—He jurado no escribirle, pero no dejar de darle un recuerdo mío. Dígale que es lo dé más valor que poseo. Quisiera que lo conservase hasta que volviéramos a vernos. Dígale...

»Me hizo señas para que me fuera y desapareció: a través de los árboles se veía la toca de la hermana Scholastique».

El abate Calou halló a Jean donde lo había dejado: tendido en una silla extensible, tras la casa, en el lado oeste. Tenía un libro abierto sobre las rodillas, pero no leía.

—Bien. Menudo lío has armado en Larjuzon, mi pobre amigo.

—¿Viene usted de Larjuzon?

Mirbel intentaba en vano adoptar una actitud indiferente.

—Sí, y madame Brigitte ha hecho de las suyas. Figúrate que Michèle...

A las primeras palabras del cura, no pudo contenerse más y exclamó:

—Debió de haberme contestado. Cuando se ama se pasa por encima de todo, se arriesga todo...

—Es una niña, Jean, pero la más valerosa que he conocido.

El muchacho, sin mirar al abate, le preguntó si había hablado con ella.

—Sí, unos minutos. Me acuerdo bien de lo que me ha encargado que te dijera: no puede ni verte ni escribirte; en cuanto se inaugure el curso ingresará como pensionista de las Corazonistas. Pero te esperará durante años, si es preciso.

Adoptó el tono del que recita una lección aprendida de memoria: así conseguía dar más peso a sus palabras.

—¿Y después? ¿Esto es todo?

—No. Me pidió que te entregara esto... Dice que es lo más valioso que tiene, y que lo conserves hasta que os encontréis de nuevo.

—¿Qué es?

El cura no lo sabía. Después de haber dejado el objeto en las rodillas de Jean, entró en la casa. Por los postigos entornados, observó al muchacho que contemplaba, en el hueco de su mano, el pequeño corazón de oro y la cadena y lo llevaba a sus labios como si bebiera.

Monsieur Calou se sentó a su mesa, abrió el manuscrito de la *Teoría de la fe en Descartes*, y volvió a leer el último párrafo. Pero no pudo contenerse y volvió a la ventana. Mirbel tenía la cara oculta entre las manos, y el medallón se hallaba sin duda entre las manos unidas y los labios.

Desde hacía dos días, Jean desayunaba y comía en el comedor. Hacia las siete, se sentó frente al cura, tan taciturno como había estado hasta entonces. Monsieur Calou había decidido tener al alcance de la mano, mientras comía, una revista o un periódico. Sin embargo, desde el primer plato, advirtió que

Jean lo observaba de soslayo. Si el niño aún se callaba, debía ser por timidez, por tortura o por no poder hallar una fórmula para entrar en materia. Por su parte, el abate temía que una palabra torpe lo echara todo a perder. Como hacía siempre, se contentó con observar el apetito de Jean, que era caprichoso. Y cuando, después de la cena, se hallaron detrás de la casa, él le preguntó qué era lo que comería con gusto al día siguiente. Jean respondió que no le apetecía nada, pero lo dijo sin su habitual desabrimiento. Y, de pronto, le hizo esta pregunta:

—¿Es que realmente le interesa a usted mi salud?

—¡Vamos, Jean!

Él murmuró: «¡No! ¡No es broma!», con un tono infantil; se sentó en la silla de tijera y tomó la mano del abate, que se había quedado de pie. Sin mirarle, le dijo:

—No he sido correcto con usted... Y usted... Lo que ha hecho hoy...

Lloraba como lloran los niños, sin ninguna vergüenza.

El abate se sentó a su lado y le cogió la mano.

—Usted no puede saberlo... Si Michèle me hubiera abandonado, me habría matado... ¿No lo cree?

—Sí, hijo mío, te creo.

—¿Lo cree de veras?

¡Qué necesidad tenía de confianza y de que le creyeran!

—Comprendí en seguida que iba en serio.

Y como Jean dijera a media voz: «¿Acaso he soñado? ¿He visto en Balauze lo que he visto?», el cura le interrumpió:

—Si ha de hacerte daño, no me lo cuentes.

—Nos mintió, ¿no lo sabía usted? Mintió cuando dijo que se hospedaría en Vallandraud. Habían alquilado una habitación en Balauze, en el «Hotel Garbet».

—Todas las mujeres dicen una cosa y hacen otra, ya se sabe.

—No estaba sola... Había un tipo con ella. Los vi en la ventana de su habitación, a medianoche.

Los había visto y sus ojos los veían aún. Monsieur Calou le cogió la cabeza con las dos manos y la sacudió suavemente, como para despertarle.

—No hay por qué intentar penetrar en la vida de los seres a pesar de todo: no olvides esta lección. No hay que abrir la puerta de esa segunda ni de esa tercera vida que sólo Dios conoce. Jamás se debe volver la cabeza hacia la ciudad secreta, hacia la ciudad maldita de los otros, si no quiere uno convertirse en una estatua de sal...

Pero Jean insistía con la mirada perdida aún en la lejanía, describiendo lo que aún veía, lo que vería hasta la muerte.

—Un hombre, casi un viejo... Lo conozco. Es un tipo de París que escribe obras de teatro... Tiene el pelo teñido, una gran barriga y una boca... ¡Ah, es innoble!

—Di que para ella encarna el espíritu, el genio y la gracia. Amar a alguien es estar solo viendo una maravilla invisible para los demás... Hay que volver a casa —añadió luego de una pausa—. Ya es de noche y no estás muy abrigado.

Mirbel le siguió con docilidad. El abate lo llevó del brazo hasta la alcoba biblioteca donde Jean se tendió. Monsieur Calou encendió la lámpara y acercó su butaca.

—¿Y ellos? —preguntó—. ¿Te vieron?

—No, estaba pegado a la pared de la iglesia; escondido bajo su sombra. Me marché antes de que amaneciera y dormí en un pajar. Si usted no me hubiera encontrado, creo que hubiese reventado como un perro enfermo. Cuando pienso en lo que usted ha hecho...

—Supongo que no habrías pretendido que te esperara tranquilamente. Te tengo a mi cargo, era responsable de lo que te ocurriera. ¿Imaginas lo que me hubieran mareado?

—Pero ¿por esto? ¿Sólo por esto?

—¡Idiota!

—¿Porque me quiere un poco?

—Como si no hubiera más que un viejo cura que quisiera a Jean de Mirbel...

—¿Es posible? ¡No, no es posible!

—Mira ese corazón de oro... ¿Dónde lo has metido? ¿Colgado de tu cuello como ella lo llevaba? ¿En tu pecho? Sí, es ahí donde debe estar, para que lo sientas siempre, para que en los malos momentos no tengas más que llevarte la mano a él y...

—Es una niña. Ella no me conoce, no sabe lo que soy. No podría comprenderme, ya ve usted, es tan pura... Ni aunque se lo contara. Y usted tampoco. Usted no sabe lo que he hecho...

Monsieur Calou le puso la mano en la frente.

—Tú no eres un justo, estoy seguro; no eres de la raza de los justos. Tú eres de esos a quienes Cristo ha venido a buscar y salvar. La pequeña Michèle te quiere por lo que eres, como Cristo te ama tal como te ha hecho.

—Mamá no me quiere.

—Su pasión le impide sentir el amor que te tiene... Pero este amor existe.

—La odio.

Esto fue dicho con ese tono forzado, un poco artificial, que él tenía a veces.

—¿Cree usted que bromeo? No, es cierto que la odio.

—Claro. Como se odia a quienes se ama. Nuestro Señor exige que amemos a nuestros enemigos; frecuentemente, esto es más fácil que no odiar a los que amamos.

—Sí —dijo Jean—, porque nos hacen demasiado daño. —Apoyó la cabeza en el hombro del cura y añadió en voz baja—: ¡Si usted supiera el daño que me ha hecho...! Incluso ahora, a cada momento: es como si tocara una llaga. Sufro hasta gritar, hasta morir...

—Hijo mío, hay que perdonar mucho a las mujeres... Yo no puedo explicarte todavía por qué. Me comprenderás más tarde, tú que les harás quizá tanto daño... Incluso las más satisfechas en apariencia, merecen nuestra piedad. No una piedad turbia y cómplice, sino la piedad de Cristo, una piedad de hombre y de Dios que sabe con qué sucia arcilla ha moldeado a sus criaturas. Pero aún no es tiempo de hablarte de estas cosas.

—Ya sabe usted que no soy un niño.

—No, realmente eres un hombre: se tiene la edad del sufrimiento que se experimenta.

—¡Ah, usted lo comprende!

El sacerdote y el niño aún hablaron mucho, incluso después de que éste se hubiese acostado. Y cuando el deseo del sueño le cerró los ojos, pidió a monsieur Calou que rezara sus plegarias cerca de él y que no abandonara la habitación hasta que se hubiera dormido.

Capítulo diez

Me despertó el canto de un gallo. ¿Era ya el alba? Encendí una cerilla. Todavía no eran las cinco. Decidí esperar aún. Aquel viaje a Baluzac, que Michèle no había podido conseguir de mí, estaba dispuesto a intentarlo aquella mañana por mi cuenta y riesgo. El día anterior, por la tarde, después de la visita de monsieur Calou, había sabido por mi madrastra que Mirbel no volvería aquel año al colegio. ¿Me había visto ella estremecerme? ¿Había comprendido todo lo que eso representaba para aquel muchacho un poco pálido, que aparentaba indiferencia? Añadió que esto había modificado sus proyectos, puesto que, al principio, había dispuesto, de acuerdo con mi padre, buscarme otro colegio para sustraerme a la influencia de aquella oveja descarriada; pero esto ya no era necesario. No encontraría a monsieur Puybaraud; pero también ella se felicitaba por esta ausencia. Yo estaba demasiado inclinado a la sensiblería y monsieur Puybaraud había sido para mí un pernicioso maestro.

Jean, en Baluzac; Michèle, pensionista... ¿Y yo? Aquel día, por primera vez, había visto desvelada a mi vieja enemiga, la soledad, con la que tan bien me avengo hoy. Nos conocemos; me ha asestado todos los golpes imaginables y ya no sabe dónde golpearme. No creo haber evitado ninguna de sus asechanzas. Ahora, ha terminado ya de torturarme. Atizamos juntos el fuego durante esas noches de invierno en que la caída de una «piña» o un rumor nocturno tienen para mi corazón tanto interés como una voz humana.

Ver de nuevo a Jean, por última vez, a toda costa... Hacer un plan para poder escribirnos... Me sería fácil escribirle; pero ¿dónde podría dirigir mis cartas? ¿Qué hacer para recibir su correspondencia en la lista de Correos? Verle por última vez; convencerme de que aún existía a sus ojos y de que Michèle no lo había acaparado todo. El color rosa de las cortinas enrojecía débilmente. Amanecía. Me vestí conteniendo el aliento. El suelo no había crujido; sólo la pared me separaba de la inmensa habitación en que se hallaban las camas de caoba de los señores Pian, tan distantes una de otra como era posible.

Mi puerta se abrió sin el menor ruido. A decir verdad, los peldaños de la escalera crujieron, pero Brigitte no tenía el sueño ligero. Saldría por la cocina para estar seguro de que no había sido oído. La llave estaba en el lavadero.

—¿Dónde vas tan temprano?

Contuve un grito.

Ella estaba allí, en la curva de la escalera, rígida a la pálida luz, vestida con una bata de color amatista. Una gruesa trenza, como una enorme serpiente con una cinta roja en el morro, le llegaba a la cintura.

Y de nuevo:

—¿Adónde ibas? Di. Responde.

Ni se me ocurrió mentir. Ella lo sabía todo antes de que yo hubiese abierto la boca; por otra parte, la desesperanza me había dejado sin fuerzas. La desesperanza, indudablemente; pero me lancé a ella para salvarme: intenté salvarme recurriendo a esa loca sensibilidad cuya manifestación asusta incluso a las personas más terribles y las obliga a cuidarme en vez de castigarme. Tuve un estertor, me ahogaba, fui demasiado lejos y no pude contenerme. Brigitte me levantó con sus brazos vigorosos y me llevó hasta su habitación, donde mi padre, que se había despertado sobresaltado, incorporado en la cama, se creía víctima de una pesadilla.

—Vamos, cálmate, no te voy a comer. Toma, bebe un vaso de agua. Es agua de azahar.

Me había oído desde su cama. Yo sollozaba:

—Lloro porque no le veré nunca... Quería despedirme de él...

—Se trata de Mirbel —dijo Brigitte a Octave—. ¡Esto es todo! Hay que preguntarse si no es demasiado tarde para reaccionar. ¡Qué morbosa sensibilidad! ¡Pobre criatura —añadió con desprecio—, qué herencia!

—¿Por qué hablar de herencia ante él? —preguntó mi padre con el mismo tono—. ¿Qué quieres insinuar?

—¡Como si insinuara algo!

—¿No me crees?

Y sonriendo burlonamente repetía, con la cabeza baja: «¡Vaya, vaya!».

Jamás había visto tan pálido a mi padre. Estaba sentado en su cama; sus piernas, negras a causa del vello, no llegaban a tocar el suelo. Gruesas venas azules hinchaban sus pies de dedos deformes. A través de su camión abierto, su pecho mostraba un mechón de pelo gris. Las piernas eran horriblemente delgadas, casi héticas. Brigitte, de pie, con su bata de obispo, con el cabello estirado desde la frente y con aquella enorme trenza gruesa y brillante, lo miraba con una mirada odiosa y circunspecta a la vez.

Mi padre se levantó, me tomó en sus brazos y me llevó a mi cama. Yo sollozaba apretándome contra su camisa. Me tapó de nuevo con las sábanas. Un pálido sol entraba a través de las flores de lis abiertas en las hojas de las ventanas. Oí de nuevo aquel tono de voz que me decía:

—Sécate los ojos, idiota. Suénate y duerme.

Y, al mismo tiempo, me apartaba el pelo de la frente y me contemplaba como si no me hubiera visto nunca.

Debí no haber sabido nunca lo que voy a contar aquí —con qué turbación, con qué vergüenza, pero es preciso—, y que no supe hasta el día siguiente de la Gran Guerra, en que me reconcilié con mi tío Moulis, un hermano de mi padre, de quien había estado separado toda mi vida por una de esas desavenencias familiares que nada tienen que ver con este relato. Había querido mucho a su hermana Marthe y deseaba conocerme antes de morir. Era arquitecto de la ciudad, como lo había sido mi abuelo. Había vivido siempre «como un bohemio, como un artista» y esto había sido la causa de que Brigitte Pian lo detestara, considerándolo como una fuente de esa corrupción en la que, según ella, mi madre había sido educada y se había perdido. Este cínico y viejo solterón, veinte años después de que el acontecimiento hubiera ocurrido, me puso al corriente de las circunstancias que habían señalado mi venida a este mundo. No podía probarme que yo no fuese el hijo de Octave Pian; pero creía más probable que debiese la vida a un primo hermano de mi madre, Alfred Moulis, «bello como el día», según me dijo mi tío; pero en la fotografía que me enseñó de él nada existía de ese encanto y no experimenté placer ninguno ante la idea de haber nacido de aquel muchacho de pelo rizado y cabeza de carnero. Desde su infancia, había sentido una gran adoración por su prima y ella le había correspondido. No me extenderé sobre detalles odiosos y no diré más que lo indispensable con respecto al papel descubierto por mi madrastra en los primeros años de su matrimonio.

Según el tío Moulis, se trataba de un memorándum escrito por mi madre, una especie de cálculos de aproximación de fechas, de los que se deducía que de ser yo hijo de Octave había nacido dos meses antes; y cierto es que cuando nací no tenía el peso normal y que hubieron de prestarme cuidados extraordinarios para salvarme. ¿A qué uso estaba destinado aquel papel? Mi tío creía que se trataba del borrador de una carta, pero no estaba seguro.

Pero Octave Pian tenía una razón que creía que no conocía más que él para dudar de que yo fuese su hijo, y a la que este documento dio mucha

fuerza. El tío Moulis la tenía de su hermana... ¡Cuán delicado es referirse a estas cosas y cuán necesario sería poder utilizar otro lenguaje para ellas! Creí comprender que Octave pertenecía a esa especie de hombres muy extendida a quienes el exceso de su amor paraliza: suplicio atroz, sobre todo, cuando la pasión no es compartida y esa ridícula desesperanza es observada por un ojo frío y burlón.

Quisiera que el lector sintiera toda la repugnancia que yo experimento al escribir estas cosas y, conste que se trata de una historia en la que nada es invención, porque un novelista huye por instinto de esta especie de temas que causan horror. Pero desde el momento en que renunciamos a la ficción para seguir la pista de los destinos que realmente se han atravesado con el nuestro, caemos a cada instante en esas miserias de los sentidos, en esas aberraciones o, peor aún, en esas insuficiencias de las que detestamos oír hablar, tanto más cuanto que entre nosotros pocos o muchos han sido víctimas de ellas. Renan dice que la verdad es quizá triste, y se refiere a ella en el plano metafísico. En el nivel humano, no sólo es triste, sino ridícula y vergonzosa, hasta el punto de que el pudor nos impide expresarla. De ahí el silencio en que se envuelve; y es preciso el escándalo de un proceso de separación o de divorcio para que se haga pública.

En octubre, cuando volví a la ciudad con mi madrastra, Octave Pian se quedó en Larjuzon. La separación de los dos esposos se había consumado sin haber sido decidida entre ellos. Todo se hizo con la mayor naturalidad. Mi padre, que no poseía aún el documento —olvidado por azar en un cajón de su habitación y que no debía tardar mucho tiempo en descubrir—, había sido preparado y «dispuesto» por Brigitte para verme partir sin pena, y para preferir la soledad y pasar el invierno en el campo antes que la convivencia con una mujer execrada y la presencia de ese hijo ante el cual se despertaba su angustia. El recuerdo que conservo de él es el de un hombre entregado a esa especie de estupor, a ese estado de soñolencia del que se había evadido unos días antes para defender a Michèle. Supongo que había comenzado a beber a partir de entonces, pero debió de entregarse totalmente a la bebida después de nuestra marcha.

Michèle estaba a pensión con las Corazonistas y yo me quedé solo con mi madrastra. Hasta mi bachillerato, en aquellos dos años grises, sufrí menos de

lo que había imaginado. Estudiaba con facilidad, y Brigitte no tenía que temer apenas que se aburriese aquel muchacho taciturno que por las noches estudiaba sus lecciones y preparaba sus deberes sin que fuera necesaria vigilancia alguna. Mi padre fue a la ciudad una vez al mes durante aquel primer año, el día que salía Michèle, y nos llevaba a los dos a comer a un restaurante. Conservo aún esa impresión de alegría que experimentaba al elegir de la carta mis platos preferidos: ostras, lomo de liebre y cordero guisado. La seguridad de que Michèle y Jean estaban separados quizá para siempre parecía haber adormecido mi ternura y, al mismo tiempo, mis celos, salvo algunas veces, en sueños: siempre he tenido que sufrir para saber que amaba.

Debo referir aquí dos incidentes que dejaron en un punto muerto mi amistad por Mirbel. Una noche del primer invierno transcurrido en la ciudad, al regresar del colegio, mi madrastra, sin separar la vista del libro, me dijo:

—Hay una carta para ti.

Su afectada indiferencia no me engañó.

—Es de Mirbel —dije, después de mirar el sobre.

E, inmediatamente, con esa astucia de los niños para manejar a los padres difíciles, le pregunté cándidamente:

—¿Debo leerla?

Brigitte tuvo un movimiento de vacilación, y luego, decidió entregármela, pero con la idea de que se la sometiera si yo juzgaba que era mi deber. No me miró un solo instante mientras descifraba aquella carta en la que Jean de Mirbel, después de haberme descrito la «espantosa vida» que llevaba en el presbiterio de Baluzac, una «*vida capaz de inducirle a uno a levantarse la tapa de los sesos*», me rogaba que le enviara noticias de mi hermana.

«... y tal vez pueda ella añadir unas palabras a tu carta. Esto sería para mí un motivo de dicha y ella no quebrantaría su promesa. Dile que nadie puede saber lo que es vivir en un cochino pueblo perdido en medio de los pinos, siempre con la compañía de un cura que es un excelente tipo, no digo lo contrario, y que hace cuanto puede por mí. Pero yo no soy un excelente tipo, y ésta es la desgracia. Dile solamente que tres líneas sería ya mucho para mí. No puede imaginar lo que esto me ayudaría...».

Recuerdo mi helada cólera a medida que leía la carta en la que nada hallaba destinado para mí. La irritación dominaba la pena. Puesto que las cosas eran así era mejor no pensar en ellas, y hacer tabla rasa con todo... A lo

largo de mi vida, he sentido frecuentemente ese brusco deseo de cortar por lo sano, de lanzar a la gente por la borda. Entregué la carta a Brigitte, quien la leyó toda, pero sin ninguna prisa. Y una vez la hubo doblado, una sonrisa descubrió sus dientes de jumento.

—La superiora —me dijo— me ha enviado un paquete de cartas de ese caballero. Porque ha tenido la frescura de escribir a tu hermana al mismo convento. Imagínate que cada carta estaba llena de súplicas dirigidas a la reverenda madre o a la persona que abriera el primer sobre para que consintiera en entregársela a Michèle. Lo que demuestra —añadió con tono sentencioso— que la corrupción puede ir mezclada con la tontería y que ambas no son incompatibles.

A continuación, lanzó el papel a la chimenea y lo entregó a las efímeras llamas.

No sé si he de situar en la misma época el segundo incidente. Antes bien, creo que aquel encuentro con el abate Calou tuvo efecto durante el invierno del año siguiente. Un jueves, al salir de casa, alguien, detrás de mí, pronunció mi nombre. Reconocí al abate Calou, aun cuando había adelgazado mucho. Su vieja sotana flotaba sobre sus hombros huesudos. Debió de haber esperado a que saliera. Le dije que iba a la librería Féret y me siguió.

—Jean estará contento esta noche cuando le diga que nos hemos encontrado.

—¿Está bien? —pregunté con indiferencia.

—No —me contestó el abate—, el pobre chico no lo pasa muy bien.

Esperaba que le preguntase algo, pero fue en vano porque me detuve a la puerta de la librería y comencé a hojear los libros de ocasión expuestos a la entrada. ¿Era yo tan duro entonces? No, puesto que nada se me escapaba de la angustia del pobre sacerdote inclinado sobre mí, y puesto que al cabo de tantos años siento aún los remordimientos que me asaltaron desde ese instante.

—Debo decirte que el pobre Jean me preocupa mucho. Piensa que este año no ha ido a La Devize. Su madre está en Egipto. Estudia mucho y caza. En octubre, le he preparado un cazadero de palomas. Ha logrado ciento cuarenta y siete. Figúrate, incluso le he proporcionado un caballo en el molino de monsieur Du Buch, un viejo penco, que se deja montar. Pero lo que le falta es compañía.

—¿Y usted? —pregunté cándidamente.

—¡Ah, yo...!

Hizo un vago ademán y no dijo nada. Sin duda, conocía su impotencia desde hacía tiempo. No poseía nada de lo que para ser feliz exige un muchacho de aquella edad. A los ojos de Jean, su cultura no tenía ningún valor y su ternura tampoco. Para aquel muchacho a quien encontraba por la noche acurrucado en una silla de enea, ante el fuego de la cocina, donde lo había dejado después de comer, con el libro abierto en la misma página, ¿qué podía ser sino un carcelero? Y ni siquiera para mirar al abate levantaba su cara sombría. Ni siquiera le divertía montar solo aquel viejo penco. Cuando no lo encontraba en el presbiterio, el abate sabía dónde se había refugiado Jean. Tampoco entonces conocía yo esa angustia. Frecuentemente, se demoraba en casa del enemigo, en la farmacia, en la casa de aquel Voyod, que era enemigo declarado del abate. El institutor y la institutriz se reunían de nuevo con él cuando las clases habían terminado. Se tomaba café en la trastienda y se comentaban los artículos de Jaurès o de Hervé.

A pesar de que comprendía a dónde quería llevarme el abate, me resistí a ayudarlo y tuvo que ir al grano sin ninguna clase de preparación.

—Siento —me dijo— haber tenido unas palabras con madame Pian. Por otra parte, la creo incapaz de ser rencorosa y estoy seguro de que la decisión que ha tomado con respecto a Michèle y Jean ha sido dictada por motivos de gran importancia. No quiero discutirlos y me someto a su sabiduría. Pero, hijo mío, ¿no crees tú que Michèle podría escribir de vez en cuando al cura de Baluzac? ¿Qué mal habría en ello? Aun cuando fuera sin decir nada para Jean, que me hablara un poco de su vida; y esto sería un gran consuelo para tu amigo. Diré más, Louis —murmuró casi a mi oído—, esto podría significar la curación... Porque de esto se trata..., ¿me comprendes...? De salvarlo.

Vi muy cerca sus ojos de niño implorante y noté su ácido aliento. No, lo comprendí mal, aun cuando aquella vez me sentí conmovido; pero por él, y no por Jean, me rendí a sus deseos. Consiguió mi promesa de transmitir su proposición a Michèle, y le evité incluso la violencia de pedirme que no dijera nada a mi madrastra. Le di esta seguridad. Me cogió por la nuca con su enorme mano y apretó mi cabeza contra su manchada sotana. Lo acompañé hasta el tranvía. En la plataforma posterior, los hombres que se hallaban a su lado parecían enanos.

Esta correspondencia entre el abate Calou y Michèle, que quizás hubiese impedido o demorado muchas amarguras, fue interrumpida a partir de la

tercera misiva. Michèle cometió la imprudencia de confiarla a una mediopensionista, porque no había podido evitar dirigírsela enteramente a Jean, a pesar de que el sobre llevaba la dirección del abate Calou. La carta fue a parar a manos de una de aquellas damas y transmitida a Brigitte Pian, quien me lo contó todo, evitando culpar de ello a Michèle.

—El abate ha sido quien la ha tentado, no cabe duda —me dijo—. A pesar de la gravedad del caso, me he creído en el deber de implorar gracia para con tu hermana y debo decir que la reverenda madre se ha portado muy compasivamente. En cuanto al expediente del cura de Baluzac, debo decirte que cada día se extiende más —añadió con una involuntaria satisfacción—. Pero esta carta constituye su obra maestra.

Así había concluido por pensar en voz alta ante mí. ¿Me quería? Estaba persuadido desde hacía mucho tiempo de que ella mimaba en mí, en el niño que yo era, la prueba viviente del pecado de la primera señora Pian. Hoy, me inclino a pensar que ella me demostraba todo el amor de que se sentía capaz y que yo interesaba en ella a ese poco de entrañas que subsiste aun en las mujeres más insensibles.

Capítulo once

Mi existencia estaba entonces estrechamente unida a la de Brigitte Pian. La salita en que ella trabajaba y recibía sus visitas, separaba mi habitación de la suya. La puerta permanecía siempre entornada, y la cerraba cuando venía alguien. Pero, por poco que ella levantase la voz, una voz que por naturaleza ya era sonora, seguía sin esfuerzo las conversaciones, sobre todo, en invierno, cuando las ventanas permanecía cerradas y desde el paseo de la Intendance no llegaba a nosotros más que un rumor ahogado.

Cuando reconocía la voz de monsieur Puybaraud salía algunas veces a saludarle, pero no siempre. Y lo más frecuente era que, en el momento de despedirse, acudiera a darme un beso. Mi actitud con respecto a él había cambiado al mismo tiempo que su posición en el mundo. Este hombre humilde y frágil, a quien un delgado abrigo de confección apenas defendía contra el frío, y cuyos zapatos no habían sido limpiados, no podía inspirarme la misma deferencia que el maestro de levita de quien había sido un alumno querido.

Debo reconocer en justicia que su aspecto excitaba mi piedad, o cuando menos, esa especie de malestar ante la miseria de los demás, ya que así nos habíamos acostumbrado a llamarla. Pero cuando reflexionaba en la desgracia de monsieur Puybaraud me era de todo punto imposible no estar de acuerdo con Brigitte Pian y no dejar de despreciarle por haber cedido a un atractivo que yo entonces ignoraba, aun cuando me sintiera ya inclinado a considerarlo con desconfianza y disgusto. Yo no hubiera sentido la misma repulsión de los signos aparentes de su decadencia si no hubiesen correspondido para mí a una realidad de orden espiritual y si, por su matrimonio, monsieur Puybaraud no hubiera, a mis ojos, decaído voluntariamente de un estado superior. He cambiado poco sobre este particular: creo que toda la desgracia de los hombres procede de no poder permanecer castos y que una humanidad casta ignoraría la mayor parte de los males que nos anonadan, incluso aquellos que parecen no tener relación directa con las pasiones de la carne. Un pequeñísimo número de personas me han sugerido la idea de que la felicidad

en este mundo, por la bondad y el amor, estaría en aquellos en quienes el corazón y la sangre estuvieran soberanamente dominados.

Monsieur Puybaraud iba cada quince días a recibir de mi madrastra los subsidios de que vivía el matrimonio. Los demás días vagabundeaba por la ciudad en busca de una colocación inhallable. Octavie, encinta, pero con el peligro de abortar, debía permanecer en cama hasta el parto y no podía hacer absolutamente nada. Yo había oído decir que una hermanita asuncionista les arreglaba la casa por la mañana. Esto era todo lo que yo sabía de aquella desgraciada pareja. Por otra parte, tampoco me preocupaba por ellos.

Sin embargo, me había dado cuenta de que las entrevistas bimensuales de monsieur Puybaraud y de mi madrastra, si bien terminaban todas con la entrega de un sobre, representaban, como consecuencia, una larga discusión a media voz, no sin algunas sordas violencias. Por parte de monsieur Puybaraud, la actitud era apremiante, de súplica, a lo que mi madrastra oponía un acento, que yo conocía muy bien, de obstinada negación. Y, de pronto, hablaba sola, con el tono de alguien que dicta la ley a un ser inferior y dominado, reducido al silencio.

—Sabe usted muy bien que será así porque tal es mi voluntad, y deberá usted terminar por obrar por su cuenta y riesgo —exclamó un día con voz lo suficientemente alta para que yo pudiera oírlo todo—. Y cuando digo mi voluntad, me expreso mal, porque nosotros no debemos hacer lo que queramos, sino lo que Dios quiera. No espere que continúe siendo su cómplice durante mucho tiempo.

Entonces, mi antiguo maestro, a pesar de todo lo que debía a mi madrastra y de depender totalmente de ella, le reprochó seguir los dictados de la ley antes que los de la humanidad, y llegó a descomedirse de tal modo como para decirle que en lo que concernía a sus escrúpulos echaba siempre el resto contra el prójimo y que la delicadeza y el rigor de su conciencia los manifestaba siempre contra alguien que no era. Añadió que no la dejaría en paz hasta haber conseguido lo que pedía. Yo, a través de la puerta, no había podido averiguar de qué se trataba. Mi madrastra, fuera de sí, le dijo que puesto que su actitud era esa, sería ella la que se iría. Segundos después, completamente pálido, monsieur Puybaraud entraba en mi habitación. Llevaba en la mano el sobre que ella le había lanzado al rostro. Sus pantalones tenían rodilleras. No llevaba puños y su corbata negra, como el cuello almidonado, eran los restos de sus desechos del colegio.

—¿Has oído? —me preguntaba—. Te hago juez a ti, Louis...

No creo que muchos niños hayan sido, como yo lo fui a menudo, elegidos como árbitros por las personas mayores. Esta confianza que yo inspiré ya a mi maestro la noche en que me hizo entrega de una carta para Octavie Tronche, le impulsaba todavía a recurrir a mis buenos oficios, confianza razonada y que en él procedía de la devoción que había tenido siempre a la infancia. Según él —y había tenido el error de expresar estas opiniones ante mí—, los muchachos entre siete y doce años poseían el privilegio de una singular lucidez de espíritu y, a veces, de un genio increíble que se disipaba al acercarse a la pubertad. A pesar de mis quince años, yo había conservado a sus ojos todo mi prestigio de niño. ¡Pobre Puybaraud! El matrimonio no le había embellecido. Estaba casi calvo. Algunos mechones rubios apenas si bastaban a cubrir su cráneo. Las mejillas habían enrojecido en los pómulos de aquella cara exangüe, y tosía.

Como durante aquellos tiempos en que, en Larjuzon, me explicaba los textos latinos, acerqué una silla a la mía.

—Tú me comprenderás...

Sólo me tuteaba durante las efusiones de su confianza y cuando se dirigía al niño de genio infalible. Me explicaba que el médico no creía que Octavie pudiera llegar al término normal de su embarazo, sin gozar de un absoluto reposo de cuerpo y alma. Había, pues, creído prudente evitar la más lancinante de las inquietudes que atormentaban a su mujer, engañándola sobre el origen de la pequeña suma que él le entregaba cada quince días. Ella ignoraba que este dinero procediera de mi madrastra y creía que su marido se ganaba la vida y había obtenido, por fin, los emolumentos del Arzobispado.

—Sí, he inventado esta mentira y la sostengo a diario a costa de qué sufrimientos y qué vergüenzas. Pero ¿debemos considerar mentiras los fingimientos a que nos vemos obligados por causa de un enfermo? He aquí lo que yo no sabría admitir, a pesar de todas las razones de madame Pian...

Me miraba fijamente como si esperara la contestación de un oráculo. Yo me encogía de hombros.

—Deje usted que diga, monsieur Puybaraud. Desde el momento en que está usted de acuerdo con su conciencia...

—No es tan sencillo, Louis... Primero, porque a Octavie le extraña que madame Pian no haya ido a verla desde que está en cama... Hasta hoy, tu madrastra se ha negado a visitarla «mientras yo no haya reparado la ofensa hecha a la verdad», como ella ha tenido el desparpajo de decirme. Esto me ha obligado a inventar para Octavie una serie de explicaciones que no puedes ni

imaginarte; porque la mentira engendra la mentira, debo, a este aspecto, rendir mis armas ante madame Pian. Éste es un laberinto sin salida. En fin, mejor o peor, he salvado las apariencias... Pero, ahora, madame Pian me ha amenazado; me ha dicho que, honradamente, no se cree en el deber de continuar siendo mi cómplice por más tiempo: exige que le diga a Octavie el origen de mis ingresos... ¿Te imaginas esto?

Lo imaginaba muy bien y le dije a monsieur Puybaraud que lo que me extrañaba era que mi madrastra hubiera dejado pasar tanto tiempo sin descubrirselo a Octavie. No se lo dije, pero le di a entender que admiraba ese rigor. Ya entonces había empezado a leer a Pascal en la edición de Brunschwicg. El tipo de Brigitte Pian se elevaba y embellecía a mis ojos por comparación con la madre Inés y la madre Angélica y todas las orgullosas de Port-Royal. Vuelvo a ver ahora a ese niño impecable que yo había sido entonces, sentado ante un fuego de leños, apoyado en una mesa cargada de diccionarios y cuadernos, y frente a mí, a aquel hombre extenuado que acercaba a los tizones sus pequeñas manos blancas y sucias, y cuyos agujereados zapatos humeaban el vapor de su humedad. Lo que su mirada tierna y de hombre derrotado veía en las llamas era la imagen de una mujer yacente con su precioso fardo, a quien veía entonces amenazada. Había en todo una realidad que Brigitte no quería tener en cuenta y de la que él no podía dejar de hablarme.

Mi madrastra le repetía:

—Se lo he advertido ya, y por tanto, no es a mí a quien debe hacer responsable.

Era cierto que todo ocurría tal como ella lo había previsto y que los acontecimientos le daban sobradamente la razón para que no experimentara una confianza fortalecida por las inspiraciones y luces que le llegaban de Dios.

—Me ha amenazado, advirtiéndome que mañana irá a ver a Octavie a última hora —añadió monsieur Puybaraud con voz sombría—. Nos llevará algo de comida, pero exige que de aquí a entonces haya preparado a Octavie para que conozca mi verdadera situación. ¿Qué voy a hacer? Quisiera evitar a mi pobre mujer el espectáculo de mi vergüenza. Tú sabes que yo no tengo sangre fría. No podría contener las lágrimas...

Le pregunté por qué no buscaba algunos alumnos. ¿No podría dar clases de ampliación de estudios? Movi6 la cabeza. Carecía de diplomas y su matrimonio le había cerrado la mayor parte de las puertas de las casas donde hubiese podido tener alguna suerte en este aspecto.

—¡Qué lástima que yo no tenga necesidad de un profesor particular! —dije con satisfacción—. Pero soy siempre el primero de clase...

—¡Oh, tú! —me dijo con tierna admiración—. Tú ya sabes tanto como yo. Prepara oposiciones, colecciona pergaminos. Tú no los necesitarás, pero nunca puede decirse... Si hubiese sido licenciado solamente...

Hijo de una modesta familia a quien sus futuros colegas habían educado por caridad, puesto que se daban cuenta de su valor, el joven Léonce Puybaraud aprendía todo cuanto quería, y hubiese podido ir muy lejos si desde los dieciocho años no se hubiera recurrido a él para las suplencias, porque el colegio carecía de profesores. Con todo y dar clases, había debido formarse autodidácticamente, llegando a conocer la literatura sólo por antologías y a través de manuales. Como desquite, había comprendido mucho mejor que muchos universitarios a los grandes maestros de Grecia y Roma. Y, ahora, toda su ciencia no le bastaba para ganarse los trescientos francos mensuales que le eran necesarios.

Deseaba que se fuera y hojeaba mi diccionario para que comprendiera que no tenía tiempo que perder. Pero él se demoraba, entregándose a esa atmósfera tibia y dulce junto a un niño a quien acariciaba, preguntándole la forma de advertir a Octavie sin que le produjera una impresión demasiado grande...

—¿Por qué se lo dice usted mismo? —le sugerí—. Podría usted encargar a alguien... Por ejemplo, a la hermanita asuncionista, que va todos los días...

—¡Muy buena idea, Louis! —exclamó, golpeando sus delgadas piernas—. No hay nadie que vea tan claro como tú en una situación difícil. Esa hermanita es una santa que quiere mucho a Octavie y a quien también admira mi mujer. Es hasta un curioso espectáculo ver a esas dos criaturas juzgándose inferiores la una a la otra. Quisiera que madame Pian las viera como las veo yo... Sabría entonces lo que es la verdadera humildad...

Monsieur Puybaraud se interrumpió al verme fruncir los labios, porque se dio cuenta de que yo dependía de Brigitte Pian mucho más de lo que él mismo había dependido.

Al día siguiente, a media tarde, Brigitte Pian descendió de un landó ante la casa de la calle Mirail donde el matrimonio Puybaraud ocupaba un piso amueblado que ella misma había elegido y cuyo alquiler pagaba. Llevaba en las manos numerosos paquetes, hasta el punto de que no pudo recogerse las faldas al subir aquellas horribles escaleras. El agua sucia procedente de los

pisos se deslizaba en un franco reguero. Brigitte Pian conocía aquel hedor; su nariz de dama caritativa se había familiarizado con él. La miseria de las ciudades tiene en todas partes el mismo olor de guisados y letrinas. Todavía no quiero ceder a la tentación de volver contra Brigitte Pian los actos mejores de su vida. Cualesquiera que sean las profundas razones que opusiera, se mostró siempre muy caritativa e incluso, en ciertas ocasiones, no regateó su ayuda personal junto a enfermos graves. Por otra parte, tenía como principio que era mucho mejor proteger a un pequeño número de desventurados que repartir entre muchos limosnas insuficientes; y yo recuerdo, cuando salíamos de compras, que ella iba a comprar hilo, lana o comestibles en tiendas alejadas del centro de la ciudad, propiedad de protegidos a quienes se desvivía en apartar de su inveterada costumbre y a quienes enviaba sus amistades. Por otra parte, no escatimaba a esos comerciantes ni las chillerías, ni las observaciones, ni los reproches, y se escandalizaba de la ingratitud de la gente que se obstina en no triunfar, a pesar de la ayuda pecuniaria que se le facilita.

No procedió de mejor manera con los Puybaraud y, con todo y alimentarlos, dejaba que se debatiesen en la miseria. ¿Lo hacía deliberadamente? ¿Quién puede asegurarlo! Tal vez ni siquiera ella lo supiese. Me inclino a creer que le parecía bien que fuesen tan evidentemente castigados por haberse desviado de su camino. Constituía un triunfo constante tener a los Puybaraud bajo su total dependencia. En cuanto a sus sentimientos con respecto a Octavie, hubiese sido ella la primera que se hubiera estremecido de haberlos conocido.

El primer objeto que llamó la atención de Brigitte en la habitación de la enferma fue un piano cruzado, perpendicular al lecho, contra la cabecera del cual parecía apoyarse, y que obstaculizaba la habitación hasta el punto de que era difícil moverse entre el armario, la mesa y la cómoda llena de frascos, tazas y platos sucios. Monsieur Puybaraud hacía lo imaginable todos los días para acabar con el orden que dejaba tras de sí la hermanita. Durante el mutuo cambio de cortesías y preguntas y respuestas con respecto a Octavie, los Puybaraud se dieron cuenta, ¡y con qué angustia!, de que ya aquel piano había «llamado la atención» de madame Pian y que ella iba a comenzar su investigación. La casa que se lo había alquilado había prometido retirarlo. Pero había faltado a su palabra. Aquella misma mañana, monsieur Puybaraud había insistido inútilmente. ¿Cómo explicar a Brigitte Pian que hubieran podido privarse de aquel capricho absurdo, puesto que ninguno de los dos sabía tocar el piano, a pesar de que experimentaban el mismo placer tratando de hallar, con un dedo, sobre el teclado, las tonadas de las canciones? Aun

cuando no se hubiesen encontrado en plena miseria, aquel alquiler hubiese sido difícil de justificar; pero cuando se está reducido a vivir de la caridad ajena...

Octavie se apresuró a abordar un tema capaz de desviar la atención de madame Pian. Desde el fondo de su corazón, le agradeció no haber permitido a Léonce que la engañara más tiempo con respecto al origen del dinero que recibía cada quince días. Él lo había hecho con buena intención y por lástima de ella. Pero desde hacía tiempo, había empezado a dudar y había creído, al principio, en una estratagema de madame Pian, que, como todos sabían, procuraba esconderse para hacer el bien, lo mismo que otros para hacer el mal. Tampoco Octavie carecía de este defecto, tan extendido en los medios en que había sido educada, y donde las lisonjas nada cuestan cuando se dirigen a las personas influyentes y ricas de quienes se depende. Añadió que comprendía el escrúpulo de madame Pian y que lo compartía. Ésta, que escuchaba distraídamente, con la vista vuelta hacia el piano, le interrumpió para asegurar que había lamentado verse obligada a entristecer a monsieur Puybaraud, que quizás ella hubiese tenido la debilidad de ceder de haberse tratado de una persona como las demás, como tantas hay y que nada entienden de las cosas de Dios. Pero había considerado que una cristiana como Octavie no debía ignorar ninguna de las consecuencias de sus actos, ni las pruebas a las que la Providencia la quería someter. «Desde el momento que era designio suyo hacer que vivieran gracias a la caridad de una amiga, y permitir que monsieur Puybaraud no encontrara ninguna colocación que le conviniera, no me he creído con el derecho de hacerle perder los beneficios de esta lección».

Monsieur Puybaraud, después de haber apuntado en su Diario estas palabras que califica de atroces, añade: *«No juraría que las hubiese pronunciado con una ironía consciente, sino con verdadera satisfacción por poder basar en un pretexto, inatacable desde el punto de vista religioso, su profundo placer de haber tenido razón contra nosotros hasta tal punto que, entre la más negra miseria y nuestro matrimonio, hubiera ese pequeño sobre que iba necesariamente a buscar a su casa dos veces al mes».*

—Es curioso —dijo Brigitte Pian—, este piano no figura en el inventario que me enviaron cuando alquilé este piso para ustedes.

—No —respondió Octavie con voz temblorosa—. Ha sido una horrible locura de la que soy la única responsable.

Y la miró con aquella tierna sonrisa que desarmaba y a la que pocas personas podían resistir; pero el entrecejo de la bienhechora continuaba fruncido.

—Perdón, querida —interrumpió monsieur Puybaraud—. Fui yo quien te lo propuse y pensé antes en mi satisfacción que en la tuya.

¡Qué error haber llamado «querida» a su mujer delante de Brigitte Pian! Había detestado siempre el impudor de las parejas que, con el pretexto de su legitimidad, materializaban en una palabra o en un ademán su innoble intimidad. Pero entre aquellos dos seres, era ya demasiado.

—¿Debo entender —preguntó con voz demasiado dulce— que han alquilado ustedes el piano?

Los acusados inclinaron la cabeza.

—¿Algunos de ustedes es, pues, capaz de dar lecciones?

Yo creía que ignoraban el solfeo hasta el punto de no saber las notas.

Octavie dijo que ambos habían creído poder permitirse esa distracción.

—¿Qué distracción? ¿La de tocar con un dedo como le he visto hacer en la escuela libre, corriendo el riesgo de ponerse en ridículo ante los ojos de los alumnos?

Y Brigitte Pian, que no reía más que en muy raras circunstancias, emitió una especie de cloqueo.

Octavie bajó la cabeza. Sus cabellos rubios y deslucidos, peinados en dos trenzas, caían sobre cada uno de sus hombros, y su pecho se agitaba violentamente bajo el camisón de basta tela.

—Es cierto que hemos cometido una insensatez, madame Pian —dijo monsieur Puybaraud—. Pero, por favor, que Octavie no se impresione —murmuró en voz baja—. Si usted quiere, le hablaré de ello en mi próxima visita. Le explicaré...

—Sí —contestó ella—. Perdonen. Hablaremos tranquilamente en otro lugar: me dirá usted con qué dinero ha alquilado este piano.

—Con el suyo, qué duda cabe... Comprendo que cuando se vive de caridad es imperdonable gastar veinte francos al mes para tener un piano cuando no se sabe tocar. Pero, si me lo permite, dejemos la explicación para otro momento.

—¿Qué explicación? Todo está explicado. Todo es clarísimo —replicó Brigitte, siempre a media voz; pero Octavie no perdía una sola de sus palabras—. Creo que no hay nada más que decir. Ninguno de ustedes parece darse cuenta de que han ido demasiado lejos. Tengan en cuenta que no hago de ello una cuestión de dinero. No se trata de dinero...

Monsieur Puybaraud la interrumpió recordándole que ella misma había dicho que no había más que decir, y abrazó a Octavie, a quien ahogaban los sollozos. Pero Brigitte Pian, molesta por las lágrimas de Octavie, se hallaba poseída por esa cólera que apenas podía dominar y en la que ella reconocía humildemente el signo de esa naturaleza de fuego que el cielo le había otorgado. A pesar de que se esforzara en no levantar la voz, sus violentas y mal contenidas palabras silbaron entre sus apretados dientes.

—Esto me servirá de lección. Incluso la virtud tiene un límite. En adelante, deberé ponerme en guardia contra cualquier clase de debilidad, y por caritativa que yo haya sido con ustedes, no pretenderán llevar esta bondad hasta la tontería...

—Le suplico que se calle o que se vaya. ¿No ve usted el estado en que se pone Octavie?

Y monsieur Puybaraud llegó a cogerla del brazo y empujarla hasta la salida.

—Bien, amigo mío, ¿se atreve a tocarme?

Por este solo atentado, Brigitte Pian se consideró, de pronto, transportada a la cumbre de su acostumbrada perfección.

—No, Léonce —gimió Octavie—, es nuestra bienhechora. Eres tú quien me hace daño tratándola como no merece.

Pero monsieur Puybaraud, poseído por la rabia de los débiles, y como Brigitte estuviera ya en el rellano, gritó un poco demasiado fuerte:

—Estamos en nuestra casa, querida.

La alta silueta de mi madrastra se destacó en el zaguán.

—¿De veras es su casa?

El triunfo había llegado a ella tan fácilmente que se consideraba poseída por una paz que creía celestial. En verdad, nada hubiera podido añadir a estas palabras que hacían enmudecer a su miserable adversario. Pero no pudo contener este último rasgo:

—¿Quieren que les envíe todos los recibos del alquiler? Creo que no figura en ellos el nombre de ustedes.

Monsieur Puybaraud cerró la puerta, se acercó al lecho en el que Octavie lloraba con la cara entre las manos, y la abrazó, estrechándola contra su pecho.

—Has cometido una equivocación, Léonce. Se lo debemos todo y, realmente, este piano...

—Cálmate, querida. Harás daño al niño.

Llamaba niño a lo que aún no había nacido, a la adorada criatura que quizá no naciera jamás. Y como monsieur Puybaraud repitiera a media voz, apretando contra sí la cabeza de su mujer: «¡Horrible mujer!».

Octavie protestó:

—No, Léonce, no está bien. Su carácter tiene defectos. El carácter es el escollo de todos. Es fácil no cometer esos crímenes cuyas ocasiones Dios aleja de nosotros; pero vencer la naturaleza día a día es algo a lo que no se llega si no se posee una gracia particular. A Brigitte Pian le ha faltado sólo la regla de un convento.

—Si hubiera estado en uno, ella lo hubiese dirigido y hecho temblar a toda la comunidad, en la que hubiera elegido cuidadosamente a sus víctimas. Al contrario, hay que felicitarse de que nadie la haya dirigido en este sentido, haciéndola entregarse en cuerpo y alma al claustro. Allí es donde Brigitte Pian hubiese dado de sí todo lo imaginable. A nosotros dos nos queda, cuando menos, la libertad de morir de hambre sin volver a verla jamás.

—Concedo que ella hubiese ayudado a la santificación de sus hermanas —dijo Octavie todavía llorosa, pero con una pálida sonrisa—. Habrás visto que en la vida de las grandes religiosas, algunas veces, ha sido una superiora de la raza de Brigitte Pian quien las ha ayudado a conquistar el cielo por los caminos más ásperos y, al mismo tiempo, más cortos, porque no dejan que a nadie se le envejezcan los huesos... No —añadió—, no quería decir esto. Nuestra bienhechora... ¡Oh, qué terrible es esto!

Callaron un instante; monsieur Puybaraud, sentado sobre el lecho, tomó uno de los bizcochos que había llevado Brigitte, se lo comió a pequeños bocados y preguntó luego:

—¿Qué será de nosotros?

—Ve a verla mañana —dijo Octavie—. La conozco: le habrá remordido la conciencia esta noche y será la primera en excusarse. En todo caso, Louis arreglará las cosas.

Pero él no quería: no, nunca más se expondría a ser tratado de aquel modo.

—Es muy duro humillarse; es lo más duro que hay, sobre todo, para un hombre de tu valor. Pero es lo que se exige de ti.

—Lo más terrible es que ella imagina que Dios le ha dado la razón porque todo nos sucede como ella lo había previsto. ¿Crees tú, de veras, que estamos purgando un pecado?

—No —protestó ella ardientemente—. Estamos sometidos a una prueba. No nos hemos engañado. Tu vocación tenía que unirse a la mía. Madame Pian

no comprende que hemos sido llamados a sufrir juntos.

—Sí, incluso de este sufrimiento nace toda nuestra felicidad.

—¿De veras no te arrepientes de nada?

—Sufro por no poder ganar nuestra vida —suspiró él—, pero si nos fuera dado el niño... entonces, nada tendría importancia ante esta alegría.

Y ella le dijo al oído:

—No pienses demasiado en ello. No tengo muchas esperanzas.

—¡Cómo! ¿Qué te hace decir esto? ¿Acaso te ha dicho el médico algo que yo no sé?

La estrechaba a preguntas y ella sacudía la cabeza; no, el médico no le había dicho nada. Temía que quizá también se les exigiera eso.

—No —repetía monsieur Puybaraud, mientras ella le decía que era necesario resignarse de antemano y con todo el corazón, como Abraham lo había hecho, y que quizás entonces Isaac les sería dado.

Monsieur Puybaraud continuaba diciendo «no», pero con menos energía. Después, se arrodilló y, con la frente apoyada en las sábanas, respondió con voz ahogada a las plegarias de la noche que Octavie había comenzado a rezar.

Después de la última invocación, ella se calló y cerró los ojos. Entonces, monsieur Puybaraud encendió una vela, se acercó al piano cuyas teclas brillaban y con un dedo vacilante buscó en ellas la tonada que más le gustaba de todas del cántico cantado por los niños el día de su primera comunión y cuyas palabras repetía a media voz:

*El Cielo ha visitado a la Tierra,
mi Amado reposa en mí...*

Capítulo doce

Brigitte Pian no había llegado aún a la calle, cuando se revolvió rabiosamente contra sí misma. ¿Cómo había podido llegar a perder su dominio de aquella manera, y qué dirían los Puybaraud? Ellos no podían ver como ella su perfección interior: no medían ni su altura, ni su anchura, ni su profundidad. La juzgarían teniendo en cuenta esa actitud determinada por la bilis y de la cual se sentía avergonzada. «¿De qué modo está hecha la naturaleza —pensaba subiendo por la calle Mirail en dirección al paseo Víctor Hugo—, para que después de toda una vida empleada en la conquista de uno mismo, y cuando se está en el derecho a creerse exento de las debilidades que horrorizan a los demás, basta el espectáculo de un piano para sacarlo a uno de quicio?».

Que algunas veces saltara un punto de este tejido de perfección en el que Brigitte Pian trabajaba vigilando cada segundo, era natural, y se consolaba cuando ocurría sin testigos. Pero los Puybaraud, Octavie sobre todo, eran los últimos ante quienes ella hubiese descubierto de grado una debilidad suya.

«Me considerarán una principiante», se decía Brigitte Pian, que progresaba en la vida espiritual como lo hubiese hecho en el estudio de una lengua extranjera.

Se encolerizaba al pensar que los Puybaraud no tuvieran la menor idea de su elevación en los últimos meses, y que, bajo un rapto de mal humor, la clasificaran entre los devotos más vulgares. No correspondía a su humildad el conocimiento del escalón sobre el que Brigitte Pian se había levantado. Pero con gusto hubiese subido de nuevo las escaleras de los Puybaraud para recordarles que los grandes santos habían cedido algunas veces a la cólera. ¿Era ella una santa? Plenamente consciente, se esforzaba en ello y cada paso que daba hacia delante defendía contra todo evento el terreno conquistado. No había encontrado a nadie que le dijera que un hombre, a medida que asciende en su camino hacia la santidad, descubre un poco más su miseria y su nada y sólo tiene en cuenta a Dios, no por devoción, sino porque se inclina a una evidencia en esos buenos movimientos que la Gracia le inspira. Brigitte Pian

seguía el camino inverso, reforzando de día en día las razones que tenía de dar gracias a Dios, por haberla hecho una criatura tan admirable. En otro tiempo, le había turbado la sequedad que había caracterizado siempre sus relaciones con Dios. Pero, luego, había leído que, frecuentemente, Dios ayuda a los principiantes a dar los primeros pasos fuera del cenegal, inundándolos de gracias sensibles, y que la insensibilidad que la afligía era la señal de que había sobrepasado hacía tiempo las bajas regiones de un fervor sospechoso. Así, aquella alma helada se glorificaba de su frialdad, sin reflexionar más que en muy breves momentos; aun en sus principios de la búsqueda de la vida perfecta, nada había sentido que se pareciera al amor y que no se acercara a su Maestro más que para tomarlo por testigo de su rápido adelanto y de sus singulares méritos.

Sin embargo, mientras iba por las aceras de la calle Mirail y el paseo de la Intendance, mientras atravesaba bajo la niebla los barrios de las calles Duffour-Dubergier, y Vital-Carles, Brigitte Pian experimentó un malestar más profundo que el de haberse humillado a los ojos de los Puybaraud. Sentía esa sorda inquietud —que dormitaba algunas veces, pero que jamás desaparecía por completo—, de no tener del todo claras sus cuentas y de ser juzgada también ella con ese infinito rigor que, a sus propios ojos, caracterizaba al Ser increado. En lo más hondo de sí misma, en algunas ocasiones, y sobre todo cuando dejaba a Octavie Tronche, algunos resplandores desgarraban las tinieblas por encima de su alma y, entonces, de pronto, conseguía verse a sí misma. Con cegadora evidencia —y esto no duraba más que un instante—, descubría que existía otra vida distinta de la suya y otro Dios distinto de su Dios. Esta satisfacción de ser Brigitte Pian, satisfacción de la que desbordaba, desaparecía de improviso, y tiritaba, miserable y desnuda, en una playa árida y bajo un cielo de acero. Desde muy lejos, llegaba a ella el canto de los ángeles al que se mezclaba la voz execrable de los Puybaraud. No era más que un resplandor, y se ingeniaba, gracias a algunas jaculatorias cuya eficacia conocía, en hallar el equilibrio de su espíritu. En cuanto se hizo de día, se detuvo ante un altar de la catedral; estaba ésta silenciosa y adoraba ese silencio como la misma aprobación del Maestro desconocido. Pero ante el Santo Sacramento expuesto, cerca de la Virgen colocada tras el coro y a la que el artista había dado los rasgos de la emperatriz Eugenia, permaneció bajo la amenaza interior de una desaprobación.

«Es una prueba —pensaba—, y la acepto».

Y en su espíritu esto significaba: «Daos cuenta, Señor, de que la acepto y no omitáis nada de esta aceptación en la columna de mis beneficios». Como

no se sentía tranquila, se llegó al confesonario y se acusó de haber sido violenta, aunque no injusta —porque su cólera había sido justificada—; pero no había podido contener su legítima indignación en los límites de una verdadera caridad.

Si al día siguiente, después del desayuno, monsieur Puybaraud hubiese encontrado a Brigitte en su casa, hubiera hablado con una persona desarmada y dispuesta a administrarle el ejemplo de la humildad de su corazón, porque en humildad no temía a nadie. Pero cuando mi maestro, pálido de emoción, preguntó a la criada si la señora estaba en casa, le dijeron que un telegrama la había obligado a marchar precipitadamente a Larjuzon y que los niños la habían acompañado. Monsieur Octave Pian había tenido un ataque y el texto del telegrama había sido tan alarmante para la señora que había hecho preparar las maletas, llevándose, para lo que pudiera ocurrir, «lo que se parecía al luto».

La muerte de mi padre no tuvo nada de sospechoso. Saintis —que había recuperado la plaza dejada por los Vignotte— le había hallado de madrugada con la nariz sobre la alfombra que había a los pies del lecho, y ya frío. Como muchos burgueses de aquellos lugares, mi padre comía y bebía demasiado; pero desde que vivía solo bebía mucho, y la víspera de su muerte debió de haberlo hecho más que nunca porque la botella de armagnac, destapada aquella misma noche, estaba vacía en el despacho donde él tenía la costumbre de fumar su pipa ante el fuego, esperando la medianoche.

Sé hoy que los escrúpulos de Brigitte Pian cristalizaron en torno a ese papel del que ya he hablado y que, con razón o sin ella, consideraba abrumador para la memoria de mi madre. Durante mucho tiempo, creí que, al abandonar Larjuzon, se había dejado expresamente ese documento en un cajón, y que ella estaba segura de que su marido acabaría al fin por descubrirlo. Sin duda, fue aventurar demasiado. Hoy, puedo dar todo su exacto sentido a las frases que mi madrastra repetía incansablemente en su habitación durante las noches que precedieron al entierro de mi padre y que, con los ojos abiertos en las sombras de la noche, escuchaba con terror, persuadido de que Brigitte Pian se había vuelto loca. Por debajo de la puerta, que las ratas habían roído, veía la luz que, a intervalos regulares, ocultaba su sombra errante. Aun cuando llevara zapatillas, el viejo suelo crujía.

—Veamos, reflexionemos —decía en voz alta.

Todavía me parece oír ese «veamos, reflexionemos», dicho por alguien que, a toda costa, quiere ordenar sus pensamientos. Ella hubiese podido mostrarle aquel papel y no lo había hecho. Siempre había evitado inquietarle, cuando le hubiese gustado destruir el culto que tenía a la memoria de Marthe. Ella siempre se había defendido. Era cuestión de suerte que él abriera aquel cajón. Lo único que hubiera podido echársele en cara era que no hubiera quemado aquel papel; pero no que lo hubiera hecho con la idea preconcebida de que él lo descubriera.

—Lo dejo todo en manos de Dios. Sí, me someto al juicio de Dios... De Dios depende que Octave abra o no el cajón. Incluso entonces, depende también de Dios que el pobre hombre comprenda el sentido del documento y que le dé la importancia que tiene. Nada prueba, por otra parte, que él no haya acusado el golpe. Evidentemente, el documento no se encuentra en el cajón, y el brasero del vestíbulo está lleno de cenizas de los papeles que habían sido quemados. Pero ha hecho desaparecer todo lo que conservaba de su primera mujer, y el documento con ello... No era dueño de sí. Bebía. Se había entregado a la bebida...

Sin duda, no son éstas sus propias palabras: las he reconstruido según mis recuerdos teniendo en cuenta lo que supe más tarde y que entonces ignoraba. Me he esforzado en hallar la pista de sus escrúpulos, pero no estoy seguro de que sus palabras «veamos, reflexionemos» de aquella noche no constituyeran el supremo agarradero de sus ideas en derrota.

Entretanto, Michèle fingía ignorar a Brigitte, pobre Michèle poseída también por los remordimientos, unos remordimientos que yo compartía con ella, que ambos habíamos sentido durante mucho tiempo, pero de los cuales no hallo ninguna huella en la noche de mi vida. La profunda tristeza de Michèle, que adoraba a su padre, no era obstáculo para que su preocupación dominante en Larjuzon, la víspera de las exequias, fuese saber si podría ver a Jean; y después de la ceremonia, su dolor filial pareció dominado y como eclipsado por su desengaño de no haber visto a Mirbel entre los asistentes.

Como si temiera que el tupido velo que le cubría el rostro le impidiese reconocerlo, me había encargado que le advirtiera en cuanto Jean de Mirbel se dejara ver. Había aceptado su deseo de tal modo que mis sentimientos personales estaban muy lejos de la ávida curiosidad con que examinaba a la multitud de burgueses y campesinos que habían acudido al ofertorio. Entre todas aquellas caras animales, aquellas narices de hurón, aquellos hocicos de zorro y de conejo, aquellas frentes de rumiantes, aquellos ojos femeninos, horriblemente vacíos, apagados o, al contrario, vivos, brillantes y estúpidos

como los de los pájaros, buscaba aquella otra cara, aquella frente inteligente bajo los cabellos ensortijados y cortos, aquellos ojos y aquella boca burlona; pero fue en vano. Sin duda, Jean había temido hallarse ante mi madrastra, pero como no era costumbre que la viuda fuera al cementerio, confié en que allí se reuniría con nosotros.

Era una de aquellas mañanas de un día que había amanecido radiante, pero cuya niebla se impuso a los débiles rayos del sol. Hasta el último minuto, al borde de la fosa, y mientras los vivos que parecían muertos bajo aquella bruma y que se pasaban la pala de mano en mano y parsimoniosas paletadas de tierra caían sobre el ataúd de Octave Pian, que acaso no fuera mi padre, esperé que Jean surgiera de pronto, en medio de las sombras. Algunas veces, Michèle creyó que era él y me apretó el brazo. Durante años, ante este recuerdo, hemos rumiado juntos nuestra vergüenza. Sin embargo, el dolor que experimentamos demostró qué ternura habíamos sentido por nuestro padre. Hoy, no me indigna ya aquella ley a la que mi hermana había obedecido en el pequeño cementerio de Larjuzon. Ella era de esos seres tan equilibrados y puros que su instinto casi siempre se confunde con su deber, y a quienes la naturaleza los lleva a cumplir lo que Dios espera de ellos.

Por la tarde, mi madrastra se retiró a su habitación, donde permaneció hasta la noche paseándose. Contra nuestra costumbre, ninguno de nosotros asistió a la cena fúnebre, el ruido de cuyos preparativos llegó hasta el primer piso en que Michèle y yo nos habíamos refugiado. En ausencia de todo pariente próximo, fue nuestro tutor, el notario Malbec, quien la presidió. Congestionado, casi contento, se reunió con nosotros después del café. Sabíamos que le aguardaban unos clientes y que no soportaríamos demasiado tiempo su presencia. Si esto fuera una novela, yo diría aquí que era divertido bosquejar un tipo como Malbec, uno de esos tipos que, como dice la gente, parece «sacado de una novela de Balzac...». Pero, en nuestras vidas, ha representado otro papel distinto del de descargarnos de todo lo que nos hubiese impedido estar atentos a las emociones de nuestros espíritus y nuestros corazones. Me aburría mucho. Cuando era necesario soportar en su despacho la lectura de los documentos que yo firmaba con mis iniciales, me contaba historias a mí mismo. Durante toda mi juventud, había creído (o era como si lo creyese) que esta especie de hombres calvos, con lentes y patillas, estos procuradores de media edad que parecen tener el rostro desfigurado,

carecían de corazón para apasionarse por algo, y todo lo humano era extraño para ellos.

Después de la partida de monsieur Malbec, y cuando se hubieron alejado los últimos coches, no resistimos a esta obsesión que nos parecía sacrílega, preguntándonos a propósito de Mirbel en aquella habitación donde fumábamos y cuyo tabique nos separaba de la alcoba de donde hacía poco se habían llevado el cadáver de nuestro padre. Supimos desde aquel día que nada había de impedirnos que arrinconáramos para siempre a Jean de Mirbel en Baluzac. El cementerio, adonde habíamos de volver al día siguiente, estaba situado fuera del pueblo y, precisamente, en el camino de Baluzac. No costaba nada ir a pie hasta el presbiterio. Brigitte Pian se hallaba en un estado que le impedía ejercer cualquier clase de vigilancia sobre nosotros. Y la muerte de su padre había desligado a Michèle de su promesa.

Aquel día, la niebla fue más densa aún que la víspera. No había ninguna posibilidad de que nos encontraran al pasar por el bosque. Sobre la tumba cubierta de flores ya podridas, Michèle se creyó en el deber de recitar dos veces seguidas el *De Profundis*, que me pareció interminable. Después, con la sensación de haber abandonado al pobre muerto, nos fuimos tan rápidamente que, a pesar de la niebla, el sudor perlábase en mi frente. Michèle iba ante mí, tocada con un sombrero blanco (no tenía otro de luto distinto del que había llevado durante el entierro). Una chaqueta dibujaba su talle, que entonces era un poco tosco. Sus hombros eran demasiado altos. Éstos son defectos que ha conservado mi memoria. Pero de esta muchacha maltratada por la fatalidad trascendía una gran fuerza y una desbordante potencia vital.

Las pocas casas que integraban el pueblo de Baluzac nos parecieron condenadas a muerte. Ni siquiera formaban una calle y no había nada que se pareciera a una plaza. El presbiterio estaba separado de la iglesia por el camposanto. Al otro lado, se encontraba la escuela nueva; frente a una hostería y tienda de ultramarinos, la herrería y la farmacia Voyod, que aquel día estaba cerrada. Los dos tercios de feligreses del abate Calou vivían aislados en sus alquerías, a varios kilómetros del pueblo. A medida que nos acercábamos, la turbación de Michèle se confundía más con la mía. No éramos más que un corazón, un mismo aliento. Yo me había remangado los bajos de mis pantalones negros sobre mis fúnebres botines abotonados.

El huerto parecía abandonado.

—Espera, no llames hasta que haya recobrado el aliento —dijo Michèle.

No hizo el gesto que hubiera hecho hoy: carecía de polvos y carmín, y aun de monedero, excepto de un bolsillo bajo la falda. Levanté el picaporte. El

golpe resonó como en un sepulcro vacío. Transcurrió medio minuto, después, oímos el rumor de una silla y el de unos zapatos arrastrándose por el suelo. El fantasma que nos abrió era el abate Calou. Había adelgazado mucho desde nuestro encuentro en el famoso paseo de la Intendance.

—¡Ah, queridos niños! Iba a escribiros. Hubiese debido ir..., pero no me atrevía... Por madame Pian, ¿comprendéis?

Nos precedió hasta el salón y abrió los postigos. Una especie de manto helado cayó sobre nuestros hombros. Como nos preguntara con voz vacilante si temíamos resfriarnos, le dije que, en efecto, habíamos tenido mucho calor y que quizá fuera mejor subir. Él pareció contrariado, se excusó del desorden que encontraríamos y, después, encogiéndose ligeramente de hombros, nos indicó que le siguiéramos al primer piso. Sentía a Michèle atenta a la aparición deseada. Jean iba a inclinarse por encima del pasamano. Tal vez se hallaba detrás de aquella puerta que el abate Calou abría entonces, disculpándose todavía.

—Aún no está hecha la cama. María se hace ya vieja y yo, por la mañana, no me siento muy valiente.

¡Qué abandono! Los libros estaban esparcidos sobre las sábanas grises. Encima de la chimenea, entre los montones de papeles, había un plato con restos de comida. En las cenizas del hogar había una cafetera.

El abate Calou nos ofreció dos sillas y se sentó al borde del lecho.

—Quisiera poder expresaros cuánto he sentido la muerte de vuestro padre. Pero, por el momento, no puedo pensar en los demás. Estoy prisionero de mi tristeza. ¿Sabéis, quizá, dónde está? Sin duda, os habrá dicho algo. Yo no sé nada y temo no saber nunca nada, porque no será precisamente la familia quien me tenga al corriente de sus pesquisas. ¡Ya os lo podéis figurar! Perdonadme que os hable de esta manera... Desde que he perdido el humor, apenas si he cambiado diez palabras con la gente. O me vuelven la espalda o les causo risa...

—¿Qué desgracia? —le pregunté.

Michèle había comprendido.

—¿Qué le ha ocurrido? No le habrá pasado nada, ¿verdad?

El abate Calou retuvo la mano que Michèle había acercado a la suya. Dijo que él era el menos indicado para contestarle, el único que no podía esperar de nadie una noticia... Por fin, se dio cuenta de nuestro estupor.

—¿No sabíais que se ha marchado? ¿Nadie os lo ha dicho? Hace ya ocho días...

Ambos exclamaron:

—¿Ido? ¿Por qué?

El abate levantó un brazo y lo dejó caer.

—¿Por qué? Seguramente, el aburrimiento... Esta vida aquí con un cura, un viejo cura... Pero no se le hubiera ocurrido esta idea si alguien no se la hubiera imbuido... No, yo no puedo decíroslo: sois dos niños... ¡Ah, Michèle! Tú quizás hubieses podido..., tú sola...

Jamás había visto llorar a un hombre de aquella edad, a un sacerdote. No era el llanto de una persona mayor. Sus anegados ojos azules se parecían a aquellos que su madre debió de enjugar sesenta años antes cuando estaba muy triste. También era infantil la mueca de sus labios.

—Creo haber hecho todo lo posible... Hubiera debido ir a buscarte, Michèle, ir a tu encuentro y traerte a la fuerza. Pero no se me ocurrió nada. ¡Qué locura fue esa correspondencia entre nosotros! No pudiste resistir a la tentación de enviar una carta a Jean en el mismo sobre en que enviaste la mía. Hubiese debido preverlo. Por lo que a mí respecta, ¿sabéis que este asunto ha sido llevado al Arzobispado? Vuestra madrastra envió una nota firmada contra mí. ¡Qué excelente dama! Afortunadamente, el cardenal Lécot no es tan terrible como parece. Estoy seguro de que Su Eminencia se ha reído de mí. Ella me llamaba «mensajero del amor», y ha citado unos versos latinos. Pero lo hacía con el propósito de bromear, de quitarle importancia a la cosa. El cardenal es implacable, y sus bromas son terribles; pero posee ese corazón que acompaña casi siempre a una gran inteligencia. Me di cuenta de que es muy bueno...

Monsieur Calou escondió un momento su cara entre sus dos enormes manos. Michèle le preguntó que era lo que tenía que hacer. Él apartó las manos y la contempló un instante; una sonrisa iluminó su húmedo semblante.

—¡Oh, para ti, Michèle, es muy sencillo! Mientras tú vivas, vivirá él y nada se habrá perdido. ¿Sabes lo que representas para él? ¿Te das cuenta? Mientras que yo, ¿qué puedo hacer? Sí, lo sé: sufrir. Es posible sufrir por los demás. ¿Es esto lo que yo creo? —se preguntó a media voz como si hubiese olvidado nuestra presencia—. Sí, lo creo. ¡Qué terrible doctrina que las acciones no sirvan para nada, que el hombre sea incapaz de conseguir mérito alguno ni para sí ni para aquellos a quienes ama! Durante siglos los cristianos han creído que la pobre cruz en que se hallaban clavados a la izquierda o a la derecha del Señor, les ayudaba a su propia redención y a la de los seres amados... Y después, Calvino hizo desaparecer esta esperanza. Pero yo no la he perdido... ¡No! —repetía—, ¡no!

Michèle y yo nos miramos; creímos que disparataba y tuvimos miedo. Se había sacado del bolsillo un gran pañuelo a cuadros violeta, se secó los ojos e hizo un esfuerzo para evitar el temblor de su voz.

—Tú, Louis —me dijo—, podrías escribir a La Devize. Es lógico que le pidas a la condesa noticias de tu camarada. Naturalmente, habrá que interpretar su respuestas porque nadie miente como ella... Quizás esté ya de regreso... No habrán ido muy lejos —añadió.

—¿No estaba solo? —preguntó Michèle.

El abate no apartó la vista del fuego al que había añadido un recio tronco. Le dijo que no se podía viajar sin dinero y que Mirbel no recibía casi nada de su familia.

—Se quejaba mucho de esto —añadí—. Usted debe recordarlo, señor cura.

El abate continuaba buscando tizones en las cenizas como si no hubiera oído mis palabras. Estábamos de pie ante él, que, visiblemente, temía ser interrogado y aguardaba que nos fuéramos. Michèle no insistió. Dirigió una última mirada a aquella sucia y desordenada habitación, y descendió la escalera lentamente, deslizando la mano por aquel pasamano en el que Jean debió de deslizar la suya con tanta frecuencia. La humedad había enmohecido el papel de la pared; las baldosas del vestíbulo estaban mojadas.

—Entonces, en cuanto sepáis cualquier cosa, escribidme —dijo el cura—. Yo, por mi parte...

—No le pido el nombre de la persona con quien se ha marchado —dijo Michèle de pronto (supe, después, que había sabido por Saintis los rumores que corrían con respecto a Hortense Voyod y el pupilo del abate Colou)—. No es difícil de adivinar —añadió, riendo.

Recuerdo esa risa. El cura había abierto la puerta y la niebla entró en la casa, acompañada de humo. Monsieur Calou comenzó a hablar rápidamente sin mirarnos, sin soltar el pestillo de la puerta:

—¿Qué puede significar eso para ti? Nada, carece de importancia, Michèle, puesto que para él no hay nadie en el mundo fuera de ti. Tú eres su desesperación. ¿Qué puede significar para ti —repitió—, que otra se haya ido con él por el solo hecho de que estaba aquí...? Ten piedad de mí, no me preguntes nada... Además, ya habla de ello lodo el mundo. Ni siquiera tendrás que preguntar a la gente. No es un pobre sacerdote quien tiene que contarte estas cosas. Vosotros sois unos niños. Todo lo que me está permitido, Michèle, es repetirte que si alguien puede salvar a Jean, eres tú. Le suceda lo que le suceda, no lo abandones nunca. En realidad, no te ha traicionado... Por

otra parte, también me ha traicionado a mí. Me había apegado a él como al hijo de mi ancianidad, pero sin pedirle su consentimiento. Esta paternidad de la que me investí a mí mismo no le creaba ningún deber particular. No ha ofendido más que a Dios, a ese Dios que yo fui incapaz de hacer llegar a su corazón, y que él no conoció, después de todo el tiempo vivido a mi lado, hasta el momento en que los tres os peleasteis por primera vez en este jardín, ¿recuerdas?

Sí, me acordaba; por joven que fuera, el pasado era ya para mí ese abismo donde las más mediocres cosas de mi infancia se transformaban en delicias perdidas.

Tal vez aquella noche, después de haber cerrado la puerta tras de nosotros, perdidos ya en la niebla, fue cuando monsieur Calou escribió estas líneas que tengo ahora ante mis ojos:

«Para juzgar lo que valen nuestras relaciones con Dios no hay nada más revelador que la naturaleza de nuestras inclinaciones hacia la gente o hacia una persona determinada. Si es la fuente de toda nuestra alegría y de todo nuestro sufrimiento, si nuestra paz depende sólo de ella, todo está claro: estamos tan alejados de Dios como puede estarlo el ser que no ha cometido crimen ninguno. No es que el amor de Dios nos condene a la aridez del alma, sino que nos obliga a confesar a las criaturas un amor en el que no se encuentre su propio fin, ese amor puro, casi inconcebible para aquellos que jamás se han hallado en condiciones de experimentarlo. Yo he esperado de ese niño una alegría de paternidad, que, sin embargo, os había sacrificado, oh Dios mío, durante mi retiro de ordenación. ¿Cómo hubiese dominado y vencido en él esta animalidad donde, sin saberlo, hallaba no sabía qué gracia? Porque es más fácil odiar el mal en nosotros que en un ser amado».

Michèle me precedía; en cuanto quería reunirme a ella apretaba el paso como alguien que deseara caminar solo. Tenía la cabeza levantada y en su actitud nada traicionaba su sufrimiento. Para mí lo más importante era llegar antes de que nuestra madrastra se hubiese percatado de tan larga ausencia: esta inquietud dominaba a todas las demás. En el momento en que atravesábamos el vestíbulo para dirigirnos a nuestras habitaciones, Brigitte abrió la puerta del saloncito y nos llamó.

—¿No queréis un poco de té?

Esto nos reconfortaría después de aquel paseo. Michèle respondió que no tenía hambre, pero ante la insistencia de nuestra madrastra, no quiso, sin duda, que creyera que tenía miedo y que se escabullía. Entramos, pues, en la habitación donde estaba servido el té. Brigitte Pian no tenía entonces la cara, que yo conocía tan bien, de cuando se disponía a librar batalla. Sin embargo, no podía dudar de que sabía de dónde veníamos, y yo no delimitaba bien su aspecto de mujer fatigada y sufriente con la cólera que habría debido experimentar. Ella misma nos llenó las tazas, puso mantequilla a las tostadas que ofreció primero a Michèle y, por último, nos preguntó, como la cosa más natural del mundo, si habíamos visto al abate Calou. Michèle inclinó la cabeza, pero no descargó el rayo que yo había temido.

—Entonces —dijo Brigitte con voz entristecida y con tono de condolencia—, no debes ignorar...

Michèle la interrumpió agresiva: no ignorábamos nada, en efecto, pero prefería que no se volviera a hablar del asunto. Como se dirigiera hacia la puerta, mi madrastra la llamó:

—No, Michèle, no te vayas aún.

—Te advierto que si se trata de un sermón, no estoy con ánimo de...

El tono de desafío no pareció alcanzar a Brigitte Pian, quien, sin duda alguna, seguía en su idea. Pero ¿qué idea era ésta?

—No estoy yo tampoco con ánimos de sermonearte, tranquilízate. Sólo quisiera, pero es mucho esperar, que me hagas justicia.

Con los rasgos endurecidos, Michèle se preguntaba de dónde iba a llegar el ataque. Se llevó la taza a los labios y bebió a lentos sorbos, cosa que le impedía contestar y obligaba a Brigitte a descubrirse.

—Me dirás que no hay por qué esperar justicia alguna por parte de los seres humanos y que el testimonio de nuestra conciencia debe sernos suficiente. Pero yo no soy más que una débil criatura como todas las demás y tengo necesidad, no para triunfar sobre ti, mi pobre pequeña, sino para mi tranquilidad, sí, para la tranquilidad de mi espíritu, tengo la necesidad de que reconozcas ante mí que había visto claramente el peligro que te acechaba, que ese muchacho es peor aún de lo que yo había temido y que he sabido defenderte contra él tan bien, ya que no mejor, que una madre en la que la carne...

Estábamos tan acostumbrados a los exordios en las conversaciones de Brigitte Pian que nuestro primer movimiento era siempre tratar de saber hacia qué finalidad se encaminaban. Sin duda, jamás había sido ella tan sincera como en aquel último minuto. Nada nos advertía que las palabras que dirigía

a Michèle procedían de una angustia que no la había abandonado ni un momento desde la muerte de nuestro padre. Entonces, no nos dábamos cuenta. Ella esperaba tranquilizarse. No veía cómo podía Michèle evadirse de la necesidad de darle la razón. Mi hermana estaba muy lejos de saber el golpe que asestaba a su enemiga cuando exclamó:

—¿Quieres que reconozca que has sido la más fuerte? Pues bien, lo reconozco. Eres tú, tú sola, quien nos ha separado. Eres tú quien lo ha llevado a la desesperación. Si se ha perdido, tú eres la autora de su pérdida. Y si yo misma...

El cielo no se derrumbó sobre ella. Brigitte Pian permaneció sentada en su butaca, o mejor dicho, aplastada, contra su costumbre. Apenas levantó la voz:

—El dolor te hace desatinar, Michèle... O no te lo han contado todo. Si alguien lo ha perdido, es esa Voyod.

—Una carta mía hubiera bastado para disuadirlo, una sola carta. Si yo le hubiera hablado, si tú no te hubieses inmiscuido en nuestros asuntos, con ese horrible ensañamiento que te llevó hasta el deseo de perder al abate Calou, denunciándolo a sus superiores...

Los sollozos interrumpieron a Michèle: era la primera vez que lloraba ante Brigitte, como si el instinto de su odio la hubiese advertido que su enemiga no triunfaría sobre sus lágrimas, sino que, al contrario, la anonadarían.

—Veamos, veamos —dijo Brigitte con ese tono de voz que tuvo la noche en que la oí hablar sola—. Concederás que te has enamorado de un bala perdida, de un malhechor...

—¿Un malhechor? ¿Porque a los dieciocho años se dejó arrastrar por...?

Michèle no quiso añadir «una mujer».

—Sí —insistió Brigitte con la pasión de alguien que defiende la tranquilidad de su vida—. He dicho bien: un malhechor. Dejemos a esa mujer, si quieres. El caso es que ese hijo de una buena familia se ha comportado como un sinvergüenza, y que si existiera una justicia humana debería estar en la cárcel.

Michèle se encogió de hombros. Estas conversaciones le parecían especialmente absurdas y la desarmaban precisamente por esto. Replicó que, como todo el mundo sabía, Brigitte Pian se daba a conocer cuando se trataba de historias de este género. Sería necesario ampliar las cárceles si debían encerrarse en ellas a todos los muchachos que cometían crímenes como aquél.

—No todos los muchachos fuerzan los cajones —replicó Brigitte—. No todos huyen con las economías de su bienhechor.

Había dicho esto sin una intención determinada, convencida de que las circunstancias de la escapatoria de Jean nos eran conocidas. El rostro descompuesto de Michèle le advirtió demasiado tarde de su error. Mi madrastra se levantó vivamente para acudir en ayuda de Michèle, pero ésta la rechazó, apoyándose en mi hombro. Yo estaba de pie, apoyado contra la pared. Y ella balbucía:

—Estoy segura de que esto es una calumnia, una calumnia lanzada por los Vignotte...

—¿No sabíais esto?

Nos contempló con una larga mirada de asombro y felicidad. Jamás nuestra madrastra nos había hablado con aquel tono moderado, casi tierno. Estaba tranquila: ahora, nos veríamos obligados a convenir en que ninguna otra madre hubiese procedido de distinto modo. Anochece. El rostro de Brigitte sólo estaba iluminado por las llamas.

—El desdichado abate Calou no ha tenido el valor de descubriros la infamia de su protegido; debí de advertirle. Lamento haber sido tan brutal como para darte este golpe, Michèle. ¿Comprendes, ahora? Debía defenderte contra un malhechor. Sabía a qué atenerme; me había informado cerca del conde Mirbel... Pero demasiado tarde, ¡ay!, y por esto te ruego que me perdones. He dejado que te trataras con ese muchacho descarriado; ésta ha sido mi falta, mi gran falta. La garantía de monsieur Calou no hubiese debido bastarme. También es verdad que sobre todo esto me había hecho mis ilusiones...

Consideró nuestro silencio como una aquiescencia, y no pudo resistir el placer de abandonarse, de confiarse.

—Hay instantes —continuó— en que no es posible ver claro. Creedme que yo misma me he preguntado a veces... Sí, en fin, he tenido mis dudas... La muerte de vuestro padre me afecta más de lo que podríais suponer. Tenemos bajo nuestro cargo a todas las almas que Dios ha puesto en nuestro camino. «¿Qué has hecho de tu hermano?». Me he planteado esta pregunta de Dios a Caín ante los restos de aquél cuya alma ha sido arrebatada tan bruscamente. La muerte repentina trae en sí una indicación estremecedora... Progresivamente, la angustia se ha apoderado de mí con respecto a aquéllos de quienes debo rendir cuentas. Algunas veces, he podido engañarme. Dios es testigo de que siempre he buscado su mayor gloria y el bien de las almas. ¿Qué dices a esto, Michèle?

Mi hermana negó con la cabeza. Se apartó de la pared y salió de la habitación. Quise seguirla, pero mi madrastra me detuvo.

—No, déjala a solas con sus pensamientos.

Transcurrieron unos minutos. Brigitte Pian atizaba el fuego y, a veces, una llama iluminaba con una luz ardiente aquella cara grande; luego, todo se extinguía de nuevo y no se veía más que la frente y la masa lívida de sus mejillas que se destacaban en las tinieblas.

—No —dijo de pronto—, es mejor no dejarla sola. Salí y subí al segundo piso donde se hallaba la habitación de Michèle. Llamé y nadie me contestó. Abrí creyendo que ella estaría acostada a oscuras, como hacía frecuentemente. La llamé en voz baja, porque, por la noche, las habitaciones me daban miedo. Pero no, Michèle no estaba allí. La busqué por todas partes, desde la cocina al cuarto de los armarios. Nadie la había visto. Salí fuera. La noche fría estaba bañada por la claridad de una luna invisible. Volví a la salita.

—No sé dónde está Michèle —exclamé—. La he buscado por todas partes.

—Habrás salido, se habrá ido al pueblo. ¿A qué viene ese tono trágico, hijo mío?

Mi madrastra se había levantado. Y como yo respondiera llorando que Michèle no tenía nada que hacer en el pueblo a aquellas horas, Brigitte murmuró con voz asustada que «esos niños la volverían loca». Pero ya ella me precedía afuera. Alguien caminaba por la alameda.

—¿Eres tú, Michèle?

—No, señora, soy Saintis.

Saintis, el enemigo repuesto en su cargo y a quien hubiese sido poco correcto despedir antes de los seis meses. Estaba asmático y le oímos jadear en la noche. Nos advirtió que la señorita Michèle le había pedido una linterna para su bicicleta. Le había encargado que le dijera a la señora que iba a un recado urgente y que no la esperasen a cenar.

—¿Sabes dónde ha ido?

—¿Y tú lo preguntas? A Baluzac, estoy segura. Después de todo, es mejor así —añadió Brigitte volviendo a la salita donde ya había sido encendida una lámpara—. Espera que el abate Calou le explique las cosas, y que sepa disculparlas... Pero un robo con fractura es siempre un robo con fractura.

Y pasó una de sus manos por mis cabellos.

—¡Ah, pobre niño! —suspiró luego—. ¡Qué ejemplos han tenido en una edad en que debieras haber ignorado todas estas miserias! Pero, también, ¡qué lección, Louis! Mira a tu hermana; es una buena muchacha, estoy segura... Sin embargo, nada podría impedir que corriera por el bosque en una noche de

invierno como ésta. He aquí lo que hace la pasión en los seres humanos, he aquí de qué modo nos humilla. Prométeme que tú, al menos, no serás como los demás, no te dejarás convertir en una bestia.

Quiso besarme, pero aparté la frente y fui a sentarme en un rincón, lejos de la lámpara.

Capítulo trece

Ninguna de mis palabras puede expresar el odio que me inspiraba. Sin embargo, mi madrastra debió de experimentar su presencia desde aquella noche en que cenamos solos y esperamos hasta las once el regreso de Michèle. Esta vez, Brigitte Pian la llamó en vano; Michèle subió al segundo piso sin detenerse en la salita. Yo no respondí más que por monosílabos a las reflexiones que me hizo mi madrastra cuando me dio un candelabro. Un poco más tarde, cuando vacilaba en meter mis piernas bajo las heladas sábanas, la vi entrar; se había puesto ya su bata color de amatista, pero no se había hecho la pesada trenza, enorme serpiente cazada entre la bata y el cuello.

—Hace muchísimo frío esta noche, te traigo un calentador —me dijo.

Al deslizarlo en mi lecho, me tocó los pies. Era la primera vez que venía a besarme y arroparme.

—La pobre niña no se ha atrevido a reconocer ante nosotros que el abate Calou le había arrancado la venda de los ojos. Comprendo su sufrimiento. No hay que zaherirla. Más tarde, me hará justicia... ¿No lo crees tú así? —decía levantando la vela sobre mí para observar mi cara.

El adormecimiento fue un refugio para mí. Con los ojos cerrados, me volví a la pared y aparenté estar semidormido, como si nadara entre dos aguas. Ella suspiró:

—¡Cuán feliz eres pudiendo dormir!

Y entró en su habitación, en la soledad.

Durante la noche, fui despertado por los crujidos del suelo. Me dije que estaría reflexionando sus escrúpulos, y me regocijé en silencio. Ignoraba entonces el horror de esta tortura que se infligen a sí mismos los servidores de Dios que no saben lo que es el amor.

Al día siguiente, durante el desayuno, Michèle, pálida, con los ojos hinchados, eludió todas mis preguntas.

—Monsieur Calou asegura que esto no puede ser considerado un robo —me dijo—. Él le adelantaba dinero a Jean cuando lo necesitaba. Esta vez, Jean se había valido por sí mismo, pero sabía que su familia restituiría la suma en

el acto. Ha dejado una nota en el lugar de donde había tomado el dinero, y el abate sabe perfectamente que lo recobrará...

Pregunté si era cierto que Mirbel había hecho saltar la cerradura. Mi hermana hubo de convenir en ello, pero irritada por la mueca que yo hice, me volvió la espalda, negándose a contestar. Lo extraño es que esta acción, que me parecía monstruosa, me devolviera la ternura que Mirbel me inspiraba. Jamás podría renegar de él ni renunciar a él voluntariamente, y me estremecí al saberme atado de este modo a una persona capaz de llegar hasta el crimen.

Mucho más tarde, y por medio de palabras aisladas, llegué a conocer los pormenores de esta aventura, no por el abate Calou, sino por el propio Mirbel. Todavía hoy sale a relucir en el curso de mis visitas a la vieja condesa, sin que ella parezca sentir por esto el menor desagrado.

—Es para usted un excelente tema de novela —me dijo con cierta ansia—. Y hubiese podido reservármelo, pero se lo ofrezco con mucho gusto. Yo lo hubiera malogrado: no es mi especialidad. No es una historia de amor...

A sus ojos nada merecía el nombre de amor, excepto el adulterio.

En los orígenes de este robo y esta fuga que pesaron de tal modo en el destino de Mirbel, se encuentra una «buena acción» del abate Calou, llevada a cabo varios años antes, en los comienzos de su estancia en Baluzac.

En ese momento de su existencia, se doblega bajo la peor prueba que pudiera abatir a un sacerdote. Esta certidumbre de la que la mayoría de los hombres no tienen necesidad de él y de que quizá no sea demasiado decir que se burlan del Reino de Dios... No dudan de lo que es y jamás ha llegado a ellos la buena nueva. A sus ojos existe una organización de ritos previstos por ciertas circunstancias de la vida y cuya empresa pertenece al clero. Y esto es todo. ¿Qué le queda, pues, al sacerdote sino replegarse en sí mismo y mantener en su propio corazón una llama vacilante para el mismo y para un pequeño número de almas, hasta que se manifieste en fin con todo esplendor el pensamiento de Dios en el mundo?

Tal era el estado de espíritu del abate Calou cuando, después de doce años pasados en el seminario, hubo de abandonar el puesto que ocupaba allí a consecuencia de ciertas denuncias respecto a su ortodoxia. Humildemente, había aceptado aquel curato de Baluzac perdido en los confines de las Landas, uno de los peores en toda la diócesis. El estudio y la oración llenarían sus días de significado. Dispensaría todos sus cuidados a la escasa feligresía que se le confiaba sin esperar resultado alguno. Desde el primer domingo que siguió a su instalación, habló tan sencillamente como le fue posible, como era su costumbre, a unos cuarenta fieles, pero sin hacer grandes esfuerzos para

ponerse al nivel de su comprensión. El tema a que se refirió ante ellos atañía precisamente a la misión del sacerdote: meditaba en voz alta, sobre todo, para sí mismo. En consecuencia, al día siguiente halló bajo su puerta una carta anónima de ocho páginas: una mujer le había escuchado y comprendido. Debía de ser una persona dotada de cierta cultura. Escribía que había entrado en la iglesia por curiosidad y porque no tenía nada que hacer, y salió trastornada; pero reprochaba a los sacerdotes que esperaban a las ovejas descarriadas y no imitaban a su Maestro que las buscaba y seguía hasta que conseguía cargárselas a hombros y volverlas al redil. Aludía a los actos vergonzosos que no se confiesan, a los estados de desesperación, de los que ningún alma puede evadirse sola, si Dios no da los primeros pasos.

El abate Calou creyó que aquella mañana le había sido dado un significado a su vida. Como Pascal, sentíase naturalmente inclinado a esperar de Dios sus señales sensibles, un testimonio material. Aquel grito lanzado el primer día y en aquel perdido rincón del campo fue interpretado por él como una confortación dada a su angustia, como una respuesta a su inquietud y, también, como un tierno reproche. Preparó la plática del domingo siguiente con sumo cuidado y, considerándola desde el punto de vista general a todos, pesó cuidadosamente cada palabra para que la desconocida pudiese descifrar en ellas una respuesta para ella sola. A la primera mirada que dirigió a su auditorio, descubrió, tras un pilar, dos ojos pardos fijos en él y una cara lozana y un poco fofa. Aquel mismo día supo que era una de las maestras de Vallandraud que iba con frecuencia a Baluzac por un motivo que nadie podía precisar, pero que les hacía reír por lo bajo y bajar la cabeza. El abate Calou anotó en uno de sus cuadernos la confusión a la que hubo de sobreponerse en el púlpito para poder terminar la plática. A continuación, no escribió nada más con respecto a esta historia, o hizo tan sólo oscuras alusiones, incomprensibles para otro que no fuera él. Y fue porque la maestra se convirtió casi inmediatamente en su penitente y el secreto de la confesión se lo impedía.

Me atenderé a lo que conozco, y tan discretamente como me sea posible. Aquella muchacha, todavía inocente, comenzaba a experimentar la fascinación de Hortense Voyod, una amazona, cuya especie sería un error creerla desconocida en el campo. Hay seres que tienden sus redes y pueden ayunar largo tiempo antes que ninguna presa haya caído en sus manos: la paciencia del vicio es infinita. Le basta con una sola víctima y que un solo encuentro le asegure años de apacible saciedad. Durante aquellos días de septiembre en que monsieur Calou se convirtió en cura de Baluzac, la

farmacéutica daba por terminada una estancia en Vichy. Aunque consideraba a su amiga como una muchacha difícil de amansar, y completamente entregada a sus escrúpulos, estaba bien lejos de imaginar que su reino pudiese estar seriamente amenazado, tanto más cuanto que ella no conocía a nadie, en diez leguas a la redonda, de quien tuviera que temer su influencia. No tomó muy en serio la carta de ruptura que recibió una mañana, pero por ello mismo adelantó su regreso. Apenas llegada, descubrió quién era el adversario y creyó que sería un juego para ella liquidar favorablemente aquel asunto.

Todavía aquí, fiel a mi promesa de no inventar nada, no sabría describir una lucha de la cual carezco de datos precisos. Debió ser muy disputada porque el abate Calou, que jamás había solicitado favor alguno y que sentía horror a estas intervenciones, concluyó por conseguir el traslado de su penitente. En su nuevo puesto, la muchacha no estaba al abrigo de las cartas de la farmacéutica, ni siquiera de sus frecuentes visitas, puesto que aquel año había comprado un automóvil, el primero en Baluzac. Pero la víspera del día en que ella debía efectuar su segunda visita, el correo le entregó una carta fechada en Marsella: la muchacha le anunciaba su entrada en el noviciado de una orden misionera y se despedía de ella para siempre.

El abate Calou comprendió inmediatamente, a pesar de que no había tenido explicación ninguna con la farmacéutica, que había despertado en aquella mujer un odio que no desarmaría nunca. Se cuidaba muy poco de lo que le concernía, creyendo no ofrecer ninguna presa a su enemigo, pero se cuidaba mucho por ella, siendo muy capaz de entrar en los arcanos de este sufrimiento, por vergonzoso que fuera. Porque siempre había estado atento a estos golpes imprevistos, a estas continuaciones de nuestros actos desconocidos, desde que intervenimos, aun con las mejores intenciones, en los destinos de un ser.

La acción del adversario se hizo sentir primero desde el terreno en que ella podía atacarle. Las pasiones anticlericales eran muy vivas en aquella época. Con el maestro de Baluzac y su mujer formó la farmacéutica una especie de comité de propaganda cuyos efectos no tardaría en sentir todo aquel lugar. Pero incluso en Baluzac la reputación de Hortense Voyod era demasiado mala para que sus ataques tuvieran gran alcance. Y durante dos o tres años, el cura pudo creer que no tenía nada que temer de su enemigo. Sin embargo, no pasaba con gusto ante la farmacia, y cuando al volver el camino se encontraba frente a frente con Hortense Voyod, era él quien volvía la cabeza, tanto le impresionaba aquella pálida mirada.

Durante años, había ella esperado su presa; su venganza tardó menos en llegar. El abate Calou tuvo que lamentar no haberse guardado desde el principio con respecto a una persona conocida por su desinterés hacia los jóvenes, y cuyo aspecto físico no ofrecía atractivo alguno. Frecuentemente, ella iba vestida con falda-pantalón, como las llevaban entonces las mujeres que montaban en bicicleta. El bolero, muy escotado, descubría su pecho hasta media altura del talle, adornado sobre el vientre con un enorme rizo de plata que reproducía las iniciales entrelazadas de Hortense. Sus cabellos, peinados a lo Cleo, caían lisamente a ambos lados de la cara, tapaban las orejas hasta el lóbulo, y juntábanse en el cuello en un enorme moño rubio lleno de horquillas. La cara parecía devorada por las pecas que se acumulaban sobre la nariz y los pómulos y llegaban incluso hasta los párpados; algunas, parecían haberse anegado en sus ojos pardos.

El abate Calou había usado de la convalecencia de Jean para acabar de conquistarlo; cuando menos, así lo había creído. Se entregaba a la ilusión a que todos nos sentimos inclinados, a pesar de los mentís de la experiencia: nada se ha conseguido de una vez para siempre en nadie, ni en amor ni en amistad. Jean de Mirbel, traicionado por su madre y vencido por la enfermedad, era muy capaz de sentir una gratitud efímera y ceder a la ternura. Pero esa fuerza que había en él desde el primer día, dirigida contra el sacerdote, subsistía aún sin que el abate lo supiera. El sacerdote nunca es indiferente: atrae o rechaza. Mirbel experimentaba una repulsión instintiva, un disgusto hacia el hombre profesionalmente casto. Luchaba con todas sus fuerzas contra este instinto, pero no podía evitar el odio que sentía hasta por el olor de aquella casa en la que no había ninguna mujer. No quería que monsieur Calou considerara natural que un muchacho de su edad estuviese sujeto a la misma regla que la suya, y su rencor era tanto más violento cuanto que en él ni el espíritu ni el corazón se habían abierto a los encantos de la piedad y de la pureza, a ese deleite del amor divino que aquellos que lo sienten les cuesta imaginar que el hombre más grande permanezca insensible a ellos hasta el punto de no poder hacerse a la idea de cómo es. La monotonía de su vida en reclusión, a medida que volvían a manifestarse sus fuerzas, la lucha que sostenía contra sí mismo por no mostrarse ingrato para con un hombre a quien estaba de tal modo obligado, todo se conjuraba para resucitar en Jean de Mirbel los demonios adormecidos. Ni siquiera el afecto que le testimoniaba monsieur Calou dejada de hacer el juego del enemigo; así era el

carácter de Jean: se armaba contra uno de la ternura que se le prodigaba. Más tarde, le oía decir muchas veces:

—Detesto que se me quiera.

Por una contradicción que Mirbel no intentaba resolver, juzgaba severamente al abate Calou por doblegar en su favor una ley moral y religiosa que, sin embargo, él execraba: el abate cerraba los ojos ante muchas cosas y evitaba importunarle por todo lo que expresaba al pie de la letra. Lejos de molestarle, Jean se sintió más fortalecido con esta debilidad y comenzó a pindonguear. Algunas veces, iba al cabaret, pero, poco comunicativo, parecía demasiado orgulloso y no tuvo amigos. Como desquite gustaba a las mujeres y, a fines de invierno, tuvo su primera aventura. Los parientes se lamentaron al abate Calou, que intervino en el asunto, pero torpemente. Como la mayor parte de los hombres castos, creía que para un muchacho joven un gran amor era la mejor defensa contra las pasiones. Por este motivo, no temía nada, convencido de que Jean era incapaz de traicionar a Michèle. Si bien es verdad que muchos jóvenes pueden permanecer fieles a su amada, también muchos, como Mirbel, no establecían relación ninguna entre el amor verdadero y sus aventuras eróticas. Una sola mujer existe a sus ojos y se exasperan cuando alguien se atreve a someter a una medida común el culto de adoración que sienten y las mediocres aventuras en que sólo la carne es la interesada.

Éste fue el motivo de la primera discusión entre el abate y Mirbel, en la que éste se entregó a una violencia largo tiempo contenida. Tuvo inmediatamente ventaja sobre él burlándose de que el sacerdote no podía pensar en condenarle en nombre de la moral cristiana, pero sí haciendo hincapié en un viejo código amoroso en el que nadie, fuera de los seminarios, creía. Incluso llegó a prohibirle que le hablara de Michèle, nombre que no permitía que nadie pronunciara delante de él. Cuanto más se exaltaba Mirbel, menos resistencia le oponía el abate; pero a Mirbel no le dolió este sufrimiento que no podía ocultarse. *«Se armó contra mí porque soy un padre débil —anotó el abate en su cuaderno la noche de aquella escena—. Incluso el alma menos cristiana exige de nosotros que amemos por Dios, por ese Dios en el que esta alma no cree».*

A pesar de que Mirbel no me haya dicho nada concreto sobre lo que la cólera le había inspirado, imagino que esta frase de monsieur Calou alude a palabras muy crueles. Jean tenía conciencia de esta crueldad, pero a pesar de que en lo más hondo de sí mismo le causaba horror, se dejaba arrastrar por

ella, hundiéndose con una especie de rabia en esta maldad gratuita. Sin embargo, no de una manera deliberada y por asestar el último golpe a su bienhechor se lió con la farmacéutica. El maestro y su mujer le impulsaron a Hortense Voyod. El lluvioso día de febrero en que este adolescente a quien ella espiaba desde hacía semanas a través de los visillos, atravesó bajo su impermeable de colegial el pequeño patio inundado y entró en la farmacia, ella debió de emitir un suspiro de alivio, a pesar de que su venganza tuviese todavía que recorrer un largo camino.

En aquellas conversaciones mantenidas a la luz de una lámpara Pigeon, y al calor de un brasero y en las que el armagnac soltaba las lenguas, Jean no hubiera sabido decirse qué especie de satisfacción hallaba al lado de aquella mujer pálida, de voz un poco ronca y, sin embargo, dulce y casi sin acento. Cuando la pasión anticlerical del instructor, de acuerdo con las luchas políticas del momento, no ofrecía ningún interés para Mirbel, los despropósitos de la farmacéutica suscitaban en él una correspondencia inmediata; ella hablaba una lengua que jamás había oído él y que, sin embargo, reconocía.

Aquella primera tarde, ella insistió en que él acudiera sólo al anochecer y esperara para entrar a que se hubiera asegurado de que nadie le había visto, puesto que el cura, con quien ella había tenido antes algunos rozamientos, no aprobaría aquellas relaciones; y sería mucho mejor mantenerlas en secreto. Él protestó diciendo que no había razón para sacar a relucir las discrepancias con su profesor. En días sucesivos, se dieron cuenta de cómo se habían estrechado aquellas relaciones.

Lo que ejercía un cierto dominio en aquella mujer —sin auténtica cultura, pero que había leído a muchos autores modernos, buenos y malos— era, con respecto a Dios, cuya existencia negaba, un espíritu de reivindicación y de odio, y esta falta de lógica no la molestaba mucho. Contra ese Ser desconocido en quien ella no creía, lanzaba el reproche de una raza para la cual no se encuentra en este mundo ningún camino distinto del de la inmolación.

Y, sin duda, nada descubría ella a Mirbel de su secreta herida. Pero ocurría que este muchacho, a pesar de que no tuviese razón ninguna para compartir con aquella mujer, que le llevaba veinte años, tan violento rencor, no perdonaba al destino ser él mismo. Que este hombre fuese un Mirbel, heredero de una familia noble, hacía en él más extraña esta fuerza hostil y obstinada, dirigida contra todo orden y toda violencia ante la felicidad. Hortense Voyod conocía la fuente envenenada de su odio; por nada del

mundo hubiese consentido en revelársela a Jean, pero hubiese podido hacerlo si lo hubiese querido. El adolescente no sabía por qué todo le vedaba la alegría de este mundo, salvo una joven a quien no esperaba volver a ver nunca, y salvo aquel sacerdote que, precisamente, encamaba el objeto de su repulsión.

Quizás Hortense Voyod hubiese logrado menos cómodamente sus propósitos si Jean no hubiese sido entre sus manos un instrumento del que se servía. Pero esta convivencia entre ambos, desde el primer día, este acuerdo profundo facilitó mucho su maniobra. Ella no hubiese tenido necesidad de fingirle una simpatía que realmente experimentaba, y el muchacho acabó por prenderse en sus redes y comprometerse en sus delicias. No debió recurrir a ningún ardid para atraerlo. Cada tarde, el abate Calou iba a leer su breviario ante el Santo Sacramento y permanecía allí hasta la hora de cenar. Jean salía entonces del presbiterio por la parte opuesta al camino real y daba la vuelta al pueblo. Podía entrar en casa de Hortense sin entrar en la farmacia, saltando la valla que rodeaba un pequeño jardín y huerto de la pared posterior de la casa.

Incluso si él hubiese temido el encuentro de los clientes, hubiera evitado a toda costa al farmacéutico, aquel viejecito ocupado siempre en envolver los medicamentos con tal cuidado como si la vida de los enfermos dependiera de ello; era un hombre de maneras excesivamente humildes, pero que desmentían su sonrisa y su mirada. Como administraba las propiedades de su mujer —era ésta la cláusula esencial de su contrato secreto, no se reconocía ningún derecho sobre su persona, pero las propiedades le habían sido confiadas—, se ausentaba cada tarde y, a su regreso, no entraba nunca en la trastienda, donde ellos celebraban lo que llamaban «cenáculo».

Transcurrieron unos quince días antes de que el abate Calou se hubiese enterado de aquellas reuniones clandestinas. Aquella vez, no cedió a su primera intención y cuando abordó el tema con Mirbel lo hizo sin pasión y después de haber reflexionado mucho tiempo sobre la conducta a seguir. Estaba muy lejos de dirigirle ningún reproche; reconocía que la soledad es una vocación sin atractivo para un muchacho de dieciocho años, pero tenía razones que no podía confiar a Jean para considerar a Hortense Voyod como mujer perniciosa para él. Recurrió a su lealtad; mientras viviera en el presbiterio, la amistad con Hortense Voyod sería una traición hecha a su huésped. Si Jean no se consideraba capaz de vivir en Baluzac sin frecuentar la farmacia, había que reconocerlo sin ambages, y el abate Calou hallaría un

pretexto para pedir a los Mirbel que reclamaran a su hijo, lo que Jean temía por encima de todo, porque entonces no podría evitar el internado en un colegio de jesuitas. Por otra parte, el tono de su maestro le había impresionado. No podía negar que Hortense Voyod quería mal al cura; no es que lo hubiese atacado directamente en presencia de Jean, que no lo hubiera soportado, sino que podía verse a través de todas sus conversaciones. Y el muchacho, al salir de la trastienda, se avergonzaba cuando se encontraba en el comedor del presbiterio, y, a través del vapor que se elevaba desde la sopera, tenía que contestar a la sonrisa del abate, a aquella sonrisa casi infantil. Prometió, pues, al abate interrumpir sus visitas a la farmacia. Más tarde, me dijo que lo había prometido de buena fe y completamente dispuesto a mantener su palabra. Fue entonces cuando monsieur Calou le proporcionó un caballo y cuando me paró en la calle para establecer una correspondencia entre él y Michèle, esta tentativa de la que ya he contado las deplorables consecuencias.

Si antes de conocer a Hortense Voyod, a Jean, separado de Michèle, sin recibir tan siquiera carta suya, se le había hecho insoportable su destierro en Baluzac, no pudo resistir ya más en cuanto le faltó la distracción de aquellas conversaciones a las que ya se había acostumbrado, o no podía asistir a aquellas lecturas en voz alta que el maestro hacía del artículo de Hervé, de Gérault-Richard y de Jaurès (y Hortense vaciaba su vaso como si fuera un hombre, encendía un cigarrillo y hablaba sola, con una especie de verbo amargo, de cuyo encanto, al cabo de los años, todavía me hablaba Mirbel).

El abate Calou hubiese preferido que Jean se hubiera revuelto contra él; pero ¿qué hacer contra aquella tristeza de fiera enjaulada, sobre todo, cuando la superiora de las corazonistas, con secas frases, hubo advertido al cura de Baluzac que debía dar por terminadas sus relaciones epistolares con Michèle? Jean no leía ya, abandonaba sus deberes, y corría por el bosque a pie y a caballo hasta el anochecer. Al cabo de algunas semanas, frecuentó otra vez la casa del maestro. El abate cerraba los ojos. No le cabía la menor duda de que el muchacho encontraba cada vez carta de Hortense y que él mismo dejaba una a ella. Había prometido no volver a verla nunca más, no escribirle. Sin este cambio de correspondencia casi cotidiano es posible que sus relaciones no hubiesen adquirido un cariz apasionado, y el tono romántico de las cartas del adolescente fue lo que le sugirió la idea a Hortense. Vio, entonces, lo que en un principio no había creído posible en un muchacho que hubiese podido ser su hijo. Prudentemente, comenzó a expresarse en el lenguaje de la amistad, en el que sobresalía cuando se trataba de la consecución de sus fines,

aun a pesar de que fuese incapaz de experimentar realmente ese sentimiento, porque desde el liceo en el que estuvo a pensión hasta el momento en que obtuvo su diploma superior, la amistad no había sido para ella más que una coartada del deseo. Esta vez, era su deseo de venganza el que se hallaba en juego. Por otra parte, no se hizo ninguna ilusión con respecto al sentimiento que inspiraba a Mirbel. A pesar de que él no le hubiera hecho confidencia alguna, ella sabía cuánto sufría, y que su corazón pertenecía a otra. Pero, más sagaz que el abate Calou, había visto inmediatamente en el muchacho la bestia que había en él, sometida a su instinto, a esa exigencia ciega e irresponsable.

Hortense Voyod reconoció primero ese aspecto de su carácter. Las dos o tres cartas suyas que Jean había conservado, y que me mostró más tarde, no eran nada sentimentales, pero estaban escritas con gran cuidado para despertar, sin grosería, una joven imaginación entregada a la soledad. Una de las raras notas del abate Calou que aluden directamente a Hortense Voyod demuestra de qué modo el sacerdote estaba preocupado e incluso obsesionado por aquella mujer: *«Ciencia inexplicable en una campesina —escribe—, es que el vicio es educador a su manera. No a todos les es posible contemplar el mal cara a cara. Nuestros pobres desfallecimientos individuales que nosotros llamamos “el mal”, nada tienen de común con esa voluntad de destruir un alma... El espíritu del mal, tal como lo ha conocido el siglo XVIII y ha sido descrito en Les liaisons dangereuses, sé que alienta a algunos metros de mi presbiterio, tras los postigos de una farmacia...»*.

La primavera fue precoz. A pesar de que era el año de los exámenes de bachillerato, Jean se escapaba constantemente. Hortense sabía que lo encontraría en el momento en que ella lo considerase oportuno y que bastaría pasearse por la orilla del Ciron; pero no tenía prisa, no quería arriesgar nada. Primero, era necesario crear una intimidad en el espíritu del muchacho y que él soñara a propósito de ella, que comenzaba a ver más lejos que su venganza. No era demasiado dar un golpe mortal al abate Calou. Desde que había perdido a su amiga, buscaba un pretexto para desembarazarse del viejo farmacéutico, ya inútil. Calculó que el pequeño Mirbel, al mismo tiempo que había de vengarla, la ayudaría a su liberación en cuanto consintiera en el escándalo; pero vacilaba con respecto al camino a seguir.

Desde los primeros días, el abate Calou, como cada año, dio la vuelta en bicicleta por los barrios y alquerías aisladas. Se desvivía por inscribir niños

para el catecismo y velar enfermos, y ancianos sobre todo, a quienes sus hijos hacían zancajear hasta la muerte. Frecuentemente, tenían a la cabecera a una nuera que les reprochaba el pan moreno que trataban de deshacer con las encías con una lentitud de rumiante. Humanidad dura consigo misma, implacable para los demás y a los ojos de la que todo sacerdote era un hombre astuto y holgazán: «Los curas, ¿eh?, que los...». El confuso sentimiento que tenían de la continuación de esta frase entrañaba en el fondo una idea, querida entonces para el abate Calou, asimilando la última lección de aquella cruz fijada en tierra, inmóvil, y sobre la que se había clavado a un Dios incapaz de moverse. Así, el sacerdote, atado al mismo madero, ofrecido a la misma irrisión, propone a los hombres un enigma que ellos no intentan descifrar.

Una tarde, a fines de abril, como llegara el cura un poco antes del crepúsculo, María, que le aguardaba, le advirtió que monsieur Voyod, el farmacéutico, le esperaba en el salón desde hacía media hora, y que había creído oportuno encender el fuego. Ésta era la primera vez que atravesaba el umbral del presbiterio. Muy intrigado, el abate Calou halló a su visitante sentado ante la chimenea y fumando. Se levantó cuando entró el sacerdote. Se había endomingado. Una estrecha cinta negra no bastaba a ocultar el botón de su camisa. Hubiese podido pasarse una mano entre el cuello de aquélla y el suyo, descarnado. Su sonrisa descubría una boca vacía.

Se excusó largamente por no haber ido nunca a cumplir con su deber de visitar a su cura. Había temido no ser recibido. Sin embargo, era sabido que no participaba del todo de las ideas de su mujer. En vida de su primera esposa, había frecuentado la iglesia durante las fiestas señaladas, e incluso a los dieciocho años había cantado en el coro. Se consideraba muy feliz si el señor cura no le creía enemigo suyo y le hacía el honor de que pudiera considerarlo como cliente suyo. No era cómodo ir a Vallandraud para comprar unas pastillas.

Todo esto lo dijo sin interrumpirse, como si hubiera sido una lección preparada con sumo cuidado y sin que el abate pudiera adivinar adonde iba a parar con todo aquel exordio. Hizo de nuevo alusión a los principios de madame Voyod, que estaba bien lejos de aprobar. Todo no era color de rosa para él, el señor cura podía creerlo. Se había sacrificado para hacerle de padre a la hija de su viejo amigo Destiou, cuando ella se había encontrado sin otros parientes y con el peso de todas sus propiedades. El farmacéutico sabía que la gente consideraba interesada su acción... Pero ¿qué había ganado con este

matrimonio? Todos los inconvenientes del propietario sin ninguna de sus ventajas, y las ideas de madame Voyod le habían hecho perder muchos clientes. ¡Ah, nunca había dejado de ocasionarle quebraderos de cabeza! Entonces, comenzó a enseñar la oreja: él no era quién para dar consejos al abate, pero le extrañaba que su pupilo tuviese permiso para frecuentar a una persona tan hostil a la Iglesia. En todo caso, él, como marido, y a pesar de que se consideraba más un padre que un esposo, empezó a preocuparse ante aquellas visitas de las que hablaba todo Baluzac... Bien es verdad que el chiquillo era un bribón. A la edad de Mirbel, esas cosas no tenían importancia, pero, a pesar de todo... Como el cura le interrumpiera para tranquilizarle diciéndole que el muchacho no iba a la farmacia, el viejo habló de citas en el bosque que no podían ser buenas para un muchacho ni tampoco para ella. La prueba era que Hortense había tomado muy a mal sus observaciones. Como si hubiese olvidado que hacía un instante le había hablado de su matrimonio como de un acto de devoción completamente desinteresado, lloriqueó diciendo que era muy triste llegar al umbral de la vejez, después de haberse sacrificado tanto, verse amenazado con perder de un solo golpe el beneficio de sus esfuerzos. Cuando uno se ha ocupado de una propiedad durante tantos años, la ha levantado y ha convertido las tierras incultas en fértiles campos, abierto claros en los bosques, restablecido los límites puestos en duda por sus vecinos, es muy duro, cuando todo está ya puesto en orden, sentirse amenazado con el despido, como un simple criado.

Monsieur Calou le hizo observar que su pupilo no tenía nada que ver con todo aquello. El farmacéutico reconoció que así era en efecto y que no lo ponía en duda, que era lo último que se le ocurriría pensar, porque había que hacer justicia a Hortense: jamás había dado que hablar y no podía acusársela de nada. Y el viejo dirigió una viva mirada al cura y bajó, luego, los párpados inflamados.

El abate, armado de las tenazas, intentaba reanimar el fuego: dijo que la chimenea estaba fría y que no habían encendido el hogar ni una sola vez durante el invierno. El viejo, a quien el humo hacía toser, insistió en que el señor cura hablara a su discípulo... Seguro que no había nada... Pero ¿por qué dar motivo a la murmuración? Además, Hortense se acercaba a una edad mala...

Las tenazas temblaban en las grandes manos del abate; se levantó y hubo de bajar la cabeza para mirar a su visitante.

—Tranquilícese, monsieur Voyod; a partir de mañana, mi pupilo no andará por los bosques. Le doy a usted mi palabra.

El farmacéutico advirtió que el cura no parecía muy tranquilo. Repitió, más tarde, que jamás había visto a ningún hombre tan fuera de sí, ni que fuera tan capaz de darle un golpe. Monsieur Voyod no hubiera querido estar en la piel de aquel bribón cuando llegara para cenar.

Cuando monsieur Calou se encontró de nuevo solo, fue a su habitación, llenó un cubo de agua y se mojó la cara. Después, se arrodilló, pero las palabras se negaban a salir de sus labios y sus pensamientos eran un caos como las hojas en un ciclón. Todavía se dice entre los familiares de su hermano: «Durante las vacaciones de 1880, el año de la gran cólera de Ernest...». La última de las cóleras había demorado un año su ordenación al subdiaconato. Luego, con la gracia de Dios, siempre había conseguido dominarse antes de que llegara lo peor.

Aquella noche, de codos en su reclinatorio, apoyada la cabeza entre las manos, oyó una voz interior que clamaba: «Hay peligro... Te expones a hacerle daño...». Pero más fuerte que esta advertencia clamaba en él el deseo de que estuviera allí el muchacho para agarrarle del cuello y hacer que se arrodillara hasta conseguir que pidiera perdón. Y después, basta de contemplaciones; sería tratado como lo había deseado el tío Adhémar. Puesto que no obedecía más que a la fuerza y sólo cedía al miedo, el cura de Baluzac sabría sentarle la mano y hacerlo más obediente que un perro: «Reza, gana tiempo...», le repetía una voz incansable. Y, de pronto, oyó los pasos familiares en la escalera. El cura abrió la puerta.

—Entra, tengo que hablarte.

Como el otro respondiera: «En seguida». Él insistió: «Ahora mismo».

Jean se encogió de hombros y quiso llegar a la escalera del segundo piso. Pero fue agarrado por el cuello, sintió la presión de una rodilla sobre los riñones y se encontró sobre el lecho diván donde había sido lanzado como un paquete, entre los libros y los folletos. Estupefacto, permaneció sentado contemplando dos enormes puños a la altura de su rostro. No supo hacer otra cosa que balbucir:

—Pero ¿qué le pasa?

El abate jadeaba y se enjugó con el dorso de la mano su frente sudorosa. ¡Vamos! Había evitado hacer daño; el peligro había pasado.

Con el más frío tono y sin que su voz temblara, confesó su fracaso ante su alumno y le advirtió que, en lo sucesivo, no haría más que vigilarle hasta que la familia Mirbel le relevara de la obligación que había tomado sobre sí.

Esperaba que él no condujera la discusión entre ellos a una cuestión de fuerza, porque al abate, cuando debía usar la suya, le costaba mucho dominarla y daba de lo lindo.

Le ordenó luego que subiera a su habitación, donde le llevaría la cena.

«*Mientras me hablaba de esta forma brutal —escribió Jean a Hortense Voyod—, el cura cerraba los ojos: quizá rezaba, a pesar de que sus labios continuaban inmóviles. ¡Siempre esa salida oculta por la que esa gente se escapa!*».

Mantuvo su palabra, imponiendo su presencia a Mirbel, o encerrándolo bajo la vigilancia de María cuando su ministerio le impedía hacerlo personalmente. Sin duda, Jean pudo escaparse varias veces, y nunca cesó su correspondencia con Hortense, gracias al maestro que le daba clases de matemáticas. Pero aquello no bastó a dominarle, aunque hubo de ceder a aquella inflexible voluntad. Por otra parte, la inminencia de los exámenes le obligaron a demorar todos sus planes de resistencia. Admitido, pero suspendido en oral, volvió a Baluzac en septiembre, después de haber pasado un mes en casa de la condesa, en La Devize. Era la primera vez que se hallaba frente a su madre después de la siniestra revelación que había tenido en Balauze.

«*Me ha cambiado a mi Jean —escribió la condesa al abate—. Era un niño terrible y, ahora, es un muchacho cínico. Hoy, no puedo pronunciar una palabra de exhortación, o esforzarme solamente en formar su conversación —lo que es mi constante cuidado—, sin que ese desgraciado se ría en mis narices. Permítame, señor cura, ya que no emitir una duda sobre la excelencia de sus métodos, cuando menos, observar que me ha fracasado en lo que atañe a mi hijo*».

Durante esas semanas de vacaciones, Jean recibió casi a diario una carta de la farmacéutica, y en cuanto regresó al presbiterio, sus proyectos comenzaron a adquirir forma. Un nuevo acontecimiento ocurrido en el mes de octubre hizo desaparecer las últimas vacilaciones de Mirbel. Los retiros eclesiásticos habían obligado a monsieur Calou a ausentarse durante varios días y Jean no se separó de Hortense. El abate, a su regreso, halló a Jean más calmado y casi desinteresado; por este motivo, cedió un poco en su vigilancia. Sus relaciones eran las de un maestro con su discípulo, quienes, fuera de las cuestiones propias del estudio, no se hablan apenas y rehuyen cualquier motivo de discusión. Con renovada confianza, el sacerdote se entregaba

plenamente a su feligresía: los niños comenzaban a rodearle y a amarlo. No advirtió el nuevo equívoco que le separaba de su pupilo: con una increíble inconsciencia, Mirbel se irritaba y sufría a causa del alejamiento de monsieur Calou con respecto a él. Y este terrible sufrimiento tuvo mucho que ver en la fatal resolución que tomó y cuya gravedad supo disimularle Hortense Voyod. Siempre se ha tenido apego a las personas a quienes no amamos o a quienes creemos despreciar. Por nada del mundo hubiera convenido Jean en esto; pero hubiese sido completamente incapaz de comprender que para el abate Calou ocupaba siempre el primer lugar en su corazón y en su pensamiento. Los místicos obedecen a las leyes de una economía que les es imposible ella. ¿Cómo el sacerdote no hubiese estado tranquilo hacer inteligible a aquellos que no están iniciados en con respecto a Jean y le hubiera considerado en deuda consigo, habiendo ofrecido su vida por él al renovar su sacrificio a diario? Este régimen de cambios y compensaciones y de reversibilidades en que la Gracia hace vivir a los que creen, estaba muy alejado del mundo carnal en que el adolescente comienza a tener conciencia de sí mismo. Él se creyó soltado, lanzado por el solo hombre que poseía todos sus secretos, que supo cuánto había sufrido y lo que continuaba sufriendo a causa de su madre y de Michèle. Si él también lo abandonaba, ¿qué podría hacer sino huir de este mundo abominable donde no había sitio para él? Estaba seguro de que su aventura con Hortense no duraría siempre, ni siquiera mucho tiempo... Pero tal era su vocación de desgracia y lo que más le atraía en esta aventura: que no tuviera salida, que careciera de esperanza, que lo arrebatara del puerto y lo precipitara en la corriente que no había de remontar.

Capítulo catorce

Tuvimos que permanecer en Larjuzon hasta la celebración de lo que se llama en la Gironde «misa de octava». La antevíspera, mi madrastra había recibido una carta de la hermanita que cuidaba de Octavie. El aborto no había podido ser evitado, se había declarado una doble flebitis, la fiebre no cedía y el corazón se debilitaba; en fin, el médico no daba ninguna esperanza. En la calle Mirail faltaba de todo. A pesar de la prohibición de monsieur Puybaraud, la hermana había recurrido a madame Pian porque el panadero y el farmacéutico habían empezado a enseñar los dientes. Estas noticias parecieron abatir a mi madrastra. Sin duda, podía haber ido a Burdeos en un tren y regresado en otro antes de la misa de octava; pero le daba miedo la acogida que le dispensaría mi antiguo maestro, y con su generosidad acostumbrada, decidió mandar un giro telegráfico a nombre de la hermanita y a su convento.

Brigitte me pedía consejo; pensaba en voz alta ante mí como si no se hubiera dado cuenta de mi frialdad.

—¡Si no me hubieran tenido a mí! —repetía, recordando todo lo que había hecho ya por los Puybaraud—. Yo se lo había advertido; todo sucede punto por punto tal como yo lo había anunciado. Y este accidente y esta muerte casi segura, de lo que yo no me había atrevido a hablar, Dios sabe que yo los había previsto... Pero no era yo, una pobre mujer, la que había de poner los puntos sobre las íes: su director ha obrado con mucha ligereza. Él sólo hubiese podido retenerlos al borde del abismo y, en cambio, los ha precipitado en él... Pero tú verás cómo monsieur Puybaraud me hace responsable de ello. Ya tu hermana me imputa la muerte de vuestro padre e incluso el robo con fractura cometido por Mirbel... ¡Es increíble!

Me miraba y su risa ansiosa mendigaba una palabra, una protesta, pero el obstinado silencio que yo le oponía expresaba con demasiada claridad que estaba de acuerdo en todos esos puntos con monsieur Puybaraud y con Michèle.

Y no tuvo ya otro recurso que el de sí misma: erraba de una habitación a otra o en torno a la mesa, reemprendiendo para ella misma su sistema de defensa. A esa mujer flagelada por las Erinias de la Nueva Alianza, por los escrúpulos que después de la venida de Cristo hostigaban las conciencias atormentadas, ¿la cargaría aún hoy con el peso de tantas desgracias? Aquellas que desgarraban a Brigitte Pian la impulsaban a ir a la capital lo antes posible para interrogar personalmente a monsieur Puybaraud y conseguir de sus propios labios las palabras consoladoras. Pero como sólo había un tren diario, tuvimos que esperar al día siguiente.

Tuvimos que levantarnos por la noche. Durante el viaje, Brigitte Pian hubo de soportar la presencia de Michèle, que, mientras estuvimos en Larjuzon, se había apartado constantemente de ella. Durante las tres horas que permanecimos encerrados en un compartimiento de segunda clase, la adolescente entenebrecida por los crespones jugó el juego de no encontrar ni una sola vez la mirada de nuestra madrastra que imploraba la suya. De la piedad que hoy experimento por esta mujer, polvo ya desde hace tantos años, nada sentía entonces en aquel tren ómnibus mal calentado por los calentadores que los empleados habían puesto bajo los pies, y en el que yo me había puesto de rodillas sobre el asiento para calentar mis pies helados. Pero comenzaba a darme cuenta de lo que ocurría en el ánimo de Brigitte... Observaba con curiosidad a aquella criatura imponente, aquella enorme estatua de acero cuya sombra había llenado mi infancia y que ya vacilaba ante mis ojos. Imaginaba ver grietas por doquier; quizá la vería desmoronarse. Cuando se levantó para descender del vagón, me pareció pequeña, y me asombró pensar que sin duda era yo quien la había engrandecido.

No dio nuestra dirección al cochero, sino la de los Puybaraud. En aquella mañana sombría, el ruido del simón llenaba la triste calle Mirail. Levantamos la vista hacia el piso que ocupaba mi antiguo maestro y cuyas persianas estaban cerradas. La portera mostró su descarnada cara fuera de la garita que le servía de portería. Supimos que todo había terminado la víspera por la tarde, que monsieur Puybaraud no quería recibir a nadie y que no sabían cuándo se celebraban las exequias. Comprendimos que había dado las más severas órdenes por lo que a nosotros se refería. La portera nos dijo que había tenido ocasión de comprobar con frecuencia que «la desgracia hace ingrata a la gente». Cuando volvimos a encontrarnos en el simón, Michèle, de pronto, dejó de evitar la mirada de nuestra madrastra y la miró con tan dura y larga fijeza que Brigitte hubo de volver la cara y mirar a la portería. A pesar de que sus labios apenas se movieron, comprendí que ya había empezado a rezar por

la muerta. Sin duda, no podía evitar el decirle más allá del silencio eterno: «¿Y bien? ¿Quién tenía razón, Octavie?».

Posiblemente, se entregó a la pasajera euforia de esta evidente conformidad entre sus propios puntos de vista y los de la Providencia. Pero aún no habíamos recorrido el trayecto del paseo de la Intendance cuando ya se había ensombrecido. Michèle se retiró a sus habitaciones y no la vimos durante el día. Brigitte fue a acosarme en la mía y, como yo apenas le contestara, dejó abierta la puerta de comunicación. Aun cuando hostil, mi presencia le era necesaria. Volvió al cabo de un instante, y me contó la historia de los Puybaraud desde hacía dos años, no perdiendo ocasión de elogiarse, salvo en lo que se refería a la última entrevista a la cabecera de Octavie. ¡Con tal que monsieur Puybaraud no se emperrara en que la pequeña discusión de aquel día había agravado el estado de la enferma...! Se esforzaba en darme cuenta de las peripecias y buscaba en su recuerdo los términos exactos de que había usado. Yo escuchaba con una helada cortesía y sin pronunciar una palabra de aprobación o de consuelo.

Por último, no sabiendo qué decir, me rogó que fuera solo a la calle Mirail: sin duda alguna monsieur Puybaraud me recibiría y me informaría de la hora en que se celebrarían las exequias. Pero la portera no me dejó subir a pesar de mi insistencia y hube de ir a informarme en la iglesia de Saint-Eloi, donde me enteré de que no se celebraría ninguna misa; sólo se diría un responso, al día siguiente, a las ocho.

Allí no nos encontramos solos, como mi madrastra había creído. Muchas antiguas alumnas de Octavie estaban presentes y también varias profesoras de la escuela libre. Casi todas lloraban y estaba el ambiente tan saturado de plegarias que se tenía de ello una sensación física. Monsieur Puybaraud, vestido con la levita negra que en otro tiempo había llevado durante el invierno, en nuestras horas de recreo, estaba de pie y no se arrodillaba ni lloraba. Tenía la cara tan blanca como debió de estarlo la de Octavie entre las cuatro tablas. Como parecía no ver a nadie, hubiésemos podido convencernos por su actitud de que no abrigaba ningún sentimiento hostil hacia nosotros. Pero a la puerta del cementerio, no pareció ver la mano que yo le tendía y hube de estrechar la suya, que retiró inmediatamente. En cuanto a mi madrastra, ni se atrevió a intentarlo, porque él se inclinó ante ella sin mirarla y sin mover el brazo.

Aquella noche, después de cenar, me dijo en mi habitación, a la que ella me había seguido, que dudaba mucho de que monsieur Puybaraud no hubiera podido resistir al espíritu de rebeldía y que era muy lamentable que ella no

podiera llegar a él para inducirlo a la resignación y a la sumisión espirituales. Yo le objeté que la hostilidad que nos había demostrado no quería decir que experimentara los mismos sentimientos hacia Dios, y añadía, pérfidamente, que como él había sido el esposo de una santa, mi madrastra podría rogarle a ella que intercediera por él.

—¿Una santa? —preguntó Brigitte Pian—. ¿Una santa? Me miró sin cólera, pero con una especie de atención que parecía la de la estupidez, se movió un momento en torno a mi mesa y se retiró por último, llevándose, sin duda, para toda la noche, un exceso de turbación y de angustia.

En los días que siguieron al entierro de Octavie, no intentó volver a ver al viudo, pero continuó socorriéndolo sin que lo supiera, gracias a la complicidad de la hermana enfermera. Michèle había vuelto al convento de las corazonistas y comenzamos otra vez a vivir uno frente a otro, mi madrastra y yo, ella atenta a complacerme, solícita hasta la humildad, como si no hubiese tenido otra humana ayuda que aquel muchacho de exasperante corrección.

Yo había seguido la sugestión del abate Calou y escribí desde Larjuzon a la condesa de Mirbel para pedirle noticias de Jean. Hallé la respuesta en Burdeos: una carta en la que cada palabra había sido cuidadosamente pesada a fin de quitarle toda importancia al escándalo. *«No me asombra, mi querido y joven amigo, que sienta usted inquietud por Jean y que se haya usted sentido impresionado por las absurdas murmuraciones que han circulado por todo el país con respecto a él. Está aquí, con nosotros, muy asombrado él mismo y muy avergonzado a causa del ruido armado en torno a su calaverada. El cura y el farmacéutico son los principales responsables: uno y otro han amotinado el país, y si el segundo de estos señores tenía algún motivo de excusa, el primero ha obrado sin ninguna clase de juicio ni de ponderación, por encima de lo que se puede tolerar en un eclesiástico, sobre todo, cuando se pretende ser un educador. Yo se lo dije así cuando le reembolsé ese adelanto de dinero hecho a mi hijo, y a propósito del cual las malas lenguas han hecho circular una historia rocambolesca que espero no haya usted creído. El sacerdote no ha sabido qué responder a las acusaciones que he lanzado contra él con la vehemencia, quizás excesiva, de mi corazón maternal...»*.

Mucho más tarde, supe el verdadero valor de este sublime silencio: el abate Calou, con una sola palabra, hubiese podido aniquilar a aquella mujer que lo ultrajaba, porque ella ignoraba entonces que su hijo había estado muerto de frío durante toda una noche bajo las ventanas del hotel de Balauze,

que había creído morir y que ya para siempre se sentiría herido y envenenado por lo que sus ojos habían visto y lo que sus oídos habían escuchado.

Por último, me advertía la condesa que Jean iría a terminar sus estudios a Inglaterra y que los preparativos de su viaje le obligarían a pasar unos días en Burdeos; por esta razón, esperaba que no se le prohibiera decirnos adiós.

Esta carta de la condesa me dejó muy embarazado y confuso. ¿Debía comunicársela al abate Calou como se lo había prometido? Me vi obligado a salir de mi reserva con respecto a mi madrastra para consultárselo. No me preocupaba saber cómo reaccionaría. Pero si había esperado que lo haría violentamente, su proceder me sorprendió. Según ella, había que evitar herir inútilmente a un hombre que ya había tenido demasiados disgustos; como, por otra parte, este documento le sería útil, me aconsejó que se lo transmitiera, pero asegurándole que ninguno de nosotros creía en los alegatos de la condesa. A mi entender, ésta fue la primera vez que mi madrastra se descubrió. Cuando escribí al abate Calou, no dejé de hacer hincapié en este cambio extraordinario. Lo hice con una ironía que el sacerdote no aprobó. Recibí su respuesta al cabo de una semana. Esta carta, que copio aquí con respeto y cariño, me convirtió, después de haberla leído, en otro muchacho diferente.

«Mi querido Louis: He tardado algún tiempo en contestarte porque tu carta no me halló en Baluzac y tuvieron que enviármela a casa de mi hermano, donde me he instalado por algún tiempo. No iré con rodeos contigo. Estás demasiado al corriente de lo que ha pasado para que intente ahora contarte las cosas de otra manera. Ya no soy cura de Baluzac e incluso he recibido la orden de abandonar inmediatamente la parroquia y retirarme en el seno de mi familia. Creo que he tenido desgracia y, al mismo tiempo, algo más de lo que esta palabra significa. Los Mirbel y el viejo Voyod se pusieron de acuerdo para señalarme como el responsable del escándalo. Además, el pequeño trabajo que madame Pian me hizo el honor de dedicarme hace ya varios meses, y que los vicarios generales tenían muy a mano, dice, punto por punto, todo cuanto ha ocurrido. Los acontecimientos han dado demasiadas alas a la crítica estrecha y, por otra parte, muy dura, que tu querida madrastra hizo de mi carácter y mis tendencias. Me expreso aquí sin ninguna clase de ironía, querido Louis, y te confieso que me gusta muy poco la que te ha servido para redactar tu carta. Sabes perfectamente que no creo en la casualidad: no creo que haya sido casualidad el que se cumplieran las

previsiones de madame Pian. No me atreveré a decir que interpreta siempre rectamente ni los hechos ni las circunstancias de los demás, pero posee una especie de don para adivinar su oculta malicia. Quizá le asombraría que le dijera que, por diferentes caminos, mi error se ha unido al suyo: uno y otro, ella con su sola razón y yo con mi corazón, hemos creído que nos correspondía intervenir en el destino de los demás. Y sin duda lo esencial de nuestro ministerio, como deber de todo cristiano, es proclamar el Evangelio; pero esto no sería capaz de transformar al prójimo según nuestra manera de ser y según nuestros puntos de vista particulares, porque nada podemos por nosotros mismos, y sólo podemos ir ante la Gracia como el perro precede al cazador invisible, con más o menos eficacia según prestemos mayor o menor atención a la voluntad del Maestro y seamos indiferentes a la nuestra. En lo que a mí respecta, madame Pian ha visto claro: el defecto de medida y de juicio que ella denuncia en mí y del que ha dicho, en una fórmula sorprendente, que en un sacerdote corre el riesgo de suscitar peores desastres que la pasión más criminal es, precisamente, lo que me ha precipitado en intervenciones temerarias mal preparadas y, sin duda, imprudentes. ¡Ah! Indudablemente, la Gracia se ha aprovechado de ello porque tal es el amor de Dios que, para aquellos a quienes ama, todo lo transforma en el mayor de los bienes. Pero a los estragos que se acumulan en tomo a lo que creemos es nuestro apostolado, debemos tener en cuenta los intereses inconfesados que se mezclan en ello y las codicias secretas de las que, por otra parte, sólo tenemos un vago conocimiento, y es porque debemos esperararlo todo de la misericordia.

»Todo esto te parecerá muy oscuro, Louis; hablaremos de ello dentro de algunos años si el Padre no ha llamado a su seno al servidor no solamente inútil, sino peligroso que soy yo. Mientras tanto, me permito prevenirte por lo que respecta a madame Pian: no debes burlarte de lo que ahora le ocurre, ni considerar ínfima la prueba por la que está pasando. Después de haber visto durante toda la vida solamente el aspecto edificante de sus actos, todos ellos surgirán ante ella de súbito y todos, a la vez, volverán sus terribles rostros ante ella. Cuando Cristo nos abre los ojos y de pronto nuestras acciones nos rodean y estrechan, nos asombran de tal modo como aquellos hombres que vio el ciego del Evangelio una vez fue curado y que le parecieron “árboles que caminan”. Pero yo quisiera que madame Pian comprendiera eso mismo de lo que estoy persuadido en la postergación en que me encuentro y que es peor de lo que podrías imaginar: porque no es la calumnia la que me ha sido escatimada; la gente puede creer lo que quiera, y lo mismo el arzobispo y

quien sea. Puedo decir que, habiendo ya alcanzado los comienzos de la vejez, he perdido mi modesto honor humano y he dejado ultrajar en mi persona a ese Jesús que me había marcado con su signo. Mi familia se siente humillada e irritada por esta vergüenza que he precipitado sobre ella, sin contar con el malestar material de mi presencia en la casa. El más pequeño de mis sobrinos ha tenido que cederme su habitación y compartir la de su hermano. Todos son muy buenos conmigo, no hay que decirlo; pero mi cuñada me pregunta con demasiada frecuencia qué pienso hacer en el futuro, y no tengo más remedio que responder que no lo sé, porque, realmente, no sirvo para nada ni para nadie... ¡Ah! Cuidado ahora con equivocarse: ahora estoy ante Dios, más desnudo y desprovisto de méritos y más desarmado que nadie en el mundo. He aquí, tal vez, el estado que deben alcanzar los hombres en quienes la virtud, me atrevo a decirlo, es una profesión. Es casi inevitable que los virtuosos de profesión se hagan una idea exagerada del valor de sus actos, que se constituyan en jueces de su propio progreso y que se comparen a los demás para que su propia virtud no les ocasione vértigo alguna vez. Yo quisiera que madame Pian, en la prueba por la que está pasando, se convenciera de que se halla en el camino de un gran descubrimiento...».

Quizá se crea que al confiarse de este modo a un muchacho que iba a cumplir sus diecisiete años, el abate Calou confesaba que no había hecho progreso alguno en cuanto a juicio se refiere. No me atreví a comunicar esta carta a mi madrastra, a pesar de que ella buscara la oportunidad de que lo hiciera y no obstante vivir yo en la insoportable atmósfera que creaba su angustia. En aquel entonces, un diario anarquista titulado *La Bataille*, que no vivía más que de escándalos, había publicado venenosos entrefiletos sobre «el rapto de la farmacéutica». Me asombró que Brigitte me pidiera cada semana esta hoja abyecta que ella misma no se atrevía a comprar o a pedir a un criado, y no comprendía la especie de deleite que parecía proporcionarle su lectura, hasta que supe en el colegio que monsieur Puybaraud desempeñaba en *La Bataille* el cargo de secretario y que, con razón o sin ella, la gente le atribuía todos los sueltos antirreligiosos que se publicaban en ese periódico.

Cada sábado, asistía a esta lectura, que requería toda la velada, y que Brigitte Pian reemprendía a solas cada noche para compenetrarse bien del envilecimiento de un alma lanzada por ella —estaba convencida de ello— a la rebeldía y a un odio desesperado. Ni los niños ni los adolescentes acostumbran a darse cuenta de los cambios físicos de las personas mayores

entre quienes viven. Pero, de día en día, veía aniquilarse a Brigitte Pian; la bata amatista flotaba ahora sobre su cuerpo, como si la enorme serpiente de sus cabellos trenzados se hubiese alimentado de su propia sustancia. Lo más extraño es que después de algunos meses, no sólo monsieur Puybaraud hubo de abandonar el periódico y encerrarse en el convento de trapenses de Septfonds para su retiro espiritual, sino que se quedó finalmente allí, vistiendo el hábito de novicio, cumpliendo lo que mi madrastra había esperado siempre de él: incluso en esto las previsiones de Brigitte parecían haber obedecido a un designio providencial... Pero ella no podía entonces prever esta salida inesperada; y si algunas veces su afanoso espíritu se apartaba del renegado, era para volverse a otra de sus víctimas: su esposo, Octave, que, según creía, viviría aún si no la hubiese encontrado en su camino. Pensaba también en Michèle, en Jean y en el abate Calou, a quien había denunciado...

Un punto que permanece oscuro para mí es el apoyo que hubiese podido esperar en esta ocasión de un director espiritual. Pero no conocía el suyo y ni siquiera estaba seguro de que lo tuviera. Por otra parte, me parece que ni incluso en la época en que ella se vanagloriaba de sus progresos espirituales, y en la que nada dejaba presagiar que un día habría de entregarse a todas las furias del escrúpulo, no frecuentaba los sacramentos tanto como podía esperarse de una persona como ella.

Lo cierto es que aquel año, cuando entramos en Cuaresma y se aproximaban las fiestas de Pascua, la angustia de Brigitte Pian se convirtió en terror. Una noche, entró, sin llamar, en mi alcoba. Yo ya estaba acostado y leía *Dominique*; y levanté hacia la intrusa los ojos aún llenos del mundo imaginario del que salía.

—¿No duermes? —me preguntó Brigitte con una expresión tímida y suplicante.

Trataba de descubrir en mi semblante el disgusto de haber sido importunado. Si no hubiera estado en la cama, habría apoyado la cabeza entre mis manos y, tapándome los oídos, inclinado sobre mi libro en una actitud que hubiese malogrado todo propósito suyo de seguir adelante. Pero entre las sábanas, me encontraba indefenso.

—Escucha, Louis. He de pedirte un consejo... Te parecerá extraño. Pero hay momentos en que una sola no consigue ver claro...

Y, acto seguido, me expuso las dudas que la atormentaban respecto a los medios para hallar el estado de gracia.

Le respondí diciendo que no tenía necesidad de reflexionar demasiado y que no había problema alguno, puesto que bastaba la confesión de nuestros

pecados para alcanzar tal estado.

—Para ti, quizá, Louis. Para un corazón infantil, qué duda cabe...

Pesadamente, se sentó al borde de mi lecho. ¡Ya se había instalado! Debía, pues, renunciar a la compañía de *Dominique* para escuchar a aquella vieja huraña.

—En primer lugar, los pecados deberían serlo de un modo simple, bien claros, fáciles de delimitar y que pudieran contenerse en una fórmula. Pero, por más que lo intente, no alcanzo a expresar claramente lo que atormenta mi conciencia. Quizá sólo sean escrúpulos. El hecho de que se experimente esta tortura no significa que proceda de faltas ilusorias...

—En este caso —interrumpí con pedantería—, no se trataría de escrúpulos, sino de remordimientos...

—Pones el dedo en la llaga, Louis. Intentamos tranquilizarnos usando palabras menos duras. Es cierto que no soy escrupulosa; tengo remordimientos, sí, los tengo. Pero lo que tú has comprendido desde el primer momento, con esa prontitud que causaba la admiración del pobre monsieur Puybaraud, yo desespero de hacérselo entender a esos hombres sin experiencia, para quienes los pecados son actitudes fáciles de ser definidas y que no comprenden que el mal infecta a veces a toda una vida, que el mal puede ser multiforme, invisible, indescifrable e, incluso, inexpresable. Es decir, innominado...

Cesó de hablar, me oprimió un poco con su peso y la oí respirar agitadamente.

—Tengo una idea —dije. Desde el tiempo en que monsieur Puybaraud me había interrogado como un oráculo y en que yo intentaba deslumbrarlo con una respuesta a la vez desesperada y llena de sabiduría, no había vuelto a sentir aquella especie de excitación que sentía entonces—. El sacerdote que podría devolverte la paz es aquél que no solamente te conozca desde hace tiempo, sino aquél que no ignora ninguno de los acontecimientos que son la causa de todo este tormento tuyo. Sí —insistí mientras ella me contemplaba con esa atención de los enfermos graves al escuchar a un médico—, el abate Calou lo sabe ya todo. En su última carta me ha contado la enfermedad que sufres. Escrúpulo o remordimiento, el nombre no hace al caso. Te dará la absolución con conocimiento de causa.

—¿El abate Calou? ¡Cómo se te ha ocurrido semejante cosa! Confesarme a él después de lo que le he hecho... —Precisamente, después de lo que le has hecho.

Brigitte se levantó y comenzó a pasear por mi alcoba. Empezó a lamentarse, diciendo que ya no podía más.

—Indudablemente, no será agradable —insinué—, pero los merecimientos...

La palabra «merecimientos» le hizo levantar la cabeza.

—Esto sería muy difícil para la mayoría de la gente —añadí—, pero para ti...

Todavía volvió a erguirse.

—Después de todo... —murmuró—. Sería necesario ir a verle en casa de su hermano...

¿Podría confesar aún? —se preguntaba—. Sí, seguramente dentro de los límites que le habría señalado la diócesis.

Volvió a caminar de un lado a otro. Intencionadamente, bostecé con ruido y me metí entre las sábanas.

—¿Tienes sueño, Louis? Dichoso tú que puedes dormir tranquilo.

Se inclinó sobre mí, y sus agrietados labios rozaron mi frente.

—¿No crees que te he dado una excelente idea? —le pregunté con tono satisfecho.

Ella permaneció muda, mientras le daba vueltas mentalmente a aquella idea. Apagó la luz, pero yo volví a encenderla en cuanto se hubo ido, y *Dominique* me llevó muy lejos de aquella mujer atormentada.

Capítulo quince

Al descender del tren que la devolvía de su visita al abate Calou, y como aún faltaban dos horas para la comida, Brigitte no tomó el coche y subió a pie por el triste paseo de Saint-Jean, bajo la niebla, codeada por la gente, indiferente a todo lo que solía aborrecer, segura de ser perdonada. Caminaba con rapidez y, por primera vez, se mezclaba una muy humilde y humana ternura al impulso que la elevaba hacia Dios. Se había quitado su mal; ya no sufría, podía respirar con libertad. En algún instante, a modo de una aguda llamada, le asaltaba una inquietud: ¿Lo había confesado todo? Sí. Por otra parte, aquel que la había escuchado lo sabía ya todo...

Recordaba lo que le había dicho en aquella habitación que carecía de fuego, enjalbegada y amueblada apenas, en la que el abate le había recibido. No había intentado siquiera tranquilizarla, pero le había hecho avergonzarse de la importancia que concedía a sus faltas, como si ignorase que Dios se sirve, para sus propósitos, incluso de nuestros pecados. Él le había suplicado que se perpetrara de su propia insignificancia y de no sustituir la ilusión de haber sido una persona muy avanzada en la vida de perfección, por la de creerse una pecadora insigne. Había añadido que ella aún podía hacer mucho por aquellos a quienes debía reparación, no había ni que hablar de los muertos; en cuanto a los que vivían, también era posible hacerlo.

—Así —le había dicho—, puede usted ayudarme mucho cerca del cardenal...

Y ella había comprendido que esto se lo pedía por ella, impulsado por un sentimiento de caridad...

No ambicionaba siquiera la gracia, sino que se le permitiera instalarse, a su costa, entre la Bastide y la Souys, en el barrio más pobre y más abandonado que conocía, y alquilar allí un local en el que se le autorizara para dar clases de catecismo y celebrar la misa. Por aquellas calles húmedas de niebla a través de la que avanzaba, Brigitte Pian decidió hacerse cargo de todos los gastos, e imaginaba ya una nueva parroquia surgiendo en torno al abate Calou.

Todavía tuvo tiempo de detenerse en la catedral antes de que las puertas se cerrasen, y permaneció unos minutos inmóvil, como alguien que, objeto de un milagro, no hallara palabras con que explicarse; salió, luego, y llegó a la puerta de su casa sin saber cómo había llegado a ella. Al entrar en la antesala, le chocó un desacostumbrado olor a tabaco. ¿Quién se permitiría fumar en su casa? Reconoció una voz, la de Michèle, mezclándose con otra que desconocía y, sin embargo, supo inmediatamente quién era el que estaba en el salón, ¡quién se había atrevido a estar allí! La carta de la condesa había hecho prever una visita de Mirbel, pero Brigitte nunca creyó que aquel ladrón tuviera la osadía de presentarse en su casa. ¡Y había ido! Tras aquella puerta, hablaba tranquilamente con Michèle. Brigitte Pian se había erguido. En la antesala, iluminada por una mariposa de gas en un globo de cristal esmerilado, despertaba en ella aquella mujer fortalecida por el estado de gracia, convencida de su derecho a intervenir en la vida de aquellos sobre quienes ejercía su autoridad. Pero, al mismo tiempo, rugía en ella aquel justo furor contra el que se hallaba él tan mal defendido, porque se había atrevido a desafiar sus órdenes y sustraerse a lo que ella había resuelto y prescrito.

En el momento de apoyar la mano en el pestillo de la puerta, sus dedos vacilaron, no obstante. A pesar de su cólera, la paz interior reconquistada, la calma de las profundidades no la habían abandonado. Sabía que aquellos que se hallaban en el salón la acusaban también de haberles hecho daño. Sin embargo, su conciencia nada le reprochaba sobre este punto. ¿Qué otra actitud hubiera podido adoptar? Había protegido a Michèle, que era una niña, lo mismo que lo hubieran hecho otras madres. Sin embargo, el abate Calou veía las cosas desde otro punto de vista, y ella sabía lo que el pequeño Mirbel era para él, a pesar de que él no hubiese pronunciado su nombre ante ella. Pero recordaba que algunas de sus palabras habían sido inspiradas sin duda por el recuerdo del niño perdido: cada destino, había dicho él, es particular, y quizás es uno de los secretos de la misericordiosa justicia de la que nos reanimamos, que no exista ley universal para juzgar y condenar a los hombres: cada uno es un heredero despreciable, cargado con los méritos y pecados de su raza, en una medida que escapa a nuestra comprensión, libre siempre de decir sí o no cuando el amor de su Dios franquea el umbral de su puerta; pero ¿quién se atrevería a erigirse en juez de todo lo que influye y pesa en esta elección? Y a propósito de los Puybaraud, el abate Calou había dicho:

«No hay que intervenir como un ciego o como un sordo entre dos seres que se aman, aun cuando sea para mal. Lo que hay que comprender primero

es lo que su encuentro significa, porque ninguno de los caminos humanos se cruza con otro por casualidad...».

Brigitte Pian escuchaba detrás de la puerta dos voces alteradas, la de una muchacha un poco afligida, y otra, viril, no formada del todo, con sordas resonancias. Ya no irritada, pero vacilante, Brigitte se sentó en el arcón. Para no parecer que escuchaba detrás de la puerta —a pesar de que no entendía lo que se decía en el salón—, un poco más tarde se dirigió a su habitación y permaneció largo rato sola en la oscuridad, arrodillada.

Jean de Mirbel había elegido un jueves para intentar encontrarse con Michèle: sabía que ella estaría desde el mediodía. Preguntó por mí. Mi primer pensamiento fue ir en busca de Michèle y comprendí inmediatamente que ella sabía que Jean había llegado. Su uniforme de colegiala la afeaba; sus cabellos, semirrecogidos sobre el cráneo, estaban atados por una gran cinta de color malva. Las largas cañas de sus botinas hacían que sus tobillos parecieran un poco grandes. No me convenció la calma que aparentaba. Como no había necesidad de que nuestra madrastra pudiera deducir de esta visita el menor pretexto, convinimos entre ella y yo que, aun cuando Jean me lo pidiera, yo no la dejaría a solas con él durante el tiempo que durase la visita.

Nos dirigimos al salón. Aún no eran las cuatro, pero los estores de gruesa tela y bordados ingleses ensombrecían la estancia y hubo de encenderse un lampadario. El olor del petróleo se había enseñoreado de los grabados llenos de niños, de las pantallas pintadas y de los butacones sobredorados. A pesar de que Mirbel había crecido y robustecido, su cara se había demacrado. Sus hundidas mejillas destacaban su nariz, que nosotros habíamos conocido arremangada, pero pequeña. En su frente había más surcos de los que correspondían a un muchacho de dieciocho años. Vestía un traje de confección nuevo, pero demasiado relleno de guata en los hombros.

Aquellos que se habían amado en la época en que sus cuerpos no se habían formado aún, se miraron con asombro y en un silencio que me pareció muy largo. Era necesario que ambos insectos siguiesen a la inversa las etapas de su metamorfosis para llegar al niño que cada uno de ellos había amado. Aquellos ojos que en nada habían cambiado fueron, sin duda, lo que primero se reconocieron mutuamente.

Ya nada quedaba en mí de mis pueriles celos: no pensaba en otra cosa que en dejarlos solos, en hacerme invisible. Pero no tuve que preocuparme demasiado. A las primeras palabras, desapareció todo lo que no fueran ellos mismos. Sin embargo, la conversación languidecía; parecía que no sabían qué decirse, ella sentada y él de pie, a contraluz. Jean había encendido un

cigarrillo sin pedirle permiso. Desde el rincón en que me encontraba, escapábame alguna de sus contestaciones, sobre todo, por parte de Jean, que repetía con irritada impaciencia: «No se trata de esto...». Y Michèle le preguntaba con tono burlón: «¿Lo crees así?». Comprendí que ella aludía a la farmacéutica. Jean, con las manos en los bolsillos y los hombros levantados, se balanceaba ya sobre un pie, ya sobre otro. A su juicio, el resultado de todo aquello era que Michèle no le quería y que ella había echado mano del primer pretexto que se le había ocurrido para rechazarlo; por otra parte, era demasiado natural. ¿Cómo podía ella haber creído que él la amaba? Michèle le interrumpió con el mismo tono de sus disputas infantiles:

—¿Eres tú quien me acusa? ¡Ya es demasiado! Como si tú no hubieses sido el primero...

Y Jean, exasperado, replicaba:

—Te emperras en esa historia estúpida. Intenta comprender que todo eso no tuvo nada que ver con nada que no haya sido romper los barrotes y huir a escape... Había que salir del presbiterio... Por tu causa, porque la vida me era inaguantable sin ti... Eres tú quien tiene la culpa de todo. ¿Esa mujer...? Te hubieras reído si nos hubieses visto en Biarritz, en el hotel, donde me tomaron por hijo suyo. Ni se atrevió a decir lo contrario... ¡Ah! Te aseguro que se ha reído de mí... Pero no puedo explicarte...

Y como Michèle le dijera que «en efecto, era mejor no intentarlo», él le aseguró que a Hortense Voyod sólo le había interesado perjudicar al cura.

—No me hablaba más que de él —dijo—. «A esta hora, vuelve, me decía; ahora, debe haberse dado cuenta...

¿Cuál será la primera reacción? ¿Es un hombre capaz de llorar? ¿Le has visto llorar alguna vez?». Esto es todo lo que me preguntaba. Ella deseaba hacerle una mala jugada, o quizá vengarse... Pero ¿de qué? ¡Oh! Era suficiente que llevara sotana para que deseara hacerle daño... Sea como fuera, yo no significué demasiado...

Michèle respondió que era muy posible que aquella mujer se hubiese burlado de él, pero que no le perdonaría nunca que él hubiese caído en sus redes. Ante esta explosión de rabia, Jean opuso una inesperada dulzura que traicionaba, sobre todo, su inmensa lasitud.

—¿Por qué, entonces, disputar más?

Sabía que todo estaba terminado. Ella ignoraba lo que él se había visto obligado a soportar, y no podía decírselo. Se había apoyado en su afecto por la seguridad que ella le había dado de serle fiel, sucediera lo que sucediera... Pero, claro está, comprendía que ella había juzgado equivocadamente la

medida de sus fuerzas: una muchacha no se une jamás a un tipo como Jean de Mirbel. Ella corría el riesgo de hacerlo y perderse.

—Te apartas de la cuestión —insistía Michèle, que, obstinadamente, veía a Hortense Voyod, a esa mujer.

Y Jean gemía:

—No comprendes...

Yo, no inclinado ni por uno ni por otro bando, era el único que veía las cosas con claridad. Michèle sufría el mismo mal que yo había sufrido por causa de ellos cuando aún era un niño. Ella hubiese podido dudar de que amaba a aquel muchacho enflaquecido, a quien apenas reconocía, sin esa angustia que él le había infligido durante las últimas semanas. Y él, indiferente a los celos de Michèle, la llamaba desde el fondo de su soledad: «Tómame tal como soy, acepta a este muchacho enfermo». Pero ella no oía este grito: era ya una mujer, una de esas mujeres que nada ven más allá de sus rencores carnales. Una mujer ya, práctica, positiva.

—Realmente, tienes razón en quejarte —decía ella—. Se diría al oírte que tú, Jean de Mirbel, eres un hombre fuera de la ley.

Él no sabía qué responder, o no podía hallar las palabras que hubiesen podido conmover a aquella muchacha testaruda. Le asombraba que le hablase de las ventajas de su nacimiento y de su fortuna... ¿Cómo hacer que comprendiera todo lo que había en él? Una exigencia y una denegación a la vez, el alcance de cuya ley aún no podía comprender.

—Explícame, Michèle, por qué he sido ese muchacho a quien había que pegar, a quien se señalaba con el dedo, a quien mi tío quería meter en vereda... Y, además, te repito que hay cosas que tú no sabes.

—¿Cuáles? —preguntó ella.

Él sacudió la cabeza, no para indicar su deseo de no responder, como yo creí, sino para alejar una imagen que, más tarde, cuando nos convertimos en amigos inseparables, me confesó le obsesionaba entonces: aquella callejuela de Balauze, aquellas ortigas que crecían contra la pared de la catedral, la figura de un hombre en la ventana y aquella frágil forma blanca que apenas cabía entre aquellos anchos hombros y la pared. Y añadió al cabo de una pausa:

—Debo devolverte... ¿Sabes de qué se trata?

Pensaba en el medallón.

—No, no, quédatelo —protestó ella.

Pero él ya se había desabrochado el cuello e intentaba soltar la cadena. Renunció a ello después de inútiles esfuerzos, volvió a sentarse y permaneció

sin decir nada, con la cabeza baja. Al principio, no me di cuenta de que estaba llorando. Pero Michèle se rindió a sus lágrimas; ninguno de los dos había dado un paso para acercarse el uno al otro: ese signo material de un dolor cuya causa no comprendía venció la resistencia de Michèle, que, hasta entonces, no había cedido en nada. Ni uno solo de sus agravios había sido olvidado; tenía por delante toda la vida para referirse a ellos, para añadirlos a los que fueran provocados por las circunstancias, y para alimentar sus disputas futuras. Pero él estaba llorando, y ella, físicamente, no podía soportarlo. Se acercó, pues, a él e inclinándose un poco le secó los ojos con su pañuelo. Al mismo tiempo, posó una de sus manos sobre los cabellos de Jean.

Yo me había vuelto de espaldas, pero, reflejados en el cristal, veía todos sus movimientos. También vi abrirse la puerta que daba al vestíbulo; pero se quedó abierta y no entró nadie. Jean de Mirbel se había levantado. Apareció entonces Brigitte Pian llevando una bandeja llena de tazas y tostadas. Comprendí que debía haber colocado la bandeja sobre el arcón para poder abrir la puerta. Sus labios sonreían, pero nos miraba sombríamente.

Capítulo dieciséis

Nos sirvió con una oficiosidad que nunca había usado hasta entonces cuando deseaba edificarnos; o si subsistía en su actitud alguna inquietud de edificación, desde entonces no fui menos sensible a la reaparición de esta naturaleza. Las personas no cambian, es ésta una verdad de la que no puede dudarse a mi edad; pero con frecuencia vuelven a la inclinación que durante toda una vida se han esforzado en combatir. Lo que no significa que terminen siempre por ceder a lo peor de sí mismas: Dios es la buena tentación a la cual muchos hombres acababan por sucumbir.

Al principio, no fue este el caso de Brigitte, aun cuando bajo la influencia de los consejos de monsieur Calou, vimos su derrumbamiento y la búsqueda de las fuentes de una religión interior. Pero lo que ella iba a suprimir de su vida era precisamente todo aquello que, a sus ojos, había constituido su religión: todo lo que satisfacía su afán de dominación, de dirigir y de no doblegarse a nada, en bien de la pureza o de la perfección.

Vuelvo a verla de pie, en medio de aquel horrible salón, con una taza de té en cada mano. Durante aquellos minutos en que nos impuso su presencia, fue abolido todo lo que nos separaba a Jean de Mirbel y a mí; formamos un apretado bloque de juventud ante aquella mujer que envejecía. Tres estrellas separadas por los abismos parecen muy próximas entre sí con relación a otra más lejana.

Brigitte nos contemplaba con una ávida atención cuyo significado no pude comprender al principio.

—La hemos domado —dijo Michèle en cuanto hubo salido—. Ahora, se va a desahogar su rabia.

Pero no, no se trataba de esto. Sin duda, Jean había sido encargado por su madre de un mensaje amable. Incluso Brigitte había dicho que tuviera a bien enviarnos noticias suyas desde Inglaterra, lo que equivalía a una autorización para escribir a mi hermana. Esta aparente derrota adquirió todo su verdadero sentido a lo largo de los dos o tres años que precedieron a mi ida a París. Durante este invierno, Jean escribió a Michèle desde Cambridge, varias veces

por semana. No hay que decir que nuestra madrastra había consentido en que lo hiciera: cada día, espiaba a mi hermana, tratando de adivinar si había recibido carta y, si a consecuencia de ella, sufría o estaba contenta. Brigitte no perdía el menor detalle de este amor, de esta tempestad interminable, cuya historia habré de contar algún día.

«Está contenta cuando sufro», se decía Michèle.

Pero no, Brigitte no estaba contenta: interesada tan sólo, pero apasionadamente.

Michèle llegó a decir aún:

—Ahora que no tiene el poder de atormentar a nadie, se ha convertido en una especie de espectadora libidinosa.

Y esto ya me parecía menos falso. Para Brigitte, el interés de la vida había cambiado de sitio. El tejido de falsa perfección en el que ya no trabajaba le dejaba, de ahora en adelante, ocio para contemplar a los demás y observar ese extraño juego llamado amor que ellos jugaban y al que ella misma había servido con horror, y durante tantos años, sin tratar de descubrir el misterio que encierra esa palabra.

Michèle, muy lejos de sentirse conmovida por el interés que le demostraba nuestra madrastra, le atribuía una malévola segunda intención y ponía todo su cuidado en no revelar nada de sus relaciones con Jean. Pero Brigitte interpretaba sus cambios de humor y hacía la exégesis de las confidencias que se le escapaban, del menor suspiro y de los silencios.

Sin duda, se mostraba muy regular en su vida religiosa y quizás incluso se acercaba más a menudo a los sacramentos porque sus escrúpulos habían desaparecido. Pero, a partir de entonces, vivió dos vidas: una vez salida de la iglesia, penetraba en otro mundo que carecía de comunicación con el de la gracia. A los cincuenta años, había descubierto la literatura de imaginación y la sorprendí frecuentemente en mi alcoba, ocupada en elegir un libro. Leía como si comiera, con la avidez de un niño que come a dos carrillos: recuperaba las horas perdidas en naderías, respecto a las cuales era demasiado inteligente para no haberlas despreciado siempre. Recuerdo su actitud cuando abría el paquete de «buenos libros». Elegía un volumen al azar, comenzaba a leer y pasaba dos o tres páginas a la vez, suspiraba y levantaba los hombros. Con el mismo fervor leía ahora *Adolfo*, *El lirio del valle* y *Anna Karenina*. Yo elogiaba su gusto por la exacta pintura de los sentimientos. Cualquier historia de amor la atraía, con tal de que no falseara la realidad. Del mismo modo que

un hombre condenado a una vida sedentaria se satura de historias de viajes, pero se muestra mucho más exigente en cuanto a la veracidad del viajero.

Apenas veía al abate Calou. Las gestiones efectuadas para que se permitiera al abate «ejercer su ministerio» en el Souys aún no habían terminado. Al pobre sacerdote, se le atribuían falsamente ciertos venenosos entrefiletos alusivos a la dirección de la diócesis y que habían sido publicados en *La Bataille*. El abate Calou era de esos inocentes que no saben siempre contener una palabra poco oportuna y que antes de tragarse un exabrupto se dejaría ahorcar. Para su desgracia, un hombre implacable, porque no era inteligente, había sucedido al cardenal Lécot en la ilustre silla de los primados de Aquitania. Quizá cuente algún día la subida al calvario del santo abate Calou. Ya había llegado el momento de ser privado de sus funciones y fatigaba a Brigitte Pian con el relato de sus miserias; pero no para hablar de él sino de ella, había tomado mi madrastra el tren: volvía decepcionada, pero a partir del día siguiente ya no pensaba en ello, entregada por completo a la pasión de Michèle y ocupaba con cualquier novela cuya lectura prolongaba hasta altas horas de la noche.

No quería decir esto que la farisea hubiese muerto en ella; la lucidez que le había permitido juzgarse y condenarse, la había hecho altiva. No creía que pudieran citarse muchos ejemplos de una cristiana capaz de reconocer, a los cincuenta años, que había seguido un camino equivocado. No se confesaba que ahora le era agradable no dirigir a nadie. A veces, cuando pensaba en los años ya terminados, una profunda nostalgia se apoderaba de ella.

Volvíamos, un día, del entierro de nuestro tutor monsieur Malbec. Con la boca torcida, habían tenido que llevárselo de la casa de su amante. Dejaba una sucesión difícil, habiendo llevado secretamente una vida muy disoluta.

—Ese Malbec —me dijo Brigitte, de pronto, en el coche que nos llevaba a casa—, cuando menos habrá vivido.

Yo protesté. ¿Era eso vivir? Mi madrastra pareció molesta; aseguró que no la había comprendido bien; se refería al hombre que ha vivido en sí, que ha vivido con mucha prodigalidad; esto era lo que quería decir. Sin duda, era sincera; esto no impidió que mi vida de estudio la asombrara: «todos los hombres son unos canallas», solía decirme, pero no con el tono áspero de antes, sino con una sonrisa. Cuando fijé residencia en París para seguir la disciplina de Ciencias Políticas, durante las breves estadias que efectué en Burdeos hube de pasar por estrechos y sutiles interrogatorios. Mi madrastra

no dudaba de que en la capital me había entregado a una vida de intrigas amorosas, y mantenía con la condesa de Mirbel una correspondencia en la que Jean y yo representábamos los temas más importantes, ya que a partir de 1910 había vuelto a encontrarme con mi amigo en París. No es mi deseo anticipar nada sobre el relato que haré más tarde de mi vida durante aquellos años en la capital. No me referiré más que a una aventura, puesto que Brigitte estuvo mezclada en ella y porque en esa ocasión se produjo el increíble cambio experimentado por esa mujer.

Muy pronto me dejé arrastrar por la idea del matrimonio. Desde mi primera juventud y cuando, para intentar la experiencia de la felicidad, me encontraba en esas condiciones que no posee un hombre entre mil, esta obsesión nació de los oscuros tormentos de un corazón en que temí perderme. Hubiera podido hacer mío lo que Nietzsche escribió con tal profundidad sobre el siglo XVII francés: «Mucho de fiera en él, mucho de ejercicio ascético para conservar su superioridad...».

Cuando un amigo me hubo hablado de su prima, nacida en un medio artístico, pero rico, y cuyas gracias puso él por las nubes, mordí el anzuelo apenas la vi.

Esta familiaridad en la que yo vivía con Dios, esta creencia de que nada había de sucederme sin que Él estuviera mezclado en ello, y de que nadie se mezclaría a mi vida sin que, en cierto modo, fuese un delegado del infinito, todo me predisponía a acoger a aquella muchacha como a un ángel liberador. *Ante mí caminan esos ojos llenos de luz...* A decir verdad, esta mujer virginal y esta musa se mostraba más vacilante y reacia de lo que hubiese podido desear. Antes de decidir nada, exigió viajar a través de Europa. Pero mi amor se avenía muy bien con estas separaciones y estas perplejidades, y les daba el crédito que hubiese concedido a una joven sublimizada.

Al amparo de esta sublimidad, yo no había sabido adivinar a esos grandes burgueses vacilando antes de comprometerse, pesando el pro y el contra y juzgándose de una forma circunspecta. Pasaba por rico, pero mi familia era provinciana y nada más. ¿Representaría yo algo con lo que se pudiese contar? Ellos pertenecían a la categoría de parisienses ilustrados que saben que el arte y la literatura ofrecen a los especuladores un valor con respecto al porvenir... Arriesgábanse ya a comprar obras de Matisse. Pero ¿era yo un valor seguro? Incapaces de decidir nada, temían mi impaciencia y se ingeniaban en alentar al gran tonto que yo era. Si hablaba de mandarlo todo al diablo, ellos

redoblaban sus concesiones hasta el punto de que, a causa de que mi madrastra tuvo muy malos informes con respecto a la salud de esta familia, me rogaron que visitara a un médico a quien pretendían haber autorizado a romper, en este caso, el secreto profesional.

A veces, se cree haber soñado estos actos, estos pasos ridículos e innobles. Volví a verme, separado, por una mesa, de ese frío medicastro, dispuesto a responder a cuantas preguntas quisiera hacerle. Todo esto terminó con una suprema entrevista de la que salí convertido en novio y con una carta delirante de la muchacha. Pero, a partir del día siguiente, ¡qué cambio! Fui despedido sin excusas ni explicaciones. Pensé en lo peor; a pesar de todas las pruebas de que, por otra parte, podía disponer, era incapaz de gustar. Un fracaso de esta naturaleza aniquilaba a mis ojos cualquier otro signo favorable. Había en mí un no sé qué que había alejado al ángel. ¡Incurable romanticismo de la juventud! ¡Cómo llevamos en la sangre esta creencia en una reprobación personal, en una vocación de soledad y desesperanza!

Brevemente, había dado cuenta a mi madrastra de la ruptura de mi noviazgo. En lugar de la carta de condolencia que esperaba, tuve la sorpresa de verla llegar. Mi desventura parecía haberla herido en lo vivo. Me manifestó una compasión excesiva y me dio a entender que había temido tomara una resolución desesperada. Sus consuelos indiscretos me abrumaron y despertaron en mí la convicción de que era menos desgraciado de lo que me había parecido al principio y que, más que nada, había sido herido en mi amor propio. Brigitte me llevó a Larjuzon. Me daba cuenta de que estaba decepcionada al verme tan razonable. Pero durante aquél tórrido verano de 1911, se vio en la necesidad de aceptar la evidencia: lejos de sentirme herido de muerte por mi desengaño amoroso, experimenté una furiosa excitación por exigir de la vida toda clase de desquites. Aquel verano, la lectura de las obras de Balzac fue para mí un antídoto peligroso. Un autor no es en sí moral o inmoral; es nuestra propia disposición de ánimo la que impone su influencia en nosotros. En la situación en que me encontraba, Balzac me devolvía a la vida, pero inclinando al cinismo mi espíritu todavía infantil; y me encantaba con los proyectos y ardides de los jóvenes personajes ambiciosos.

Fue entonces cuando Brigitte comenzó a desligarse de mí. Yo hacía peligrar la idea que ella tenía del amor. Nada se le hacía tan antipático en una persona como la ausencia de pasión. Le era insoportable que me hubiese consolado tan pronto. No se atrevió a decírmelo con estas palabras, pero comprendí que me despreciaba por no pertenecer a la raza de los torturados. Yo mismo ignoré entonces hasta qué punto me engañaba. Durante las

vacaciones de 1911, Michèle estuvo en La Devize, con los Mirbel. Lo mismo a mi madrastra que a mí, no nos quedaba otro recurso que los libros. Su tristeza se acrecentó. Mostraba ya cierta falta de interés en la práctica religiosa. Sus conversaciones tendían, invenciblemente, al mismo tema: la pasión humana la obsesionaba. Con una hostilidad hecha de admiración o de envidia, me hablaba algunas veces de mi madre. Pero, frecuentemente, estaba silenciosa, postrada, en el vestíbulo a oscuras, donde bruscas oleadas de sangre besaban sus blandas mejillas.

Siempre he tenido horror a las neurasténicas; por esta razón el regreso a la capital representó una liberación para mí. Sólo cambiaba con mi madrastra breves cartas sin interés. Michèle, que esperaba para casarse a que Jean hubiese terminado sus dos años de servicio, vivía siempre en el paseo de la Intendance. En sus cartas, aludía a una «historia increíble de Brigitte», pero esperaba contármela de viva voz cuando fuera a París, pues había de ir a casa de los La Mirandieuze.

Historia increíble, en efecto, hasta el punto de que, al principio, me encogí de hombros. Me pareció un absurdo de Michèle el que mi madrastra se hubiera convertido en la amante de su médico, que había cumplido ya los sesenta años. Pero, en Burdeos, hube de rendirme a la evidencia. No se trataba del interés de una mujer enferma por el hombre que la cuida, sino de una pasión feroz, exclusiva y —esto era, sin duda, lo más extraño—, feliz y absoluta. Naturalmente, nada había entre ellos que pudiera considerarse como reprehensible. El doctor Gellis, ferviente hugonote, y que tenía como clientela a toda la alta sociedad protestante de la ciudad, estaba por encima de toda murmuración; pero separado de una mujer que en otro tiempo lo había cubierto de ludibrio, expuesto a las exigencias de numerosos hijos, la mayor parte de los cuales estaban casados, necesitados, y eran de mal carácter, descubría con delicia en el crepúsculo de su vida la felicidad de haberse convertido en el único pensamiento de una criatura más fuerte y mejor armada de lo que estaba él mismo. La veía a diario y nada decidía sin su consejo.

En aquellos dos solitarios, ningún pudor atenuaba la expresión verbal de su intimidad, ni siquiera el menor sentimiento del ridículo. Ninguno de los dos veía a un anciano en el rostro lleno de ternura que se inclinaba hacia el suyo. Vivían uno para otro como dos inocentes, en medio de sus familias irritadas y burlonas, y de la ciudad que murmuraba a costa de ellos.

Era el último año del servicio militar de Jean, cuyo matrimonio había de celebrarse en octubre. Las familias cambiaban los banquetes del noviazgo. Brigitte Pian, que hacía las veces de madre de Michèle, se prestó a ello con disgusto. El amor de su hijastra no le interesaba ya; pero, sobre todo, se quejaba de sus imprudentes promesas de donación entre vivos por los que poco antes se había jactado de reparar sus errores. La fortuna personal de Brigitte Pian era menor que la nuestra; apenas le quedaba —¡tarde se había dado cuenta de ello!— el capital necesario para la compra de una pequeña finca al lado de la clínica del doctor Gellis. La condesa de Mirbel consideraba que «esto cambiaba por completo los términos del problema...». A sus ojos, medio millón de menos agravaba más la boda.

Brigitte se hacía la sorda, fingiendo no comprender las alusiones, pero evitaba la guerra, todo cuanto hubiese podido turbar su extraña y profunda felicidad. Esa felicidad, ateniéndonos a su apariencia corporal, era, bajo una ajustada levita, un sexagenario barrigudo y de piernas cortas; una barba teñida daba a su austero semblante, bajo un cráneo calvo, un cierto parecido con el canciller Michel de l'Hôpital; hablaba mucho y no escuchaba a nadie salvo a Brigitte, pero ella prefería callarse y no perder una palabra del bienamado. Sus conversaciones se referían a los temas más graves e incluso a la Teología. Ella se descubría interesada por la lógica del calvinismo, a pesar de que ninguno tuviese la ambición de convertir al otro, sea porque experimentasen una especie de mutua ternura por sus respectivas creencias, sea porque estas cuestiones no les afectaban demasiado los sentimientos. La edad les hacía comprender el valor de cada minuto, del que nadie debía apartar lo único necesario, su amor.

A partir de entonces, Brigitte se alejó de nuestras vidas. Cuando atravesaba Burdeos, perdí la costumbre de pasar por el paseo de la Intendance: mi habitación se había convertido en la alcoba del doctor Gellis las noches en que se quedaba en la ciudad para acompañar a Brigitte al teatro o al concierto, porque él le había comunicado su pasión por la música. El doctor no tenía coche, pero sí una de esas viejas y anticuadas berlinas en las que al primer golpe de vista se reconocía el vehículo de un médico, y que empleaba mucho tiempo en recorrer el trayecto de la ciudad a la clínica.

Los viejos no se enamoran siempre de las jovencitas, y tampoco las viejas, de los adolescentes. Sucede que un hombre y una mujer después de haber buscado durante toda la vida, se encuentran por azar en las semitinieblas del crepúsculo. Su pasión gana con ello en desprendimiento y en indiferencia hacia todo lo demás. ¡Disponen de tan poco tiempo! Puede reírse quien no

conozca el fondo del corazón humano. Durante mis raras visitas al paseo de la Intendance, Brigitte me miraba con una especie de lástima; de nosotros dos, yo era el pobre. Los tremendos aspectos de su carácter se traicionaban a veces cuando evocaba el recuerdo de mi madre o de los Puybaraud, de aquellas personas a quienes ella nada tenía que envidiar, que no habían conocido, como ella, las delicias de un amor igualmente compartido.

Me irritaba ver encenderse de nuevo bajo las espesas cejas juntas de Brigitte aquella llama cruel. Entonces, me atrevía a aludir a esa especie de amor que ella no conocería jamás. Yo había descubierto una grieta en su pasión orgullosa y satisfecha; la pasión no es más que un fantasma si no puede encarnarse, le insinuaba. Mientras no nos hemos hallado y perdido en la persona amada, sólo podemos embriagarnos con las palabras y los ademanes, pero no sabremos jamás nada de ella si realmente no la hemos poseído. Brigitte me interrumpía:

—No sabes lo que dices. No sabes ni de lo que estás hablando...

Recobraba la misma expresión de horror que le había sido familiar en otro tiempo, cuando, delante de ella, se aludía a este tema prohibido.

Siento remordimientos al pensar que por estas insinuaciones hubiese podido turbar su alegría; porque en aquella época en que había tenido estas conversaciones, supe por Michèle que algunas tormentas habían estallado algunas veces entre Filemón y Baucis. ¿Manifestó Brigitte algún pesar, alguna exigencia? No es posible imaginar estas pobres tentaciones, estos estremecimientos del cuerpo que carece de la edad del corazón que los anima. La juventud que sufre —y yo sufría— odia a estos ancianos que se sienten felices.

El doctor Gellis tenía a sus hijos y a los primogénitos de sus hijos, pisándole constantemente los talones. La compra de la finca próxima a la clínica, que Brigitte Pian concluyó la víspera del matrimonio de Michèle, prendió fuego a la mecha. Mientras uno de los pastores de Burdeos se dirigía a la casa del doctor, la familia Gellis suplicaba a Michèle que entrevistara a su madrastra con un sacerdote en quien tuviera confianza y que pudiera obligarla a obrar con sensatez. Era ésta precisamente la época en que el abate Calou se vio en la amargura de que le fuera retirado el permiso para decir misa. Como quiera que le hubieran suspendido en sus funciones, pero no prohibido, cada mañana, en una capilla cerca de la Facultad de Letras, en el momento de la comunión, mezclaba su sotana con los trajes negros de las viejas. Volvía luego a su puesto bajo las miradas curiosas o compasivas de la gente, y su rostro era el de un ángel.

La familia Gellis no tuvo tiempo de recurrir a él. Para utilizar la frase de una crueldad fútil de que se servía la condesa de Mirbel, las cosas se resolvieron por sí solas: una noche, en los alrededores de la clínica, un automóvil arrolló la berlina del doctor, quien murió a consecuencia del golpe. Mi madrastra lo supo al día siguiente, por el periódico. Versiones, sin duda muy novelescas, recorrieron la ciudad con respecto a la llegada de Brigitte Pian, feroz y sin sombrero, al pabellón que habitaban los Gellis; se pretendió que el primogénito le prohibiera el acceso a la cámara mortuoria, pero ella lo empujó y franqueó varias barreras familiares, se dejó caer a los pies del cadáver, sin una lágrima, sin un sollozo, y fue necesario usar de la violencia para apartarla de él.

Yo vivía entonces en casa de unos amigos en el Cap Martin y lo consideré un duelo tan poco oficial como para que no valiera la pena de un viaje. Me contenté con escribir una carta muy difícil que permaneció sin respuesta. Sin embargo, como Michèle y Jean continuaran en Argelia su viaje de novios, el recuerdo de Brigitte no dejó un momento de atormentarme. No pude volver a París sin pasar antes por Burdeos para asegurarme de que mi madrastra no se había vuelto loca. Hice esa visita a principios de la primavera.

La criada, que no me conocía, me dejó solo en la sala. Oí decir a mi madrastra:

—Pues claro, que entre.

Constituyó para mí un gran alivio no sorprender nada extraño en su voz. Estaba sentada en su sitio acostumbrado, cerca del escritorio, vacío, esta vez, de circulares y boletos de tómbolas. No había envejecido. Al poco rato, me di cuenta de que había vuelto a peinarse como antes: sus cabellos levantados, hinchados por los tirabuzones, descubrían sus largas orejas y la frente bien modelada. Sobre la chimenea, al lado de un jarrón de lilas, había un retrato del doctor Gellis. Nada en Brigitte descubría trastorno mental de ninguna clase. Una simple esclavina de lana color violeta cubría sus hombros. Cuando entré, debió dejar sobre el escritorio aquel rosario de que se había servido ya cuando era niña. Se excusó primero por no haber contestado a mi carta y, sin tratar de engañarme, me dijo que durante varios días se había encontrado en un estado de postración tal, que creyó no poder resistirlo.

—¿Y ahora? —le pregunté.

Me miró pensativamente.

—Si monsieur Puybaraud estuviera aquí, diría que tú eres el único que podrías comprender... —Y sonrió dulcemente—. El secreto de todo —continuó— es que no lo he perdido... No puedo hablar a nadie... Mi querido

Gellis jamás ha estado tan cerca de mí como ahora, ni siquiera durante su vida. Cuando vivía, comenzó a ejercer su misión para conmigo, pero nosotros somos pobres cuerpos... Sí, nuestros cuerpos nos separaban. Nada nos separa ahora...

Habló largo rato sobre este particular y creí al principio en un ardid del dolor para arrebatarme a la muerte al querido monsieur Gellis. Pero, al cabo de unos días, me di cuenta de que el amor humano no se había despertado demasiado tarde en el árido destino de la farisea, y que los sellos del «sepulcro blanqueado» se habían roto, y que éste se había abierto, por fin. Quizá subsistían algunos huesos y algo de podredumbre. Aquellas cejas espantables se acercarían aún sobre aquellos ojos de brasa. Alguna ofensa largo tiempo meditada sería capaz de producir una palabra amarga. Pero «el querido monsieur Gellis» ya no estaba lejos y conducía a Brigitte a la calma del Señor.

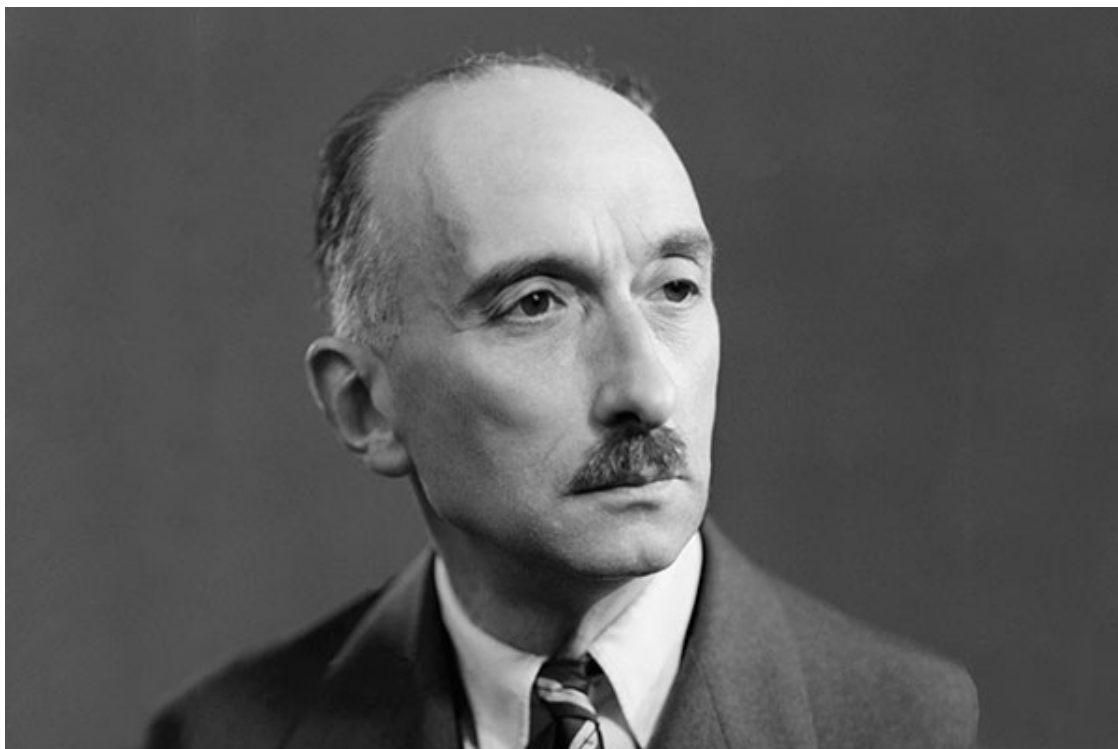
Una carta urgente de la condesa de Mirbel me llamó a La Devize adonde acababan de llegar Michèle y Jean, mucho antes de la fecha que habían fijado para su regreso. Me inquietó este retorno precipitado. Partí inmediatamente y me sentí engullido por el drama de estos recién casados, que contaré algún día. Me convertí en un satélite; me arrastró en su órbita, mezclándome en el torbellino de sus luchas y de sus reconciliaciones; y la vieja mujer a quien había dejado en el paseo de la Intendance, encerrada en la adoración póstuma de su «querido Gellis», permaneció muy lejos de mi pensamiento. Mi extraño destino fue ir constantemente de Jean a Michèle y de parar los golpes que se asestaban aquellos dos ciegos, extraño sobre todo para un joven que, como yo, sufría, pero solo y sin que nadie me amparara.

La movilización del 2 de agosto de 1914 nos despertó de nuestro sueño. Aquel cañonazo interrumpió los millares de dramas particulares como el nuestro. Con todas nuestras zapas destruidas surgimos desde el fondo de nuestras oscuras pasiones, con los ojos deslumbrados por aquella desgracia sin medida, sin proporción posible, con la que nos heríamos a nosotros mismos. Dejé a Jean y Michèle, que no podían hacerse daño en el momento en que iban a perderse, y medí mi soledad al ver que no tenía nadie de quien despedirme, excepto Brigitte.

Se había encorvado y adelgazado. Me atrajo contra sí y sus lágrimas me sorprendieron. No pronunció ni una sola vez el nombre de monsieur Gellis, y se preocupó de mí como lo hubiera hecho una madre. Supe más tarde que ella, en aquella época, había visto y ayudado mucho a monsieur Calou, que había recobrado el favor de la autoridad diocesana, pero ya cerca de su fin.

En el frente, no dejé de recibir paquetes y cartas en las que me preguntaba sin cesar por mi salud, y se interesaba por numerosos objetos que necesitaba. Pasé el tiempo de mi primer permiso al lado de Brigitte. Pocos días antes, monsieur Calou había muerto en sus brazos, y ella me contó secamente las circunstancias de su muerte y sin tratar de que tomara ejemplo de ella. Dijo que no era que monsieur Calou hubiera empeorado, sino que no pertenecía ya a este mundo. Sus crisis, ocasionadas por la angina de pecho, se habían hecho horribles..., crisis de esas que lanzan a un enfermo hacia la ventana abierta, tanto es lo que sufre. Pero en cuanto recobra el aliento, decía que aún podía sufrir. Tenía sobre su mesa una fotografía que yo había tomado años atrás en el huerto de Baluzac y donde Jean y Michèle, descalzos, llevaban la misma regadera. Brigitte añadió que, a pesar de sus terribles sufrimientos, no inspiró lástima.

Brigitte no escurría el bulto cuando yo aludía a acontecimientos del pasado; pero comprendí que se había desasido incluso de sus pecados y que se abandonaba enteramente en manos de la Misericordia. En el atardecer de su vida, Brigitte Pian había descubierto, por fin, que no es preciso ser semejante a un servidor altivo y cuidadoso de deslumbrar al amo, pagándole su deuda hasta el último céntimo, y que Nuestro Padre no espera de nosotros que seamos los contables minuciosos de nuestros propios méritos. Ella sabía ahora que no hay que merecer, que lo que importa es amar.



FRANÇOIS MAURIAC (Burdeos, 1885 - París, 1970). Escritor francés que abordó en sus obras, de raigambre católica, el tema del hombre sin Dios. Huérfano de padre, se educó en el clima de fervor católico propiciado por su madre. Licenciado en letras en París, en 1907, sus comienzos fueron clásicos: dos volúmenes de versos intimistas, *Les mains jointes* (1909) y *L'adieu à l'adolescence* (1911).

Al terminar la Primera Guerra Mundial, en la que participó como conductor de ambulancias, prosiguió su carrera en periódico mundano *Le Gaulois*. En París, en 1918, conoció a Marcel Proust, a quien dedicó *Proust* (1926) y *Du côté de chez Proust* (1947). Después de diez años de intentos, el triunfo de su novela *El beso al leproso* (1922), un estudio del daño causado por el anhelo de amor, lo consagró por fin. La audacia del tema (un «malentendido físico» entre esposos) lo indispuso con la crítica católica.

Pero el éxito de Mauriac se debió precisamente a la fuerza de los tipos que immortalizó: madres austeras y posesivas, esposos desunidos, adolescentes en conflicto. En 1923 publicó *Genitrix*, al año siguiente *El mal* y en 1925 *El desierto del amor*. En 1927 obtuvo un gran éxito con *Thérèse Desqueyroux*, lo cual lo impulsó a desarrollar un ciclo que comprendió las novelas *Lo que estaba perdido* (1930) y *La fin de la nuit* (1935), así como las obras breves *Thérèse chez le docteur* (1932) y *Thérèse à l'hôtel* (1933).

En 1928, año en que publicó la novela *Destins*, Mauriac atravesó una crisis religiosa que marcó un momento esencial de su vida. En este período apareció *Souffrances du chrétien* (1928), luego *Bonheur du chrétien* (1929), ensayos que mostraban los desgarramientos y luego la reconciliación de un alma perturbada por el deseo. Superada la grave crisis moral, intentó confrontar sus novelas con las exigencias de la fe.

En 1932 apareció *Nudo de víboras*, novela en la que fustigaba el conformismo del medio burgués del que había salido. Paralelamente a su obra novelesca, cultivó el género autobiográfico con memorias reales, como *Commencements d'une vie* (1932), o imaginarias, como *Le Mystère Frontenac* (1933), al mismo tiempo que proseguía su obra de ensayista con *Blaise Pascal et sa soeur Jacqueline* (1931) y *Le romancier et ses personnages* (1933). En 1933 fue elegido miembro de la Academia Francesa.

Por otra parte, retomó su actividad de cronista en *L'Écho de Paris*, y luego en *Le Figaro*, a partir de junio de 1934. Se comprometió políticamente tomando partido por los débiles y los vencidos en una Europa en vías de hitlerización, como testimoniaron sus novelas *La fin de la nuit* (1935) y *Les anges noirs* (1936), así como *Vida de Jesús* (1936). Abordó por primera vez el teatro con *Asmodeo* (1937), obra en la que se reencarnaba Tartufo. Después del poema *Le sang d'Atys* (1940) y la novela *La farisea* (1941), escribió *Le cahier noir*, publicado en 1943.

Participó en la Resistencia y proclamó la caridad hacia los condenados de la depuración. Gaullista inicialmente, combatió a De Gaulle cuando lo juzgó infiel a su vocación cristiana. En esos mismos años escribió nuevamente teatro: *Los mal amados* (1945), *Passage du Malin* (1947) y *Le feu sur la terre* (1951), obras que no fueron bien recibidas por el público y que lo llevaron a abandonar la vía dramática. En 1951 publicó una novela corta, *Le Sagouin*. En 1952, el premio Nobel marcó el apogeo de su carrera literaria. Ese mismo año publicó el comienzo de *Bloc-Notes*, un testimonio en forma de crónica.

En el plano político, tomó posición en contra de las guerras coloniales en Indochina y Argelia. En 1954 publicó la novela *El cordero*, luego *Mémoires intérieurs* (1959), y posteriormente *Nouveaux Mémoires intérieurs* (1965). Entretanto habían aparecido su *Nouveau Bloc-Notes* en 1961, *Ce que je crois* (1962) y *De Gaulle* (1964). En 1967 aparecieron sus *Mémoires politiques*; en 1968, su *Nouveau Bloc-Notes* (1961-1964). La novela *Un adolescente de otros tiempos* (1969) tuvo su continuación en *Maltaverne*, iniciada ese mismo año y publicada póstumamente en 1972.